



EX-LIBRIS
FRANCISCO CARRERES

Obras Completas
de
Gabriel Miró

Del vivir
Corpus y
otros cuentos

BIBLIOTECA NUEVA



DEL VIVIR

OBRAS COMPLETAS DE
GABRIEL MIRÓ
BIBLIOTECA NUEVA

PUBLICADAS:

DEL VIVIR, CORPUS y otros cuentos.

LA NOVELA DE MI AMIGO. Nómada.

LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO.

LIBRO DE SIGÜENZA.

EL OBISPO LEPROSO.

OBRAS COMPLETAS DE
GABRIEL MIRÓ / VOLUMEN I

DEL VIVIR, CORPUS
Y OTROS CUENTOS / / /



BIBLIOTECA NUEVA / MADRID

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
QUEDA REGISTRADO Y HECHO EL
DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY
RESERVADOS LOS DERECHOS
PARA TODOS LOS PAÍSES
Copyright, 1927, by Gabriel Miró

Talleres ESPASA-CALPE, Ríos Rosas, 24.—MADRID

*A la memoria del ingeniero
Don Próspero Lafarga.*

...Huyen lejos de mí.

...Porque abrió su aljaba, y me
afigió.

...Reducido soy a la nada; arreba-
taste como viento mi deseo y como
nube pasó mi salud.

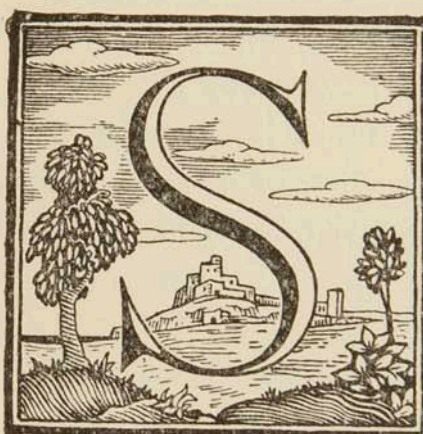
...Y ahora, dentro de mí mismo, se
marchita mi alma y me poseen días
de aflicción.

¡Humanidad! ¡Clamo a ti y no me oyes; estoy pre-
sente y no me miras!

LIBRO DE JOB.—CAP. XXX.



I



IGÜENZA, hombre apartadizo que gusta del paisaje y de humildes caseríos, caminaba por tierra levantina.

Dijo: "Llegaré a Parcent."

—Parcent es foco leproso — le advirtieron.

Y luego Sigüenza fingióse un lugarejo hórrido, asiático, en cuyas callejas hirviesen como gusanos los lazarinos.

Fué avanzando. Cada pueblo que veía asomar en el declive de una ladera, entre fronda o sobre el dilatado y rozagante pampanaje del viñedo, le acuciaba el ánimo. Y decía: "Ya debo encontrar la influencia de aquel lugar miserable, donde los hombres padecen males que espantan

a los hombres y mueven a pensar en aquellos pueblos bíblicos maldecidos por el Señor.”

Sigüenza se revolvía mirando, y no hallaba el apetecido sello del dolor cercano.

Cruzaba pueblos, y en todos sorprendía igual sosiego. A las puertas de las casas, mujeres tejían media; trenzaban pleita de palma o soga de esparto; peinaban a rapazas greñudas, sentaditas en la tierra, casi escondidas en las pobres faldas.

Cegaban, dando sol, las puertas forradas de *lata* de las Iglesias. En el dintel verdinegro, desportillado y bajo angosta hornacina, está el *Patrón* plasmado inicuamente en cantería. Por sus pliegues y hendeduras salen hierbecitas gayas que florecen; después, amarillean, se agostan; y secas, firmes como cardenchas, viven con el santo longura de días.

Era en el valle del Jirona.

El paisaje luce primores y opulencias; tiene riego copioso.

Rompen los viñales huertas cuidadas como jardines de casas ricas. En las lindes de vastedades plantadas de legumbres verdean liños infinitos de lujuriantes y caprichosas moreras.

... Y andaba Sigüenza; es decir, él no: el arriero y su asno, presto a entesar las orejas grises, velludas, remedadoras de hojas de pita, por la aparición de otro de su especie que ya lanzaba su trompeteo atronante, ya pasaba callado, cabe-

ceando y con mirar doliente. Sus guías decían “adiós” y se alejaban, vuelta la cabeza, fijos los ojos en el hombre apartadizo que gusta de sole-dosos campos y lugares.

Se hacen junto al camino los cementerios; cercadillos de piedras viejas; sus cruces oxida-das, algunas puestas en aspa por el viento, li-nean sobre el azul. En un camposanto se arrin-conaban tres cipreses enhiestos y uno torcido, ralo, cayente, rota la cima angulosa de negral verdor. Fuera, junto a las tapias y entre un herbazal cespío, florecía en diminutos cálices co-lorados, flavos y albirrojos una muy viciosa y aromante espesura de dondiegos.

Los almiarés, panzudos o largos, como muros de oro, reposan cerca de las masías de rudos remiendos y saledizos. Sigue el sequero de uvas que muestra el fondo negro de sus pórticos. Todo lo ha torrado el sol.

Sigüenza mira con agrado estos casales, ex-presivos como rostros de labriegos. Los ve emer-ger de los sembrados, asomar entre greñas ver-dosas, altear limpiamente en la montaña.

Hombres casi desnudos cavaban en el par-do manchón de un eriazó.

Altos y firmes estaban los maizales; sus ho-jas, cintas largas y caedizas, se movían suave-mente. Pero no eran muchos. La viña, la viña invadía todo, derramándose en lagos anchu-rosos—a lo lejos serenos y rasos—, haciendo

verdes turgencias de los correjones y altozanos; ordenándose en anfiteatros de pámpanos al caer por los márgenes de los bancales de sierra. Y frecuentemente tropieza la mirada en un vallado de verdor espeso: es el cañar que ciñe el río.

Cerca de Sagra, en una acequia ancha, había mujeres lavando ropas, fregando cucharas de madera, cacerolas, dornajos. En el abrigo de un remanso solazábanse dos patos. Sus piecezuelos amarilleaban bajo la limpia agua; sus picos aplastados hundíanse indagadores en la fina pluma de sus pechos; se zambullían, se asperjaban, tornaban a la quietud, y todo con gran encogimiento.

Detuvo Sigüenza su bestia y los miró, y los hubiera mirado espaciosamente porque placía de la calma y seriedad de aquellos seres, dichosos en el dulce retiro del remanso, que altas cañaveras y un juncar recatan y ensombrecen. Pero las mujeres que lavaban advirtieron con pasmo la estada, y el guía admiróla también..., y todos hicieron risa de ver al viajero detenido en la contemplación de los simples ánsares.

El jumento, que pastaba en la orilla, recibió aviso en su alongado cuello. Y marchó.

A poco se alzaron gañidos lastimeros y voces jubilosas.

En el remanso, una pella de rapaces armados de carrizos acosaba a los patos que saltaron a lo enjuto y huyeron por un pomar, cojeando,

aleando, infundiendo remordimientos en el alma de Sigüenza.

“¡Yo fuí señuelo de las demasías de los rapaces!”, pensó. Ved cómo en la región del dolor la primera tristeza gustada por Sigüenza la produjo él mismo.

...Iba cerca de un mazo de chopos muy apretados abajo, pero que se abren en la altura, imitando un abanico de árboles. La hojarasca temblaba bellamente. Los más caídos y un fondo de cielo, se espejan en amplia fontana que allí nace, como puesta por artificio.

Mengua desde Sagra el riego.

De rato en rato, se levanta la negra osamenta de una noria quieta y callada o gemidora al rodar.

Es todo el campo viñado, y entre los pámpanos rojea fuertemente la tierra.

Llegó Sigüenza a Orba. La primera calle, larga y costanera, remata en la plaza. Sobre una pared se apoyaban dos ruedas grandes de carro. Más adelante, a la puerta de una casuca, dos mozos acomodaban en un macho rubias barcinas. En el suelo brillaba el tamo caído.

Un muchacho descalzo batía un tapial con dos trozos de caña, fingiéndose tañer el tamboril.

Salió un hombrecito de una entrada. Llevaba encristalados los ojos con gafas negras; sobre el pecho colgábale de sobada correa una ruin guitarra. Se detuvo; palpó una moneda; llevó-

sela a la vista, guardóla; se acercó a las paredes, y bordoneando hacia adelante fué subiendo, fué subiendo la calle.

Sigüenza vióle entrar en otro portal. Resonó blandamente la guitarrica, y una voz afectada de grave copleó los milagros y alabanzas de un santo.

Al olor del romance surgieron vecinas. En la rizada sombra de las casas fronteras se sentó una vieja.

A deshora se oyó golpear sobre un yunque. Era en entrada muy hosca; a lo hondo lumbrea-ba una fragua y se veía una desmedrada cabeza de rapaz, que la llama hacía livorosa y rojiza, y unos brazos que se alzaban y caían.

Propagóse hedor a quemazón de casco de bestia. La que Sigüenza montaba enderezó las orejas y todo el pueblo llenóse de un rebuzno tartamudo y estrepitoso.

¡Oh! Sigüenza la odió con ferocidad.

La bestezuela caminaba otra vez humilde y resignada.

El viajero recordó que ella pisaba sabiamente. Además, miróle una horrenda matadura. La piel vellosa de su cuello se estremecía para ahuyentar al insaciable tábano.

Sigüenza habló del jumento al guía. Encarecieron su abolengo y virtudes; y pasaron como en volandas al señalar sus tachas.

... Bajaban por una calleja amarilla de sol.

No había nadie.

A lo largo de una fachada secábanse, en rimeros, blancas trozas de álamos, chopos y pinos.

En paredes y suelo refulgían vidrios, retagijos de tiestos, pedrezuelas calizas.

Por unas bardas se descolgaban brazos de parras mustiadas; brazos que se retorcían de desesperación y ansia como de cuerpo que busca el goce de la libertad y anchura.

... Iban ya en silencio. Tan cabal era en la calle que oíase con justeza cualquier ruido del interior de las casas, gritillos de los gorriones recogidos en las sombras de los tejados, zumbido profundo de moscas que se levantaban y posaban persistentes en la tierra abrasante.

Sigüenza se las oxeaba protegiendo la pobre carne llagada de su asno. Amábale ya.

... Se hallaron en pleno paisaje. Flotaba como polvo un vaho blanquecino.

Era aquella tarde pesada, estuosa.



El arriero, enjuto y tostado, tenía genio despierto y mostraba relente inagotable; sus ojos eran muy reducidos y tan grises como su corto pelo, pero una lumbrera maliciosa los declaraba entre la hirsuta maleza de las cejas.

El rejo, el vigor lo tenía en los pies; inmensos, de venas recias como cordeles, escamosos, groseramente esparteñados, pisaban firmes, raudos, inmunes, sobre peñas agudas, sobre secos cardizales, sobre rocalla o guijarros penetrantes.

A esto aludió Sigüenza:

—¡Si está uno puesto!—contestó el rústico.

Y después, ya fácil y risueño, dijo de lo suyo y de lo ajeno. Confesó que poseía viñar, riu-rau y que curaba algunos quintales de pasa al año; no determinó cuántos.

Dañábale a Sigüenza su habla maligna, su reír frecuente, en aquel paraje donde no quería un vislumbre de contento. También notóle algo de ese natural regocijado.

—Pues todos los de Parcent son divertidos. Allí...

—¿Que son divertidos, que ríen los de Parcent?—le interrumpió espantado el caballero.

—¡Que si son! Allí, digo—prosiguió el otro—, todos somos propietarios, todos tenemos algo, una piedra, un árbol aunque solo sea... Pues si ahondasen que ahondasen un hoyo en ca hipoteca, no se podría caminar un paso. ¡Con que ya ve si bullimos!

... El valle del Jirona no es escabroso, que apenas se corcova la tierra para hacer muy fáciles colinas, hasta cuyas cumbres suben las cepas.

Las sierras que lo hacen son sinuosas, peladas y grises. Una rasa, que remeda pirámide de plo-

mo, tiene en su punta trozos de muro almenado de una atalaya moruna.

Hay tantos pueblos en este valle, que en frecuentes sitios se oye sonar de campanas. Y si es en un ocaso tranquilo y el cielo platea de puro pálido, melancoliza el toque, se sienten suavidades de místico mirando el paisaje, se piensa en amar mucho, en amarlo todo.

Una rambla hiende el valle. La rambla es ancha. En la una margen, el ribazo muestra en su corte fajas de grava, zócalos de tierra almagral, garras de raíces secas, y bajo, enverdece alguna zarzamora nacida en días húmedos. En la otra orilla se mueve rumoroso el valladar de cañas cuyas garzotas ondulan y argentean.

En el cauce blanco y pedregoso se enjambaban hombres humildes tocados con sombreros de palma. Acarreaban piedra, agua, cemento; macizaban los arcos gallardos de un puente.

Distante, en la rambla, movíase una carreta tirada por buéyes. Las ruedas gemían metálicamente, y sonaba un chocar de piedras de cauce. Era su carga de sillares nuevos que, al sol, blanqueaban con pureza de nieve de montaña.

De trecho en trecho, el cantizal que se amon-tona por lo abundoso, se oponía al rodar. Entonces, seis hombres asíanse a una sogá atada a la lanza y sumaban su empuje al de bestias cuyas ancas temblaban por el esfuerzo.

Bramaba una voz hecha de todas; poníanse los hombres diagonales al suelo, rojos, terribles, enterrando los pies, como los bueyes las pezuñas, para conquistar cada paso. Saltaban partidas las piedras; los ejes chillaban; hacía un vaivén la carreta... y avanzaba, de nuevo, lenta, solemne, triunfal.

Allí donde faenaban los hombres llega también voz de campanas; de una campana melódica, fina, vibradora y de otra grave y ponderosa. Si doblaban a muerto, luego se apagaba el golpe de picos y el estridor de poleas por cuyas cadenas subían hasta las cimbras agua, piedra, cemento.

Algún viejo parlador y malicioso, algún joven chancero encarecían o malsinaban al *tañido*. Y los rapaces que colman cubos de argamasa o llevan cascajo o acercan piedra parábanse codiciosos de comentarios, arqueados por la pesadumbre de las espuestas llenas, muy picaresco el visaje ofendido del sol.

Sigüenza pasó la rambla.

De tarde, un hombre enlutado miraba desde el ribazo a los obreros. Estaba hasta el crepúsculo. Y al difundirse el clamor de la bocina que otorgaba el paro del trabajo, el hombre de las negras ropas regresaba al pueblo, a Parcent.

Sus pies chafados hacíanle vaivenear, patojear. Andaba con lentitud penosa. Cuando oía

cercana la trulla de los trabajadores separábase del camino y dejábales pasar. Si alguno le enviaba una palabra, un saludo, él le seguía con la mirada hasta lejanamente. Y ya solo, tornaba a su andar de lisiado.

Lo vieron Sigüenza y el guía.

—Es uno del mal—dijo el último.

—¿Es leproso?

Se acercaban, se acercaban. Y el dañado apartóse y volvió la cabeza a la soledad.

Ellos traspusieron un recodo del camino. Quedaron ocultos por un margen coronado de pámpanos.

El leproso pasaría sin sospecha y Sigüenza podría verlo cabalmente y aun hablarle.

Escucharon. Sonaba recio y áspero el ruido de alpargata contra tierra. De pronto, cesó. Una avecita cantaba en la fronda, ya casi negra. Recortaba con donosura su gorjeo que parecía habla quedita y acariciadora de mujer elegante y aturdida.

Se asomó Sigüenza. El lazarino huía por un bancal segado.

Otra vez caminaron.

Entre el viñedo hay árboles viejos, estupendos en las valientes retorcidas de su ramaje. Son algarrobos y olivos; están hendidos, abiertos, y las grandes ramas curvas que salen de la robusta horcadura se ensanchan, se tienden; semejan detener al hombre para mostrarle los

troncos, vientres fecundos, y decir: no podemos daros más; os ofrecemos frutos y sombra perennal, y nuestras entrañas se desgarran...



Arribaba Sigüenza a Parcent.

Mana una fuente donde se inicia la acritud de la cuesta que sube al pueblo. Sale el agua por dos caños de plomo y se vierte espumosa en un viejo pilón.

Cuando atardece bajan y suben mujeres que llevan alcarrazas y cántaros; hombres que cuidan de bestias cargadas de aquellas vasijas, sujetas en las argueñas.

Imita el agua parlerías hondas al caer en los huecos barro. Mozos y mozas burlan, gritan, ríen, saltan, se persiguen jubilosos.

En tanto, anochece.

Toca el *Angelus* la campana melódica y vibradora.

Pasan y repasan torcidamente los murciélagos, torpes, temblorosos.

A la fuente sigue una hondonada donde el bosque, de tan espeso, negrea.

Parcent se estriba en una loma calva, sin quiebras ni asperezas.

Vió Sigüenza árboles monstruosos escalonados en la cobriza basa del pueblo.

Era de noche ya y no alcanzaba la condición de la fronda.

—Son oliveras—le dijo el guía—; oliveras de trescientos años ¡lo *manco*! (¡lo menos!)

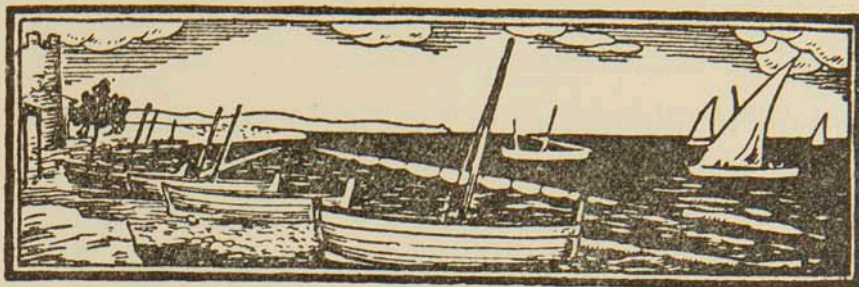
Sigüenza contempló aquellas vidas seculares, respetuoso y admirativo, porque empezaron en edad que cautiva amorosamente su alma.

El camino hace un trivio; su más grande caudal se vierte en la plaza; otro cinturea al caserío; el del centro acaba en una calle corta pero ancha.

Allí, ante una casa de ventanas bajas, de balcón tapiado, de paredes rudas y rama seca, colgante del dintel, se apeó Sigüenza y entró.

Era el hostel.





II



ABÍA cerca del hogar una mesa blanca que trascendía a fregadura; tan recién estropajeada estaba.

Un hombre molletudo, rapado, sumergía rebanadas de hogaza en una fuente humeante. Con gran calma mi-

raba la marca de su poderosa dentadura en el pan o en los tasajos.

Este hombre era el huésped.

Una vieja enlutada, gredosa y flácida de mejillas, paseaba en sus brazos un niño menudo, de meses; una figurita de cera. La mujer le arrullaba con jadear de asmática; quejábase el niño; el hombre gordo comía.

Sirviéronle a Sigüenza. Y aquél le dijo:

—Si le molesta el lloro, dígalo sin pena. ¡No se acaba nunca!

—Yo me marcharé—rezó en valenciano y humildemente la vieja, que entendió el aviso.

Y salió.

—¿Está enfermo?—preguntó el caballero.

—¡Hambre, y hambre!

Y el zampón, después de engullir una blandura de tocino que le manó por la barba, arrojó una violenta palabra de enojo.

—¿Y la madre?

Otra vez oyóse progresivamente el cantarcillo de la mujer fundido con el llanto del niño.

—Habrán de perdonar si volvemos; es que fuera está muy fosco—deslizó medrosa la vieja.

—La madre no puede criarlo—replicó el posadero a Sigüenza—; es de las del *mal*; vive con otra leprosa, y así que parió le quitaron la criatura. Es *dir* se la quitó la abuela. Bien le dijeron que nada le haría la leche de la madre, que si había de tener lepra, lepra tendría, mas que le diese teta la reina más guapa y limpia del mundo. Ella, que no, que no. Y la criatura no se hace a lo pobre ni quiere leche puesta en botellas, sino chupaba en pezones de carne de verdad.

El huésped mostraba facundia.

Y Sigüenza supo que el niño hambriento había tenido nodriza durante tres meses; mujer lozana, blanca, maciza, apartada del marido por

rigor de celos. Pero eran jóvenes; ganosos de goce; y ella marchóse en busca de su hombre.

Y aquella vieja enlutada iba mendigando a las vecinas criadoras un rato de teta para el netezuelo.

—¿Vive con ustedes?

—Ah, no señor; ahí al lado; pero como nosotros no tenemos hijos y estamos solos—aquí, entra poca gente; el pueblo es pequeño; poco el tránsito; si uno no tuviera más que el hostel ni mal comería siquiera—, pues, como estamos tan solos, aquí pasan el día. Mi mujer toma el crío, se lo acuesta en las siestas, lo arregla, le canta, ¿qué sabe usted!

El llanto del niño traducía ya un tal descon-suelo y padecer que dañaba oírle.

Salió la hostelera: joven, menuda, donosa, limpia.

La vieja pedía misericordia al Señor. Y un mozallón, que sacaba de la cuadra una bestia cargada de cántaros, le dijo riendo:

—¡Amórrelo a su teta, abuela!

La vieja no devolvió esa chanza. Miróse con tristeza su pecho raso. ¡Ya di toda su vida!, parecía decirse.

También la hostelera contempló el suyo, que curveaba inquieto, gracioso y valiente bajo el ceñido corpiño blanco. Y se le miró con enfado, por inútil.

Acabada la cena, salieron Sigüenza y el huésped.

Pasaban una calle hecha, al comienzo, de tapias desiguales, esquinadas. Prosiguen casas humildes de puertas bajas y ventanas angostas. Una de las casas estaba caída y los escombros se amontonaban en la calleja.

Sigüenza vió un grupo de mujeres sentadas en un umbral, en el suelo y en sillas pequeñas de sogas.

Rezaban el Rosario.

Quedábase sola la voz aguda y plañidera de la devota que pasaba el abalorio bendito. Y otra vez la general plegaria difundíase zumbando como viento entre árboles.

Más adelante se agrupaban también mujeres rumorosas.

Por una calleja travesera bajaba otro barbotar piadoso. Sobresalía el tiple de una niña; de esas niñas formalitas que rezan con tonada de escuela.

—¡Es muy devoto este pueblo!

—¿Lo viene a decir por esto del Rosario?—replicó el hombre gordo—. Pues no es muy de Iglesia...; pero a estas horas acostumbran el rezo. Y como se oyen unas a otras..., pues les entran ganas.

Y el huésped rió.

Otro espíritu fácil a la risa que hallaba Si-

güenza en lo que él tenía por seminario sólo de dolores.

El Eclesiástico ha dicho: "El vestido del cuerpo y la risa de los dientes y el andar del hombre dan muestras de él."

Pensó Sigüenza que el huésped manifestaba salud, que riega de contento el cuerpo; quizá tendría viñar abundoso en fruto; tenía mujer moza de tentador donaire; tenía hartura de vientre... ¡Cómo hacerse en su ánimo surco o grieta donde brotar la planta del dolor!

¡Oh, bien se compadecía su risa, su andar, su decir, con su condición, con lo que era!

Mas Sigüenza se dijo que la bienaventuranza de aquel hombre menguaría viendo a los que sufren.

Se lo preguntó. El huésped encontraba rara vez a un leproso. Los leprosos no se arrastraban por las rúas; no clamaban ni se amontonaban ni hervían como gusanos. Habitaban las más retraídas calles; en la última del pueblo, en la más honda se habían espesado.

—Pero por arriba—agregaba el dichoso—, por arriba no van casi nunca. Tampoco a la parroquia ni a la fuente. Ellos mismos se aíslan. Muy pocos tienen menester de *aviso*. Y aun éstos, con dos o tres veces que uno se aparte de ellos, les sobra para comprender que deben huir de los sanos antes que los sanos les huyan.

Entraron en una calle negra y retorcida.

A las puertas bulteaban algunos vecinos.

Sigüenza iba zaguero; el huésped con las manos plegadas y echadas atrás. Silbaba. De cuando en cuando se interrumpía para murmurar muy paso:

—Aquí hay uno.

Y ladeando la cabeza indicaba una casa. Y de nuevo silbaba.

—Allí, una mujer; enfrente, un hombre y un chico. ¡*Donen llástima!*

Sigüenza miraba.

El huésped cambió el silbo por un canturrear desmazalado. Sus manos hundiéronse en los bolsillos del pantalón.

—Allá, otro.

—Pero ¿cuántos hay?—preguntó Sigüenza.

—Pues habrá...—y adelgazando la voz fué contando—: Batiste, uno; Severo, dos; la *filla* de...—y así contó nombres, apodos, parentescos—. Habrá de catorce a dieciséis; *maúros* quedarán cuatro o cinco.

—¡*Maúros!* ¡Maduros! ¿Dice usted?

El huésped disparó la risa.

—*Maúros*—dijo glosando—son los más malos, más malos; los de lepra de costras, que tienen la cara así a modo de mapas. Ya los verá. Aquí, entre todos, llegaban a cuarenta y sesenta.

La calle se rasgaba a trechos y aparecía el inmenso negror del campo. Lejos, una sierra manchaba el espacio estrellado.

En el altozano cantó una ronda vigorosamente. Dábase acompañamiento de palmadas. Entre la algazara resonaba una guitarra, grave y temblorosa.

Dulcemente se esparcían las voces en la calle honda. Los que estaban a las puertas escuchaban quietos y en silencio el bullaje del pueblo alto.

Había empezado el baile. Golpeaban locamente las castañuelas.

—¡Son de brío para la diversión!—dijo Sigüenza.

—Pues había de ver esto durante las fiestas...

Hizo una pausa y añadió:

—Si le parece podíamos ir subiendo... ¡Es de *lo* alegre, es de *lo* alegre este pueblo!...

¡Y Sigüenza que lo fingió sin más voz que el quejido! Todos arrastrando miserias y tribulaciones por calles y encrucijadas! ¡Y desearlo en tal trance era impulso de amor, era amar a los tristes!

Pero el sufrir tan sólo oprime y corroe un haz de hombres. Los otros ríen, sufren, se aman, se aborrecen, viven el vivir de todos. A él se asoman los leprosos y se apartan lacerándose si piensan en sí mismos, envidiando si imaginan a los sanos.

Su envidia es de exquisito suplicio. No tienen un débil claror de esperanza de gustar lo envidiado.

... ¡Ven con sus ojos y gimen como el eunuco
que abraza la doncella y suspira!...

Los que jacareaban salieron al campo. Iban
a la fuente.

Estaba el pueblo tranquilo. Subían ráfagas
de cantares tamizados por la distancia.

La mesonera exigió del marido que suavizase
la reciedumbre de su voz, porque en el zaguán
la vieja y el niño dormían. Y refirió, con atro-
pellamiento de jubilosa, que una vecina había
apacado el hambre del rapaz.

—Un pecho, duro como una cántara, se tra-
gó el muy tunante. Ya mamujeaba de hartos...
¡Vean, vean con qué regalo duerme!

Sigüenza no pudo alcanzar por qué no fué la
madre del niño esta mujer sana y amorosa.

Con presura entró un hombre.

—¿Está don Ramón?—preguntó agobioso.

La mesonera gritó:

—¡Rosetaaaa!...

Del fondo del vestíbulo brotó una mujer ru-
bia, ancha y pecosa.

—¿Está don Ramón?

—*No puc diro; tal volta no, siñora.*

—¡Que no!—repuso espantado el hombre.

Roseta perdióse en una escalera enyesada.

Arriba pisaron con andar firme y menudo.

—¿Está o no?—voceó desde la entrada el
huésped.

Luego, volviéndose al recién venido, interesóse por conocer la andanza que así le traía.

Y el otro, adusto, violento, contó que su hijo estaba enfermo desde la noche anterior; y al retornar ahora de la labor lejana, lo halló quemante más que una brasa y respirando como un perseguido...

Y su mujer lloraba hasta enloquecerle...

—¿Está o no?—bramó arrojándose a la escalera.

—Aquí, no, *siñor*, no—dijo la pecosa desde arriba.

El hombre fuése hablando tremendamente.

—Es que ya es bastante, ya—comentó el posadero—. Venga de hijos, venga de hijos y cuando llegan a los seis o siete meses, todos a morir. ¡Ya van seis! ¡No crea! ¡Con la falta que tiene de uno talludo para faenar en el campo, y así, o ha de estarse solo o pagarse un jornal!

Salió a la puerta. Y seguidamente dijo:

—Ya venía don Ramón... Se marchan juntos.

La abuela despertó con azoramiento de una profunda cabezada.

—Don Ramón es el médico—prosiguió el hostelero hablando con Sigüenza—; aloja aquí; es soltero, muy serio; un hombre de lo bueno, de lo bueno, sea dicho mejorando...

... Los que holgaran en la fuente venían voceando coplas.

En la agria cuesta terminó el gritar. Pero

a poco, sonó vertiginosa la guitarra y plenas voces se alzaron. La pendiente daba oscilaciones de cansancio al canto.

La luz del hostel resbaló por las caras de los cantores, todas estiradas con el visaje del grito.

Se alejaron hendiendo el silencio.

Después de una buena pieza se oyeron pasos remisos en la calle, y el médico entró.

Era joven, alto y enjuto; y blanco y copioso su cabello. Tenía ojos anchos, quietos y azules. Mostraba abandono de sí mismo y pesar. Su cabeza cana le singularizaba gratamente; parecía una delicada figura del siglo XVIII, vestida a nuestra pobre usanza.

—Qué, ¿y el chico?—demandó el mesonero.

—Mal, muy mal; muere como sus hermanitos.

Su habla era lenta y modesta. Saludó y perdióse en la escalera blanca.

La vieja secreteó con la mujer del huésped; le entregó el niño y marchóse.

Sigüenza paseaba obedeciendo las paralelas de las baldosas.

Fuera cantó el sereno la hora.



Una sombra muy negra y larga se destacó en la noche. Llegóse a la puerta de la posada y en el umbral se postró.

—Ahí está la madre, la leprosa—le anunció el huésped a Sigüenza.

—¿Y no entra?

—¡Claro que no entra como no se le mande! Ahora verá.

Y volviéndose con toda la majestad posible en su asanchado cuerpo la invitó a que pasase.

Entró la mujer. Mujer alta y osuda. Su faz tenía la color y el brillo del acero. Apenas se le marcaban las cejas y sus ojos estaban sepultados. Un pañuelo negro ocultaba su cráneo. Entre los pliegues de un delantal pringoso escondía sus manos. Sus pies chafados, grandes, torcidos, andaban como si el uno subiera siempre y el otro se atollase. Fatigaba su paso.

Inmóvil, rígida, estuvo contemplando la carita pálida y azulina de su hijo.

Después, tendiendo el flaco busto, y arrastrándose se acercó a la mujer del huésped.

En sus ansias olvidó recatar sus manos.

Sigüenza vió dos brazos secos, descarnados, que remataban en garras mutiladas. La gafeidad iba royendo aquellos dedos, crispados siempre en actitud rampante.

Derribábase su cuerpo. Doblóse... y su cabeza tocó carne del hijo.

Estaba muy quieta la mesonera y sonriente. En el marido la risa era muda y bondadosa.

Todo sosegaba. Extendióse ruido apacible de

suspirar, de llanto, como el dulce y misterioso murmurio de una lejana fontanilla.

Hacíalo la leprosa, gimiendo y hablando sobre la frente del niño dormido.

De súbito, una gran voz lastimera aulló en la puerta:

—¡Besándolo; está besándolo!

Y la vieja pasó atropellándose, dando clamores pavorosos.

La lazarina, con miedo de infame, de envilecida, hundióse en las sombras de un ángulo.

La placidez del huésped convirtiéndose en tante feroz de ira. Dió unos trancos enormes y su mano corta y peluda oprimió un hombro de su mujer.

¡Oh! ¿Estaba ciega, estaba muerta para no sentir el peso de tanta podredumbre? ¡Encima de ella; toda encima de ella!

La hermosa mañera le miró espantada. Y metálicamente, felina, le acusó de su torpeza por no separársela.

Los dos se culparon con los ojos. Y sus corazones se arrepintieron de haber sido generosos con la miserable.

—¿Qué no ha visto, qué no ha visto?—le dijo él con angustia a Sigüenza—. ¡Ha estado sobre ella!

Sobre su hembra limpia, bella, donosa, la carne dañada, la carne inmunda.

La carne inmunda se estremecía en las ti-

nieblas. Sus manos, otra vez ocultas en el delantal, se retorcían con dolor.

—¡Lo besabas, lo besabas!—repitióle su madre. Y había lástima y rabia en sus pupilas y en su palabra.

La leprosa se irguió. Y loca, transida, tambaleándose horribilmente, salió y perdióse en la noche...





III



RA grande el aposento de Sigüenza.

El huésped, que le había guiado, se fué dejando colgado un candil sobre una oronda arca.

Por el suelo rudo, sin ladrillos, pardeaban montones de patatas.

El azófar abollado de un peso daba miradas de luz color cinabrio.

Retraída en el misterio de un ángulo empollaba una rubia gallina, quieta, observadora, reverenda.

En otro rincón, dos largos calabazones enviaban sus grotescas siluetas a la pared, donde una frazada, pendiente de una estaca, caía a pliegues anchos, correctos, de túnica de imagen.

Sobre la cama, que era de hierro, vieja y negra, había pegado con miga de pan un cromo de la Virgen del Carmen.

Nuestra Señora presentaba un niño desnudito, ictérico, y el milagroso retazo del escapulario a los lacerados humanos que se hallaban a sus plantas, entre fuego bermejo y amarillo. Como aquel sitio, el del Purgatorio, no era acomodado para enaguilla o pámpano, las llamas muy honestas y sabias purificaban a todos igualmente, subiendo y bajando, según la talla de los cuerpos. Las almas penadas recataban pudorosamente con las manos sus pobres senos. Y los semblantes de todos traían a la memoria de Sigüenza los rostros impasibles de los figurines de sastrería.

Desnudóse el cansado viajero y se encimó en la cama, produciendo desaforado estrépito de jergón.

Y ya casi ganado de la dulce soberanía del sueño aun percibió que, bajo, en la calle, lloraba el niño y hablaba la vieja. Su voz de fatigosa lastimaba.

Había con ellos un hombre.

Cayó sobre el pueblo una campanada dura y zumbadora. Y el que platicaba con la abuelita apartóse al centro de la placeta y entonó el pregón de la hora.

Después antecogió un farol que había en un portal y fuese tosiendo pertinazmente.

—¡Que nos avise, recuérdese!—rogó la mujer.

Y él, desde la esquina, dijo:

—Bueno.

Seguidamente cantó.

.....
Por la negrura tambaleábase la leprosa. Venía de la calle honda. En aquellas horas de soledad, vagaba por el pueblo. Iba con la confianza de los sanos. Eso daba placer. Ellos no lo sabían.

En noches de luna mirábase su sombra; una deforme sombra que se tendía por el suelo, se quebraba en las esquinas, menguaba al trepar las paredes.

Decíase que debía espantar su figura larga, siniestra—como ciprés que anduviese—, por los viejos callejones untados de lumbre triste de luna.

Y cuando imaginaba que ese espanto podía penetrar en mujer de las que se ataviaban, en mujer sana, hermosa, gozadora de hijos, de marido o de amante... entonces, mirando satánicamente a las casas, hacía una risada dura y metálica.

Sus pasos tenían huecas sonoridades temerosas. En algunos sitios, retumbaban.

Llevaba piedras en el delantal; apercibíase de ellas, desde una noche en que un perro, que ladraba despavorido a una seca palma atada a un balcón, azotada del viento, echósele sañudo y le tarazó ahincadamente su carne.

Estremecíala este recuerdo, como si le hiciera sentir el doloroso abrazo de la fiera.

Tenía otra remembranza placentera y amarga. De noche estival, blanca de luna, en que bajó a la fuente para aplacar la sed.

Todo el campo grillaba.

Ella inclinóse para recibir en la frente la aspersión que levantaba el chorro al caer en la pila.

Una nubecita, un copo de espuma, pasó desahaciéndose bajo la gran luna. La tierra se empañó; mas pronto descendióle el baño infinito de claridad.

Azuleaba el cielo como en las mañanas. Fron-
das y viñales enverdecían pálidamente.

Algunos pámpanos tornaban resplandor. Y el camino, los márgenes, tapias y banales, chispeaban como si se hubiese desgranado y pulverizado un colosal diamante.

... Apagóse el cantar de los grillos cercanos. Dominando el ruido del agua, llegó a la leprosa rumor de pisadas fuertes.

El instinto de los de su *casta*, el instinto a la huída, la condujo a una rinconada negreante de rodales matosos. La vieja pared de la fuente, la ensombrecía.

... Allá, por una ondulación del camino, bajaba un hombre. Cantaba. Era un hombre inmenso, de greñas rubias, de barba grande, apreta-

da, intonsa como maleza. Era un mendigo extranjero.

Se acercó a la fuente y puso la cabeza bajo el limpio caño.

Al levantarse, goteó luz.

Contempló el agua; y, desnudóse, quitándose los harapos con suavidades de dama voluptuosa al desceñirse sus ropas perfumadas y enloquecedoras.

La leprosa mirábale con deleite y temor.

El extranjero quedó desnudo. Era blanco como la piedra nueva, fuerte, sin vello.

La mujer no había visto nunca tan bien tallado hombre. El que ella tuvo fué de ruin hechura de leño viejo, estrecho, roído del gorgojo de enfermedades eternas.

Entróse el mendigo en la bella agua donde se fundían y troceaban lunas infinitas.

Bañóse quietamente.

Un insecto invisible estridulaba en la hierba crecida al pie de la pila.

Pasó tiempo.

Salió el extranjero y sentóse en la piedra; con los pies agitaba el agua de plata.

El insecto calló.

De súbito, el hombre volvióse hacia donde estaba la lazarina.

Su oído y recelar de vagabundo, descubrían, adivinaban delgadeces de ruidos, alientos.

Saltó al suelo. Y espacioso, con cautela, fué

acercándose a la rinconada matosa. Mas pronto anduvo confiadamente. ¡La había visto! Sonrió. ¡Una mujer en la soledad! Y la empujó a la tierra alumbrada.

Ella sintió que la tocaban manos con intención de caricia. Abatió la cabeza. De lejos había contemplado, con furia de deseos, con latido recio de arterias, al hombre blanco y rubio. Ahora, junto a su desnudez tentadora, le invadía la necesidad del pudor.

... Se abandonaba.

¡La única alegría de su vida! ¡Desvelábase en ella la virginidad del placer! ¡Eran sus bodas, sus bodas en noche cálida, blanca y aromosa; sus bodas con hombre fuerte y bello!

... Otra vez cantaba el insecto escondido en la hienba de la piedra. Pero, parecía henchido, estallante de ira; era su estridor seco, breve; grito de envidia hacia *ellos*; de rabia hacia los lejanos cantores de un dulce coro que aun invitaba más al deleite... ¡Y él, allí solito bajo la mata húmeda!

El mendigo y la leprosa pensaron, un momento, en aquel insecto como se piensa en un hombre odioso.

... Parlaba la fuente.

Del cielo caía la lluvia de luna.

Y al darse la mujer a la dicha, el hombre acariciador y desnudo alzóse... y la dejó.

Se alejaba calmoso, cubriéndose con sus andrajos.

La hembra miró ansiosa la noche.

¡Si no venía nadie!... ¿A qué huir? Y lo llamó con voz doliente y rubores de esposa que entrega su doncellez; luego, a gritos, ronca con anhelos frenéticos de fiera en el cielo.

Detúvose él para hablarla en su idioma bárbaro. Y riendo, braceando, cantando, perdióse en el camino.

Desde lejos llegaba su cantar amatorio deslizándose en la quietud de la noche...

Del alma de la mísera desbordaba la rabia. Se estremecía su carne de lujuria insaciada.

Comprendió que él lo había conseguido todo, bestialmente...

... Cuando entró en el pueblo albeaba.

Un clérigo abría las puertas del templo.

Era un recuerdo deleitoso y amargo. Bien se fingía al hombre inmenso, de greñas rubias; y su apartamiento rufianesco, cruel.

Esa huída del mendigo y el momento en que sintió desgarrársele toda su alma, cuando ya no pudo rechazar que tenía lepra, habían sido las desesperaciones más foreces de su vivir siempre doloroso.

La privación de su hijo era una desgracia justificada por el *mal* de ella. Amarle fué quitárselo... Pero ¿por qué tenía ella el *mal*?... ¿Por qué no gozó con el hombre fuerte y blanco!

Alentaba sólo para el sufrir.

¡Qué habían hecho otras mujeres para merecer belleza y desmayar en deleites!

Ella no se atrevió nunca a codiciar opulencias de dicha. Apeteció vida humilde, con goce y tristeza, pero pequeños su quejido y su risa, que apenas sonasen.

Y vivía en tribulación sin alivio; espantando y repugnando.

... Era leprosa... ¡Señor, por qué era ella leprosa!



Del pasar fatigoso de callejas descansaba echada en la tierra, frente a la casuca de la abuela y el niño. Y hablaba con aquélla que le impedía el contacto más sutil con el hijo; ni un beso siquiera.

Ya, de extremada, inspiraba odio.

No era ese mal de contagio tan fácil. Algunos médicos casi lo negaban. A otros muy graves y autorizados oyóles “*que en el rozarse no había peligro, que el germen de aquello estaba en la saliva*”. Y aun esto era mentira, sí, porque un gran señor muy sabio, de muy lejos, que fuera a Parcent, le había extraído con su misma mano cuanta saliva quiso ella hacerle y la miró y estudió con gruesa lente...

Y terminaba siempre con un penoso prometer de *besarlo sin fuerza*.

Apartábala con fiereza la vieja. Luego tornaba en amarga y llorosa.

Sí que se pega, sí. Los del *mal* no acababan. Moría uno y salía otro, como hierba que se siega... Si no ¿a qué había de negarle a su hijo? ¿Por qué iba a negárselo! Habían de sufrir... Habían de conformarse con la voluntad del Señor... ¿El Señor proveería!

—¿Cómo se ve que está usted sana!—bramaba enloquecida la inmunda—. ¿Me *lo* arranca del *mal*, pues que le dé el mal y será mío!... Usted, como tiene al chico... usted, como *lo* disfruta... ¿Así le dé Dios!...

Después era el maldecirse por su blasfemar.

Sus entrañas le quemaban y una zarpa insaciable le impedía los ojos, le crispaba la garganta, le raía su pecho y su cráneo.

Habían de sufrir, habían de conformarse. ¿El Señor proveería!—le martilleaba la vieja.

—¿El Señor? ¿Si soy leprosa!

¿Por qué no venían hombres llenos de amor que se afanasen en limpiarlos y curarlos del mal espantable? ¿Ya no sabios que escriben libros, obras macizas, inútiles y glaciales! No sabios que se sirvieran del dolor para su medro y lustre.

¿Los leprosos los desprecian! Aunque les so-

lemnicen gentes letradas, les empaña el vaho del desprecio de los inmundos.

El desprecio de los inmundos es grande, como grande sería el amor de sus almas.

Hombres que sabéis: haced que os amen los llagados de lepra.

El amor del que sufre es más virtuoso y admirable que el de las almas risueñas.

Ser feliz y amar es tan llano como percibir el peligro y temer.

Entre amarguras amó el Redentor.



Sigüenza durmióse tan regaladamente como si hollase plumas y hojas de rosas.

En la calle conversaban la lazarina y la vieja.

Y ésta dijo:

—Y si muriese el *otro*, su madre tomaría al nuestro para criarlo.

Entonces, las dos mujeres oraron.

Salió de la torre el hondo son de una hora.

Lejos, cantó el sereno.

—El nos dirá; él nos dirá—musitó la leprosa.

De las calles más bajas, volvió a subir la voz lastimera.

—Aun está lejos—refunfuñó la vieja.

—Aún.

Y callaron.

Braceó el niño; movióse todo; rompió a llorar.
—¡*Atra volta; atra volta!*—se quejó la abuela y entróse para aplacarle con lo que hallara en el hogar apagado.

Se escucharon pasos que despertaban eco en las calles solitarias.

La leprosa sumióse en el umbral de la posada. Y vió un cuerpo negro, coloso, brotar de las tinieblas, despidiendo un resuello de bruto acosado.

Se le echaba; amenazaba aplastarla. La pisoteó.

Era un hombre que le contuvo la sangre y la vida por espanto insólito.

Era el padre del niño enfermo... de los niños muertos.

Buscaba al médico... Moría su hijo. ¡Ahora sí que moría!... Pero el médico aun podía hallar... o inventar algo milagroso: ¡algo que lo salvase! ¡Había de haberlo! ¡Dios!

Y su voz oíase grande en la majestad de la noche.

La leprosa se alzó torpemente. Y con palabra cobarde, tartamuda, casi insonora, dijo “que también ella viniera buscando al médico para... una pobre mujer, una vecina suya, que finaba... y el médico había salido.”

—¡Que no está, que no está?—rugió el hombre—. ¡Maldigan...!

No pudo acabar porque lloró.

¡Oh! ¡Bastaba, Señor, bastaba! Un rincón del cementerio estaba sembrado de huesecitos de sus hijos!

La leprosa mirábale llena de miedo.

Lentamente una lástima suavísima se derramó por su pecho; le inundó todo su cuerpo. Y esa lástima crecía, crecía con braveza, remordiéndole.

Sintió el deliquio de su voluntad, de toda su alma. Sucumbía.

“Es mentira, es mentira.”—pensaba que iba a gritar—. “Es que no quiero que tu hijo se salve... ¡y yo no sé si ese médico podría sanarlo!”

Sollozaba. Su carne también caía.

¿No sería el brazo de un ángel que la arrojaba de aquella puerta, para que entrase el otro? Y crispada de dolor arañaba con sus manos gafas la madera grietosa buscando el sostén de las rudas jambas.

—... ¿Y dónde está?—imploró el hombre.

El llanto desgarrador del niño hambriento salió de la casita paredaña.

La mujer irguióse. Y trémulamente deletreó “que el médico había marchado a... Alcalalí, pueblecito del valle.”

El hombre se precipitó por el recuesto que antes subieran los mozos cantores.

... Fué avanzando la noche. Y cuando la campana del reloj retumbaba en la soledad, las dos

mujeres sufrían un latido doloroso de tan violento, como si el corazón se les hiciera de hierro y una mano cruel lo impulsara.

—¡A *Albat*, es a *Albat*!—decían delirantes.

... Pero... no, no era toque de *albat*; no era a *muerto de gloria*. No tañían a tales horas—pensaban con amargura ya fundido el arranque ilusorio.

La iglesia estaba cerrada; volvía a enmudecer la torre, aquella fantasma inmóvil que negreaba en la negrura de la noche.

De rato en rato, asomaba un farolito en la calle. Y el sereno pasaba, repitiendo su tonada somnolienta.

Ellas pedíanle noticias del moribundo.

—Mal, mal; me creo que está acabando...

—¡Señor, si dura!

... Crujió una ventana, una garganta poderosa golpeó en bronca tos.

En el cielo clareante, las estrellas lucían muy pálidas, como exhaustas. Parecía que, desde la tierra, se las pudiera apagar con un soplo.

Ya despertaban las avecitas.

De un corral vecino a la posada subió el canto de un gallo, un cantar de risa, burlón, nasal, semejante a voz contrahecha de máscara.

Jocosos, tristes, clamantes, atiplados y recios cantaron más gallos, muchos más y se interrumpían y coreaban.

—¡El día! ¡*Es fa* de día!—dijo con rabia la leprosa.

Pasaba muy baja una nube blanca, opulenta, rompiéndose en sus perfiles de monstruos.

¡El día, el día!

Vibró una campana, gozosa, precipitada, limpia.

—¡*A mort de gloria!*—gritaron las mujeres.

Pero el alegre esquilón, cuyo sonar fué regularizándose, haciéndose más seco y tardío, saludaba al alba, llamaba a misa.

En la calle apareció un labriego; después la macilenta figura de un rucio; en sus aguaderas se movían los panzudos cántaros.

Resonó el segundo toque de la misa de alba. De un portal vecino salió una vieja tocándose con azabachada mantellina; la siguió una rapaza que arrastraba dos sillas.

... Huía la leprosa.

Y sola, entre las casas cerradas, de la calle honda, oyó el tañido a *muerto de niño*.

Eran vocecitas de campana que se precipitaban de la torre, retozonas, alocadas, raudalasas, como haldadas de flores vertidas desde la altura. Y cruzaban sobre el pueblo, salían al campo, y cristalinas, menuditas, puras, subían al cielo, penetrando por las nubes blancas, blancas como el almita del niño muerto...

... La leprosa gustaba la alegría, su única alegría, nacida del dolor de otra madre.

Su voz rasgó la calma del amanecer; sus ojos lumbrearón, y alzando sus brazos, secos, largos, que remataban en garras de animalía de blasón, bendijo al Señor.





IV



AÑANEÓ Sigüenza.

En la entrada del
hostal, la moza ancha,
rubia y pecosa, aljofifa-
ba el piso.

Comían dos arrieros
sentados a la blanca
mesa.

La hostelera entraba
y salía, haciendo muy
contentamente su ministerio.

Fuera, bullía espeso grupo de mujeres. Allí,
la madre de la leprosa manoteaba y visajeaba.
No, no tenía fin su hablar. Pero la figura de la
vieja estaba mutilada. Faltábale su lucha, su
dolor, el niño exprimido y pálido.

Rodándose la faja, apareció en el zaguán el
huésped.

Habíase afeitado y sus carrillos limpios, lus-

trosos, mostraban pliegues nuevos y eminencias rojizas y azuladas y huellas sangrientas de navaja.

—Aquéllo se arregló—gritó al forastero—; ya está el chico en sus glorias; con *sus* tetas que son como de vaca; las que dejó el crío muerto.

Luego nublóse su frente; se doblaron sus labios con gesto pesaroso, y añadió:

—Nos haremos la cuenta de que pagamos ama... sin tener hijos... Y no nos sobra... ¡Ya está usted viendo el movimiento de la casa!

A los que comían les historió la aventura del niño hambriento y del niño difunto. Y aquéllos escuchaban sin apartar los ojos de la lomuda sirviente que fregaba las baldosas.



El huésped y Sigüenza salieron.

Bajaron a una calle vasta y soleada. Arriba, pasaba el cielo en río sereno de azul fastuoso que atraía el mirar, contentaba el ánimo, pulía gentilmente los contornos de las casas, de la torre, de la montaña.

En la calle, cargas de leña verde, recién cortada, daban el olor de la serranía. En sus sombras había gallinas escarbando la tierra, pico-teando entre las tamaras y hojas.

Sigüenza y el huésped fueron a la rúa donde más leprosos habitan.

Sentada en una esquina, una mujer torcía cuerda de esparto. El huésped le preguntó:

—¿Está él?

Ella hizo “sí” moviendo su cabeza larga y pomulosa.

A la siniestra, la primera casuca de un callejón que procede de esa calle honda y acaba en el campo, tiene un corralillo; sus tapias son bajas y desde fuera se otea cabalmente. En un ángulo se pudría el timón de un arado viejo. Un cañizo rudo, apretado, cerraba el hueco de cueva para pasar a la casa.

—¡Batiste!—voceó el mesonero.

De entre las cañas se escapó un silbo fuerte, un aliento que decía palabras apagadas como si nacieran de laringe forrada de paño.

—Este es uno de los *maúros*; apenas si le queda habla.

Luego volvió a gritar en valenciano:

—Sal, Batiste; que aquí hay un señor que te busca.

Y, otra vez, pasó el cañizo aquel estridor de laringe, rota, tísica; aquel respirar fatigoso que hablaba.

La mujer que trenzaba sogas se había aproximado. Bajo su brazo brillaba el rubio copo de esparto.

Era alta, de flacas zancas que se le señalaban

por la delgadez y mengua de su falda. Sus ojos tenían tan diminuta pupila que la mirada semejaba darla o hacerla como las estatuas, con el blanco de la córnea.

—Es que se estará vistiendo—murmuró humilde, creyendo que debía justificar la tardanza del marido.

Dentro se sacudían y estregaban ropas. Después, moviéronse las cañas y quedó patente el agujero negro de la entrada. Avanzaba un bulto.

Salió un hombre astroso. Sus manos enormes, tímidas, eran del color de la tierra. Un pañuelo, cuya mugre relucía al sol, ceñíale desde la frente a la nuca cubriendo su cráneo.

En su cara la podre del mal hacía escamas lívidas y se arracimaba y se amontonaba. Entre dos cortezas de la barba pendían dos mechones de pelo negro, largo, liso. Y sus ojos, hundidos entre llagas, expresaban inmensamente; eran hoscos, mates, secos; pero había momentos en que tornábanse lucientes, húmedos... Tenían esa humedad de que nace la lágrima sin que ésta asome y caiga aliviadora; mostraban la expresión de todas las tristezas, de todos los dolores fundidos en la tristeza y en el dolor supremo de la propia lástima. No decían la queja por el padecer, sino la amargura de la compasión de sí mismo por un mal que sólo acabaría con muerte de abandonado. Y estos ojos, al subir

hacia las tapias y ver a los hombres que estaban en la calleja, clamaban como Job:

“¡Apiadaos de mí, apiadaos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado!”

Este dulce decir de sus pupilas perdíase pronto. La desesperación, la envidia a los sanos de carne limpia, un odio a todo las abrasaba. Después, el cansancio iba apagándolas y quedaban quietas, mates, idióticas.

Púsose a raer el cañizo de sus hojas firmes y crujientes. Y con lentitud, ladeaba la cabeza para saber si le miraban.

La mujer explicó “que *aquello*—el afanoso pulir las cañas—hacíalo para *aguantar mejor* que le mirasen.” Y sus ojos de estatua abatieron los de Sigüenza que también adivinara *aquello* y no quiso escucharse porque tenía ansia de mirar. Y cuando la mujer lo dijo fría y penetrante como una espada, él creyó que era su conciencia que se lo gritaba con voz, ya que con remordimientos no fuera atendida.

Y Sigüenza no se apartó de las tapias bajas del corralillo.

... En la entrada de la calleja asomaron tres hombres. Su flojo y tardío andar, sus manos echadas a la espalda o escondidas en los bolsillos, sus talantes dejativos, manifestaban el hastío de esos azota-calles de nuestros pueblos.

Del lugar han partido para las labores los

hombres campesinos. Han quedado los artesanos que faenan en sus casas y los viejos que se solean junto a las fachadas o se sientan bajo un árbol. Todo está en sosiego.

Si una bestia baja por un callejón al camino, su pisar se oye claramente en todo el pueblo. Los muchachos canturrean en la escuela; las moscas zumban en las calles. Un mendigo hace una tonadilla en un umbral. Se oyen voces agrias de mujeres; alguna ha maldecido a su hijo que sale dando un portazo y huye descalzo y greñado hacia el ejido. Golpea un martillo. En la iglesia, el señor vicario repasa las vestimentas, cuenta la cera y requisa la alacena donde se guarda el vino y la hostia; una araña se deja caer desde el techo y parece mirarle. Ved que todos trabajan. Pues nuestros clásicos baldíos pasean, arrastran su ocio a modo de castigo de airadas divinidades...

Serios, silenciosos, van empujando con sus pies una piedrecita durante una mañana. Y si es un forastero lo que su fortuna les depara, ya no hay más apetecer. Ellos se fingirán los contradizos; llegaránse indiferentes, distraídos; pero como es fuerza que conozcan al que le acompañe se detienen, saludan y *se suman*. Así aguardan la tarde; ya entonces, galantean con las mozas que salen a llenar alcarrazas y cántaros en la fuente; y se solazan y chismean con los vecinos que se agrupan en los portales.

Los que vió Sigüenza aparecer en lo alto del callejón, acercáronse muy reposadamente. Y como eran grandes amigos del posadero, quedáronse hablando, junto a las bardas. Uno de ellos dió chanzas al leproso; mostróle otro un puño de cigarros. Y todos, como si encomiasen la docilidad de una bestia, dijeron a Sigüenza:

—No, no tenga miedo de que se arrime; aunque usted se lo mandase no se arrimaría.

Le echaron el tabaco.

En la calle, perseguíanse, por juego, dos rapaces ya talluditos, vestidos tan sólo con anchos pantalones de lienzo rojo que les llegaban al pecho.

—Son hijos del leproso—murmuró el huésped—. Del que va delante, ¿lo ve?, ya dicen si está *tocao* del mal.

El notado era albino y su pelo y su carne pálida, al envolverles el sol, hacían vislumbres de blanca seda sucia y ajada.

La noticia que diera el del mesón llamó al deseo en los otros, de lo muy deleitoso para algunos: de *contar*; al comienzo, hablóse serenamente de Batiste; mas, pronto, se mezclaron e interrumpieron todas las voces.

Celaba con saña el huésped la más delgada coyuntura para tasar y enmendar el ajeno relato.

El leproso lo era desde los veinticuatro años. Frisaba, a la sazón, en los treinta y ocho. Ya

acababa, ya. Vivía solo, echado en la tierra, cerca del cañizo. Su mujer le llevaba la comida y el agua. Casi siempre se las daba por las tapias. Algunas tardes, él salía al campo. En el *Carrascal*, la gran sierra, tenía un rinconcito plantado de viña...

El lazarino, al advertir que la conversación del grupo le aliviaba de sus miradas pegajosas, recogióse, con industria y disimulo, al oscuro sosiego de su manida y corrió la tapa de cañas. Pero alguien que no perdió movimiento de aquél, dijo riendo:

—Ahora se verá si sale pronto.

Y robusteciendo la voz, fingió disputa de política, alabando a uno de los caciques del pueblo y cubriendo de vituperios el nombre de otro.

Crujió la grosera celosía y asomó la cabeza del leproso. Se había quitado el pañuelo y su calvez horrible le acrecentaba la fealdad. Furiosamente se revolvían sus ojos cual si codiciasen desgarrar llagas y cortezas y verter fuera toda la brasa del odio. Se estremecía con violencia la flácida piel de su cuello hendido y el aliento que hablaba salía con estrépito de saliva.

—Esto de la política es para él más que su lepra—murmuró el posadero—. Mire: por aquí pasan para ir al campo los que lo han menester, y alguno, por reír tan sólo, se asoma y dice mal del bando de Batiste. Y Batiste, aunque esté en

cueros, sale y se echa a las tapias como un perro y tira por su boca basura. Se asoma otro, y le refiere: que si el mandón del partido contrario mercó la mejor masía del contorno, o si casa a su hija con un sobrino del diputao lo manco! Y Batiste venga de rabiarse y rabiarse. Pues si alguno le cuenta bien de los suyos, él habla de los otros siempre con coraje. ¡No puede aguantarse el pobre!

—¡Sí que es verdad, sí que es verdad!—corearon todos.

Y se reían. La mujer también; la humilde mujer pensó que así debía convenir al general bullicio y regocijo. Sí; había que reír, que todos reían. Y su mirada blanca no se apartaba de su marido monstruoso.

Ese mirar tierno y balsámico, o incisivo y frío, parecía enviar aliento al mísero o echarle en cara su condición de mujer de inmundo.

—Qué, ¿vamos a otro?—preguntó el huésped como si desfilaran entre las rejas de una colección zoológica.

No fueron a otro. Sigüenza no quiso.

Fueron hacia el campo: era escueto, almagral, de bancales despedazados. A trechos verdeaba la viña y se movían pausadamente las cañas del panizo.

Manzanos aparrados orlaban las tupidas alcáfitas de las alfalfas. Y algunas oliveras canís-

mas, de cimas de plata, se suceden, de cuando en cuando, hasta llegar a la ingente sierra cenizosa en que remata el paisaje.

El sol incendiaba roquedal, tierra y fronda. Sigüenza y los lugareños buscaron el refugio de las arcadas de un encalado riu-rau.

Cantaba con fiereza el coro ronco, chirriante de las cigarras.

Los hombres se echaron en el suelo. Gustaban con delicia la sombra.

Sigüenza se imaginaba al leproso, hundido en la zahurda, interponiendo una tapa de cañas a la caricia del cielo y de la luz; palpándose la lepra de su carne y manándole su alma lepra de odios.

En el pueblo sonaba un sartal de horas.

El huésped las contó, y al saberlas alzóse presuroso, sacudiéndose su pantalón de pana negra.

—¡Las *dose*, las *dose*!

Encargó al salir de casa que hiciesen arroz, y ya debía hallarse pajizo de puro cocido y rico. La mesa estará puesta y vestida con mantel limpio; habrá pan tierno, del día; aceitunas en salmuera; *guindas* rugosas, dulces y oreadas; un pollo emblandecido y aromatizado con tostones de tocino y cebollicas menudas como nueces; rajas de queso; confitura de arropo y vino de propio lagar... Comerán juntos Sigüenza, el médico y él.

Y se alborozaba fingiéndose el yantar cercano.

—Vámonos, vámonos, señor de *Sigüensa*—repetía—. Pues “nada hay tan importuno como el hambre”, que dijo Homero en su *Odysea*.





V



IGÜENZA sucumbía a la calma de la siesta.

Dormitaba en el zaguán.

El suelo rociado y las puertas entornadas mentían frescor.

Una cortina rameada pintaba de rojo la raya de claridad que bajaba desde el dintel al peldaño.

Lamentáronse las bisagras; la luz penetró cruda y cegadora; una tosca mano arrugó la cortina y una voz plañidera y trémula declamó:

—¡Alabado sea el Señor! Hermanitos: socorred a un pobre viejo que va de camino.

Y el clamor se iba arrastrando perezosamente por el vestíbulo.

Sigüenza creyó que hablaba la misma siesta.

El mendigo pedía sabiamente. Su voz arrullaba como nodriza buena; adormecía como susurro de árboles umbrosos. Su voz no enlazaría gratamente con la actividad de las mañanas ni con la dulcedumbre de las bellas tardes.

Salió Sigüenza.

Brillaban las moscas imitando chispas de gasa y argentería.

A la izquierda, sobre los tejados, asomaba un trozo del *Carrascal*, envuelto en calina. Un monte de humo semejaba.

A deshora, y en la calle que desciende cruzando la del mesón, sonaron voces.

Algunos hombres pasaron. Por el portal de una casa fronteriza a la posada descolgóse una figura de araña gigantesca. Hacía la un mocillo de cabeza menuda, de pelos negros y aplastados; era huesudo, pálido y retorcido. Los hombros le subían angulosos hasta las anchas orejas, empujados por los travesaños de groseras muletas asidas con manos esqueléticas. Una pierna pendía rígida, buscando ansiosamente el suelo; la otra se enroscaba a manera de muelle de acero en espiral suelto, roto.

Campaneando su corpezuelo entre los puntales que golpeaban desaforadamente, se fué a la calle bulliciosa.

La gente amurallaba las fachadas; el centro quedaba solitario.

Doblado en un umbral había un viejo cuya

talla debía de ser larga, porque las rodillas llegábanle altas, cerca de la barba. Gastaba ropilla negra de antigua usanza lugareña y sombrero, ya traído y desfelpado, de jijonenco. Sus manos, manchadas de amarillo, temblaban junto a su boca blanca, marchita. Trataba de encender con mixto de cartón una punta de cigarro, una pavesilla pringosa pegada al belfo.

Después miró a Sigüenza puntualmente. Lo estudiaba, lo medía, lo repasaba muy despacio, muy despacio y sonriendo.

Seguramente un forastero, que no comprende lo que se hace o se apercibe en algún paraje del lugar visitado, mueve la sonrisa de esos viejos contemplativos que se apartan y se sientan en los portales.

Son insaciables observando. La hoja que se estremece en la rama; la hormiguita que avanza y retorna por el sendero; el agua que pasa por el azarbe; cualquier nadería para otros es mirada largamente por esos viejos. Viven con los hijos ó con los nietos. "Abuelo, salga; salga, abuelo, que la casa no da salud", le dicen. Y entonces ellos, rezongando, salen y se ponen a mirarlo todo. Alguna vez quisieran tornar a la casa; pero *ven* y *oyen* a la nuera o al hijo que les lleva hasta la puerta y repiten lo de "salga, abuelo, salga, que la *mucha* casa no es bueno".

... Al del portalillo se acercó Sigüenza. Y

supo que el asunto de tal movimiento y copia de hombres era la partida de pelota de todas las tardes.

Juego aparatoso y solemne en aquellos valles del Jirona y Jalón.

Un autorizado tribunal juzga sin fraude ni trapazas. Grita los tantos un censor, los canta; óyese a sí mismo gustoso y desvanecido; pasea por la muchedumbre sus ojos entornados. Después los eleva y su voz ondula tiernamente. Acaso una mujer lo mira desde una ventana.

Contó el viejo a Sigüenza que era muy serio juego aquél. Cruzábanse apuestas de diez, de veinte, de cincuenta duros.

Sigüenza repitió las cifras y procuró admirarse. De lo cual recibió gusto el que narraba y sonrió, tosió y dijo partiéndose con la diestra una baba de plata que le caía haciendo un hilo elástico.

—Pues se llegan a jugar por estos pueblos hasta las cosechas de la pasa; a veces, cuando todavía está verde la uva. Y esto no es referencia que me han hecho, no señor, que yo mismo las he perdido.

Y tosió de nuevo con algarabía de garganta blanda, riendo de sus confesiones.

Una larga diente amarillenta bajábale de la encía alta, como estalactita de nicotina. Lo demás de su boca estaba despoblado.

Era filosófico viejo que, cuando hablaba de sí

mismo, reía sosegadamente, dijese pesares o regocijos.

Jugaban. Jugaban seis hombres jóvenes, desnudos los brazos, ansiosas, arrebatadas las caras.

—El de más aquí estudia para capellán—murmuró el viejo y señaló con sus dedos temblorosos, tostados de tabaco, un mozallón bezudo, de quijadas anchas; sus ojos eran negros, de un negro sucio como de tizne, y sus manos carnosas pedían la esteva o la podadera. Sudaba. Voci-feraba brutalmente.

En la calle había momentos de silencio de alturas. Otros producíase frenética alarida.

Colgando de las muletas, ansioso, rendido, acudía el mocillo, donde con más braveza se disputaba.

Apuntalábase bien. Despegaba de los palos, para aliviárlas, sus manos largas, y miraba aquellos hombres que gritaban, que se revol- vían prestos y vigorosos, que alzaban brazos pu- jantes, que hacían trepidar la tierra con la fuerza de sus pies y le dejaban impresa la mar- ca de su forma.

Admiraba el ruido de pisadas y las huellas de pies; él hacía ruido de palo, de cosa; él pendía de muletas, y no jugaba ni braceaba; no hablaba ni reía con tono fuerte.

Por eso iba de grupo en grupo, mirando pro- funda y quietamente a los hombres de voz po- derosa, de fortaleza en los pies y en las manos.

Dos mujeres sacaron de una casa a un hombre postrado en silla bajita. Su cara, lisa, estrecha, blanquinosa, parecía de escayola sucia. El fijo mirar de sus ojos dilatados causaba pavor.

Las mujeres hablaron con otras vecinas:

—Así se distrae viendo jugar. ¡El pobre, si no fuera por este rato!

—¡Ya se comprende!—dijeron las otras muy lastimeras.

Y él, *el pobre*, con su inmutable mueca de dolor, quedó a la puerta solo, sin saber del juego, mirando inmóvil y fijamente como si se viera a sí mismo sufriendo y sintiese el pavor de sus ojos ensanchados.

Entráronse las mujeres. Llevaban en sus rostros un júbilo discreto, recatado. Iban a faenar, a vivir, sin la muda inspección de aquel cadáver con los ojos abiertos.

... Dieron horas en la torre. Luego, una campana tocó blandamente, como si se desperezase de la siesta. No la golpeaba el badajo, ludíala. Zumbó. De súbito sonó firme, grave, honda. Siguióle un vagido de esquilón; después, la voz vigorosa de aquélla, la atiplada, la recia, la fina, la gruesa... Y así, interminable, un campaneo que cojeaba, un campaneo horrisono, inverosímil en aquella hora calmosa de sol...

—¡A muerto, a muerto tocan!—exclamó el viejo, y se espantó una avispa.

El seminarista se revolvió furioso hacia la

torre, implacable oficina de aquel sonar de calderas destempladas; de aquellos tañidos que se cambiaban, que remedaban pisarse.

Jugadores y público se habían enjambrado. Acaso se deshiciera el partido. El estudiante debía ensotarse y con el añadido del roquete *formar* en el entierro.

Alguien gritóle "que no fuese, que no fuese".

El seminarista le miró con igual gesto que antes pusiera al mirar a la torre. "¡Que no fuese, ¿eh?, que no fuese! A manojos saldrían boquirrotos que le acusasen al rector del seminario y al mismísimo arzobispo." Y acabó enviando una maldición a la inocente madre de la campana y a ésta y al cura y al muerto.

Todo era mirado y oído del cojito, sin perder semínima.

Al cuidarse otra vez Sigüenza del viejo de la diente, halló que departía con otro lugareño también de razonables años. Colgábale a éste de su hombro la sobada jáquima de una borrica parda que detrás estaba muy quieta. Era un menudo hombre, de carnes duras, prietas y pocas; parecía hecho de madera quemada, de raíces, como nos cuenta la madre Teresa de Jesús que semejaba ser el santísimo Fray Pedro de Alcántara. Su cabeza fingía estar plasmada en la raíz de una caña; presidíala muy holgada nariz. Siendo ruincillo, mostraba gran solemnidad.

Trataba del juego interrumpido con gesto y ademanes serios, circunspectos, gravedosos. De esta condición participaba ya su indumentaria. El sombrero interesaba singularmente a Sigüenza. Era un sombrero negro, de inmensas faldas combantes. La copa estilábala entera; quiero decir que no se hacía en ella el donaire de una abolladura; alta, severa, raída al comienzo de lo curvo, remedaba una frente espaciosa, des- pellejada por dilatadas cavilaciones.

Hablaba el hombrecito y Sigüenza no reparaba ni en su boca, ni en sus ojos, ni en su palabra; el sombrero, el sombrero le inquietaba.

Fué apartándose el viejo, y de lejos, las alas grandes del sombrero, de un pausado movimiento, tenían humana severidad. Con sólo mirarlas luego parecía surgir la figurilla de su dueño ponderoso. Reposadamente iba detrás la borrica parda, cabeceando con dulzura.

Al segundo campaneó entraron al tullido.

Sigüenza creyó que las dos mujeres mostraban desabrimiento y tristeza.

Quedaron en la calle algunos rapacejos.

Arrojaban a lo alto una pelota medio abierta, destripada.

Mirábales desde la esquina el mocillo cojo.

Se les acercó y hablóles. Ellos le dieron el des- hecho de pelota.

El cojito afirmó los puntales, afianzóse, des- enroscó sus sarmentosos brazos; dos dientes cla-

ros hincáronse en su pálido labio inferior con muestra de esfuerzo. Golpeó la menguada pelota, que subió hasta el tejado. No llegaron a él los rapaces. Y observaron calladitos y muy quietos al mocillo cojo, como éste contemplaba a los hombres de pies cabales y brazos poderosos.

Vió la mirada de los menudos; saboreóla con delicia; sus ojos se iluminaron por la primera fiesta de la vanidad en agasajo; sus mejillas se vistieron con la púrpura de la sangre... Y dando trancos de muletas y con sacudidas de piernas, semejando una araña monstruosa, se fué y ocultóse en la casa frontera al hostal.

Sigüenza se encontró solo en la calle.

En la plaza mascullaban los capellanes un responso. Levantóse un *Amén* potentísimo, clamante. Después, más.

Cayó el estruendo de las campanas y lo apagó todo.



Cenaron también juntos el médico, Sigüenza y el huésped.

Fué la cena duradera y callada. Al final entraron al mesón varios hombres. Dos vestían uniforme de carabineros. A todos mandaba un viejo fuerte, rollizo, sonrosado y cuyo cabello

abundoso y ondeante, peinado noblemente hacia atrás, dábale autoridad y favor.

Esto sabíalo el viejo porque aquella brillantez de cabeza manifestaba un exquisito aliño. Su diestra corta, pequeñita, dorada de sol, se hundía en su cabellera alba como si acariciase a una amante.

Los otros tenían encobrados los rostros y manos. Sólo las frentes clareaban.

Eran del Resguardo, de la Ronda de la Tabacalera. Caminaban arrancando plantas de tabaco, porque así lo quieren algunos hombres que han creado el delito de cultivarlas y tenerlas.

Pidieron de comer.

Hablaban del trabajo realizado, del daño inferido a otros hombres, casi todos pobres como ellos.

El del pelo blanco y limpio era afluente de palabra. Dijo de sus excursiones. Todos le atendían siempre asintiendo y sonriendo.

Para este egotista inagotable dejó escrito el estoico de Hierópolis: "Cuando te hallares en compañía, no te espacies demasiado en narrar tus hazañas y los peligros que hubieres corrido, que no has de creer que los demás tengan tanto placer en escucharte como tú tienes gusto en discurrir."

Esto no encaja por Sigüenza y el médico, que hallaban al fuerte viejo sagaz y donairoso,

sino por los otros que también querían hablar de sus andanzas.

Pasó un labriego; habló con el médico. Y éste murmuró:

—Vamos.

Sacaron un macho, esquilado cuidadosamente, bien nutrido, inmenso como un castillo de carne.

Cabalgó el médico y fuése.

Los del mesón quedaron una buena pieza silenciosos.

De fuera venía la voz del espolique y el féreo y pausado pisar de la bestia. Y se fueron alejando. Y ya no llegaba el habla del labriego, pero aun percibíase el ruido de herraduras. Perdióse, resonó; tal vez un guijarro había sido herido, partido...

Una mariposa de oro revoleaba convulsamente en los vidrios del farol del vestíbulo. Dióse un golpazo horrible.

Se había extinguido el rumor de los que se marchaban.

—Y toda la noche y todo un día y siempre que le tuvieran de aquí para allá, de aquí para allá, no le sacarían una palabra fuerte, de enfado—dijo el posadero aludiendo al médico.

Y añadió:

—Una noche le buscaron para que viese a un mozo, y apenas lo tuvo delante se revolvió y dijo que por qué no le habían avisado más pronto.

“¡Ei!—contestó el padrastro del enfermo—. ¡Nosotros qué sabemos de estas cosas!”

Don Ramón tentaba y miraba al enfermo. Y al fin dijo:

—Aun lo salvo, aun lo salvo.

—¿Aún?—se pasmó el padrastro.

Y al comprender que el médico iba por herramientas, aquél se le arrimó y bruscamente le dijo que “al chico no lo tocaba, porque no lo tocaba, ¡vaya!”

—¡Pero si puedo curarlo, si lo salvaré! ¡Respondo con mi vida!—contestó don Ramón.

—¡Que no, señor!

¡Aquello era dejarlo morir!—volvió a gritar el médico. Y todos los que estaban en la casa dijeron por lo bajo que don Ramón decía verdad, que don Ramón decía verdad... Allí había lío de testamento.

—¡Déjenme—tornó a pedir el médico—. Mañana será tarde!

No lo consintieron. Y el chico murió. Y don Ramón lloraba grandemente; lloraba como un santo que mi mujer tiene en una estampa.





VI



RA de mañana.

Otra vez caminaba Sigüenza.

En la pasada noche había entendido del jefe de la ronda el anuncio de que ojearían el *Carrascal* al día siguiente.

Pues él, Sigüenza, también subía el *Carrascal*. ¡Un día de monte, de silencio augusto y deleitoso! Vería trepar aquellas hormiguitas de los hombres; trepar y descender; hundirse en fondos y asomar por collados—brotes o vástagos de la sierra—buscando las plantas del tabaco.

Sigüenza no las cultiva; tampoco deudo suyo las tiene. No siente enemiga por Compañías; no entiende de monopolios ni achaques económicos, pero considera muy miserable que arran-

quen esas plantas por codicia de unos cuantos hombres. Dejémoslo.

La sierra, tan suave de contornos, que desde lejos imita la silueta de un buen señor, gordo, vestido de gris, tumbado, panza en alto, la sierra tiene hondonadas hoscas; rodales tupidos de encinas arbustañas; láminas de roca muy juntas, espesas y agudas, como hojas de inmensos libros fosilizados por los siglos; lisuras de color de sangre. Y hay peñones que se amontonan y amenazan desgajarse y hundirse en las umbrías de las cañadas donde el viento tañe su canción en los pinos; y hay vocecitas misteriosas, apresuradas, de algún manantial delgado que se arrastra bajo los enebrales. Tras un escarpe calvo se tiende un bancal conquistado al monte por la azada; en él se abraza la vid medrosa de la altitud, y los algarrobos mueven sus frondas muy despacio, serios, recelosos. En turgen-
cias suaves y graciosas del peñascal tornasolea el oro de bojas secas, tostadas y resbaladizas; en parajes umbrosos se espesa la hierba corta, tierna. Y vuelve el monte a abrirse en barrancos, a despedazarse en masas de peñas, a presentar suavidades doradas, tersuras sangrientas, verdes alcatifas, desolaciones grises y cantosas... Rueda un guijarro; su chocar aumenta; empuja a otras piedras que eran dichosas en su inmovilidad y altura; y se van hundiendo, se van sepultando. Muchas veces se oye desde muy

hondo así como el quejido de la piedra caída. Y todo, a lo lejos, parece un buen señor rollozo, panza en alto, vestido de gris, con manchas verdinegras, aterciopeladas, de pinos y carrascas.

—Este pobre asno ¡cómo resuella!—pensaba Sigüenza al subir la montaña.

Y dejó esta aflicción para atender a la que infundía el arriero, fatigoso, sudoriento.

Pero no, no le cedió su asiento de enjalmas.

Necesitaba amordazar la conciencia, que continuaba gritándole: “Mira al hombre, mira el asno, mírate a ti... “¡Oh, basta, basta ya, voz implacable!”

Y para divertirla le dijo al rústico admirándose mucho:

—¡Cuidado si es usted fuerte! Eso, eso es subir, eso... ¿Y cómo puede resistir tanto? La verdad... yo estaría acabando y, en cambio, usted... usted...

—Está uno puesto—contestó jadeante el peón. Y gallardeóse.

Cerca erguía una peña tajada, alta, cenizosa. Los fuertes troncos de viejas hiedras han subido por las grises asperezas sin hoja, desnudos, violentos, retorcidos, trenzándose con saña; pero arriba han coronado la piedra de hojarasca rozagante; colgaban ramitas tiernas, gayas, nuevas; ondeaban mugrones con atavío de hojas negrales y acorazonadas.

A la dulce sombra de esta tocada roca echóse Sigüenza; cerca y supino el guía, con el sombrero sobre la frente y las manos cruzadas bajo la nuca. Apartado el jumento, pastando entre mirada y mirada al hondo. Allí pardean Murla, Alcalalí, Parcent, Jalón... Sus casitas hacinadas recuerdan esas pequeñas piezas de barro tierno que se secan en la solana de los tejares.

La rambla rasga dos veces el llano.

Miraba Sigüenza esas blancas máculas—dos trozos de papel caídos sobre el viñal—. Y la rambla se le antojó un ser apesarado con la condenación eterna de arrastrarse seca en estío, cubierta de aguas gruesas, sucias en días invernales por la campaña solitaria.

Cosas, lugares, paisajes, miran, expresan grandemente. Acaso ese mirar y esa expresión irradian del alma que los contempla... Mas no; tienen la suya. Los paisajes, aunque sean pomposos, espléndidos, muestran siempre así... como una mueca—mueca, no—, un gesto, un suavísimo gesto de tristeza... ¡Campos y serranía, tan poderosos, tan inmensos, y la mano del labriego los desune, los cambia, los sujeta; y el arado los desgarrar con herida lenta y sutilísima; el azadón los despedaza; los rompe el barreno... Y ellos, sin voluntad, generosos, resignados... Los oscurece la noche y quedan quietísimos: las frondas en sus abrazos, las aguas en su correr forzado por el abierto suelo... Y los alumbra la ma-

ñana y continúan pasivos, con los mismos enlaces de ramas, con la misma distribución de verdores, iguales cruzamientos de arroyos y sequedades pedregosas... Viven bellamente la calma. Lluvias o recios vientos los rompen, los asuelan. Y ellos grandes, quietos, resignados, esperando, esperando siempre. No se ven amados del hombre; no es comprendida su soledad... ¿Cómo las almas no se dejan inundar de las dulzuras de los campos y serranía?

La pompa infinita de la viña llamó la mirada de Sigüenza. Viéndola representóse el agrio paisaje ya pelado, raído de lampazos por el frío. Los leprosos, solos, siempre solos, miraban la inmensidad gris, parda, rojiza, aguardando con ansia la gemación primaveral de las plantas dormidas. Ellas son el alivio de sus ojos, el único que reciben.

Sigüenza volvióse a su acompañante para que le ayudase a trazar con sus noticias la vida de los hombres del mal. El guía roncaba, mugía; su boca torcida y babeante le idiotizaba.

Allá roznaba el jumento, mirando al valle inundado de sol.

Hacia oriente, detrás de las últimas sierras, esfumadas, picudas y ondulantes, que fingen arrugas del cielo, cuelga una lisa cortina azul: es el Mediterráneo.



—¿Y nos vamos a pasar todo el día aquí?
—dijo somnoliento el rústico, sin subir los párpados.

Sí, lo pasarán, que por eso llevan matalotaje—le manifestó Sigüenza, con aquello de que comería en su mismo plato y bebería por donde él bebiere—. Y coma, coma usted antes—es fama que le contestó este otro Sancho—, que yo con más holgura comeré después solo y sin miramientos.

Hablando, hablando, preguntó el caballero al lugareño el precio de sus servicios en tan extraordinario día.

—Por eso no habrá riña, no, señor, no habrá riña—repuso aquél sin mirarle.

Bajo, en la ladera, se movían hombrecitos.

—¿Serán éstos los de la Tabacalera?

—Pues... por eso del precio no hemos de reñir, no, señor—repitió el indígena pensando que el caballero se distraía con docilidad y presteza odiosas.

Leyó Sigüenza en aquel ánimo, y conservó un avieso silencio.

El arriero, ya con la comezón de la desconfianza, añadió atropellándose:

—¿Será mucho, será mucho pedir dos pesetas?

Pausa cruel del otro, que después murmuró:

—Bueno; eso es el jornal de usted; lo que se paga por un hombre; pero ¿y el burro?

—El burro—repuso el guía—, el burro lo mismo que un hombre.

De nuevo conversaron. Ahora de aquellas manchitas que se ocultaban y asomaban por las haldas cenicientas y pedregosas.

No atendía el lugareño. El enojo turbaba su ánimo.

Cuatro pesetas pedidas, cuatro pesetas otorgadas sin un asomo de duda ni protesta. Luego bien pudo exigir seis, y aun ocho... y se hubieran acordado tan prontamente.

¿Qué, no era nada subir hasta renquear por aquella sierra quemante, resbaladiza?

Y el guía dedicó una mirada torcida a Sigüenza, mientras pensó: —¡Miren que para lo que está haciendo!

Sigüenza estuvo muy cerca de ser odiado.

Pero esta malquerencia se desvió para caer en un alacrán enorme, fiero, rubio como el bálagó, que apareció al rodar una monda piedra impulsada por un pie del sórdido.

Brillaba el escorpión como un primoroso broche de oro; su cola, irguióse comba y amenazadora.

Gozoso y rápido se había separado el rústico, e inclinándose y alzándose andaba por las peñas; hundía sus bastas manos en grietas y huecos matosos, dando indicio de que buscaba cosa de menester y provecho.

Este hombre aborrecía feroz y fríamente a

los alacranes. Lo infirió Sigüenza, más tarde, del linaje de suplicio que aplicó al que fué descubierto en la regaladora sombra de la piedra pelada.

Ni le aplastó con guijarro, ni le atravesó con la seca vara que empuñaba, ni acudió a la invención de rodearlo de brasas para que el mismo alacrán, enloquecido, se diera la muerte pasándose con su saeta ponzoñosa.

¿Qué pensaba, qué apercibía aquel arriero? Se interrogó Sigüenza ganoso de conocer el tormento, bien que prometiéndose enternecerse cuando se llegara su cumplimiento y hasta interceder piadosamente por la víctima.

Desapareció el guía por un breñal.

Sigüenza quedó solo. No, solo no, que allí estaba el áureo armazón de zancas, inquietándole, ocupándole toda su alma.

¿Cómo no corría a obligarle que huyese? Sí; ¿cómo no lo salvaba? ¿Qué sequedad y dureza de pecho eran aquéllas?

Y apeteciendo un motivo que le distrajese de su discurso (ya punzador), miró al jumento. El jumento estaba, como si fuera hecho de argamasa, inmóvil; lánguido el cuello; abatidas las orejas. ¿A qué santo esa aflicción?—protestó Sigüenza con los nervios crispados—. ¿Qué remordimientos le atenazaban? ¿Qué lucha interna le consumía? ¡Ah, hipócrita, indigno de ser asno, porque el asno es animal muy serio que

jamás usa de falacias y ficciones! ¡Mustiarse!
¡Mirar con amargor el valle! ¿De quién se dolía?

La bestia dobló su largo cuello, le apuntó con las orejas y estuvo contemplándole calmamente.

... ¡Y el otro sin volver! Y la mitad del alma, clamaba: “¡Sálvalo, sálvalo!” “¡Señor, ya habrá tiempo!”—replicaba la otra media—. Y aquella insistía: “¡Sálvalo, sálvalo!”

Una piedrecita que tirase a la víctima haríala huir.

¡Precisaba tirar la piedra!

Y la tiró; pero tan desmayadamente que no alcanzó al animalito.

Sintió alivio, pero momentáneo. ¡Cómo! “¿Otra piedra debo arrojarle, otra?”

¡Y ese guía aborrecible, cómo tardaba tanto!

¡Qué sufrimiento tan agudo y necio! Y todo venía de ennoblecer los seres y cosas más ínfimos y humildes y concederles consideraciones de humanos, o lo que tal vez era más cierto y aflictivo, de bastardearse él, de envilecerse, no sofocando esos chispazos de crueldad que en todas las almas se producen. Crueldad. ¿Qué importa el motivo? ¿Mueve, excita el deseo del daño, por el placer del daño? Pues aunque la víctima sea un gusano, el que lo hiere es un miserable.

Así se decía Sigüenza, sin que por esto aco-
rriese, avisase al amenazado escorpión.

Gritó el rústico, oculto entre rocas.

¡Al fin!... Pero... aun podía salvarlo.

... El guía reapareció, gozoso, diabólico, cor-
covante como un dios montaraz.

Sigüenza llevóse la diestra al pecho para
arrancarse otro alacrán que le bullía, con una
uña venenosa en cada zanca.

¡Ya no *podía* hacer nada por él!

El verdugo estaba delante.

Además, bicho más sandio y cachazudo no
vió en su vida. Pudo escapar perfectamente.
Debió escapar. Había quedado sin sombra de re-
fugio de piedra; habría advertido los gritos y ca-
briolas del hombre-enemigo... Y sin embargo,
permaneció en su indolencia de soñador. Ni mo-
verse. Tan sólo, de cuando en cuando, había le-
vantado alguna de aquellas patas angulosas,
como si cambiase de postura o montara una
pierna sobre otra para aguardar los aconteci-
mientos con más comodidad y regalo.

Bueno; ahora veríamos. Allí estaba su enemi-
go descortezando nerviosamente unas raíces es-
féricas, blancas y jugosas.

—Parecen cebollas—murmuró Sigüenza.

—Pues cebollas, cebollas son; cebollas alba-
rranas.

—Ha podido escapar, y ni se ha movido.

Los bulbos crujían blandamente y manaban.

—Ahora verá si se mueve.

Y el guía dió a probar a la víctima un copo de aquella carne blanca.

Levantóse agresivo el astil del alacrán y braviamente hincóse en la cebolla. Pero de pronto, se apartó y se retrajo con torsión de atormentado.

El arriero sonreía; en cada arruga de su cara se hacía una sonrisa de deleite. Sus ojos, de mantenerlos fijos en el escorpión, lagrimeaban.

Tenazmente iba acercando el fruto blanco al broche vivo de oro, que lo acometía con fortaleza y se replegaba de dolor.

Y el hombre le aplicaba la raíz, y el animal la pinchaba y huía.

Al fin, no pudo desclavarse de la carne zumosa.

—Parece que se estira, que se pone de pie, como una persona, ¿verdad?—gritó regocijadamente el verdugo—; ¡pues lo hace del sufrir!

Sigüenza se despreciaba, se baldonaba, sin apartar los ojos del suplicio.

Y el alacrán fué azuleándose; simuló una madeja de venas. Se amorató; se oscureció; se puso pavonado. Después, negro; más negro; hinchóse; murió.

—Con esto pasa más que con nada del mundo—dijo el guía mirándolo colgante de la cebolla borde—. Le dura la vida hasta ponerse negro, y ya ve si echa colores y tarda en echarlos; ¡entre tanto piense lo que sentirá!

Después de un instante de silencio, siguió:

—Si yo pudiera, no quedaría raza de ellos. Uno me picó aquí—y señaló el calcañar izquierdo—. ¡Granuja!

—Debe de ser su picada mala—dijo llanamente Sigüenza.

—Su picada es mala, pero peor fué lo que me desbarató.

Contempló un momento a su víctima y la aplastó contra una peña.

—Peor fué lo que me desbarató—repitió exaltándose—. Yo no soy ladrón, pero yo robaba en una viña de mi hermano, y robaba porque aquella tierra debía ser mía, y muy mía, que yo no soy ladrón. Y yo pisoteaba y arrancaba cepas; y nadie sabía quién era el que lo quitaba y aplastaba todo. ¡Qué habían de cogerme a mí! Pero una tarde, junto a un margen, sentí que me pasaba el pie un agujón de fuego. Yo rabié de dolor; grité, sin saber que gritaba. Me vieron. Vinieron a mí. En la heredad siempre estaban mirando y mirando... Yo ahora, ya ha visto lo que les hago. Ese venenó de la cebolla albarrana es peor para ellos que si los tosasen vivos; ¡yo lo sé!; llevo *matàos* muchos.

Y aquel hombre rió fuertemente. Dañaba y mataba por venganza. Sigüenza, ni aun por venganza había permitido el suplicio!



Nada; no habían visto ni una mata de tabaco.

Y el aseado viejo, en tanto que hablaba con Sigüenza, quitóse el sombrero y se acarició blandamente su cabello copioso y ondeante.

Un almendro les daba sombra.

—¡Pero, si por aquí no debe de haber ni una hoja de esa planta!—aventuró Sigüenza.

El viejo hizo una sonrisa pequeñita; las arrugas de sus ojos que le pasaban de los pómulos, se oscurecieron y complicaron; y misterioso y dulzón, dijo:

—Hay confidencias...

¡Qué bien pronunció esta frase! Mejor no la dijera el más desvanecido diplomático.

Sigüenza contempló a los de la Ronda. Estaban abrasados, extenuados por buscar unas matas. Lo hacían forzados de un jornal miserable. ¡Los pobres! Pero los pobres, ¿por qué mostraban encendida la mirada, deseosa de la planta, y al verla se regocijaban y la arrancaban hasta brutalmente?

¿No era esto malquerer, perjudicar, con voluntad inmensa, con voluntad horra de toda fuerza del hambre, libre de todo mandato odioso?

... En la altura, un hombre voceó.

¡La confidencia resultaba infalible!

Fueron a una cañada. Hacíase una gradería humilde de bancales de viñas. Remataba en un escarpe.

Bajaba un hombre arrastrándose.

—¿Qué, qué...?—pidieronle todos.

Se oía con miedo el latido de su corazón; le llovía el sudor por la frente y le cegaba.

—Sí que hay. Las he visto asomándome desde lo más alto. Sí que hay... pero las guarda uno que debe ser el dueño; está echado entre aquello negro—e indicó las manchas de un enebro frondoso.

Manifestaba fiereza, vanidad. Le placía su hallazgo... Y a Sigüenza... también. ¡Si para ver a esos hombres buscando las pobres plantas, subió a la sierra!

... El último escalón de viña, el más encumbrado, entrábase en una garganta del peñascal, y en este abrigo, entre almendros nuevos, lisos, como varas, vivían recatadamente plantas anchas, amarillentas, enfermas; eran pocas; no llegarían a seis.

Anduvieron algunos pasos los de la ronda.

Repentinamente quedaron inmóviles.

Un cuerpo horrible había surgido de los enebros.

—¡Es Batiste, el leproso!—exclamó Sigüenza.

El sol aparentaba fundir costras y llagas. Una desgarradura de la pringosa camisa, enseñaba un trozo del pecho: blando, cetráceo, hinchado, parecía carne quitada a un cadáver.

Batiste sonrió.

Y el limpio viejo le invitó a separarse, porque necesitaban desenterrar las matas.

—Son mías; son mías—dijo el silbo de la destrozada laringe. Y el leproso echóse en la tierra tranquilo ya, confiado en que los hombres sus hermanos no le dañarían porque estaba leproso y vivía en amargor perdurable.

—¡Son mías; son mías!

Todos callaron.

Pero se impacientaban. En sus almas se encontraban la lástima y la rabia.

Un pájaro cantó primorosamente.

—Sí; ya sé que son tuyas; pero yo he de cumplir—. Era el jefe; necesitaba ejemplarizar; era responsable... Arriesgaba el pan de sus hijos... Eso, eso, el pan de sus hijos... Pues antes era el pan de sus hijos que el tabaco, que el vicio de aquel monstruo.

Y alzó la voz:

—Apártese. Vosotros: despachad.

Se grifó Batiste. Espantoso, amenazador, púsose delante de sus plantas.

Pronto cayó su furia. Sonreía de nuevo. Su boca era otra llaga.

—Esto es mío; estas matas son mías—repitió en lengua valentina—. Yo planto tabaco para fumarlo yo solo. Yo paso mirando el humo como si tuviese compañía. Y no puedo mercarlo. ¡Dejadme; mirad cómo estoy!...

Y otra vez iba a recostarse en la tierra, porque no esperaba más que la paz y el amor de los hombres.

Pero el viejo rollizo y atildado no pudo otorgarle la paz.

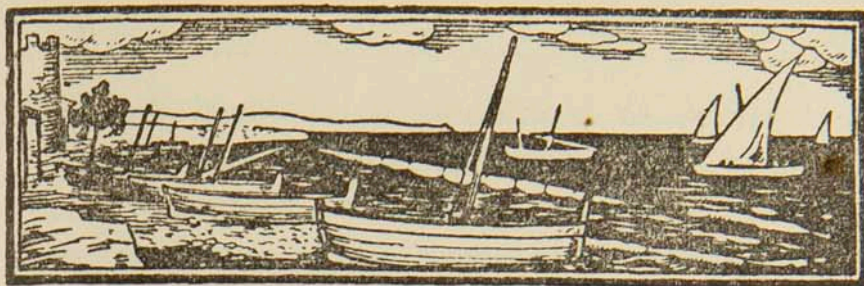
No podía; el ejemplo; la responsabilidad; el pan, el pan de sus hijos.

Y dos hombres se adelantaron...

Revolvióse el leproso; sus pies golpearon el bancal; avanzó con fiereza; siniestros los ojos, temblorosos, colgantes los labios. Y su voz, silbo y bramido a un tiempo, rodó por la sierra:

—¡¡*Lladres, lladres...* Al que venga le escupo!!
Su boca hervía en saliva.





VII



ASEABA Sigüenza por el camino. Veía, hacia la diestra, amontonarse el pueblo trepando por el peñascal. Al sur se tiende el paisaje en vastedad severa que limita la ancha sierra.

Entonces, atardecía.

No cantaba una voz en el campo; no salía tampoco del pueblo que semejaba desierto, en abandono: un brazado de casucas arrancadas a otra ciudad y vertidas allí como cascote.

Todo en silencio.

Un attillo rocalloso, que parecía la espalda de algún monstruo dormido se presentó a los ojos de Sigüenza.

Apenaba la enferma vida de un viñalico agarrado a las peñas. Algunos pámpamos pajizos y

crispados, se asomaban a la tierra de abajo, roja, pingüe, ataviada de pámpanos oscuros, jugosos y opulentos.

Golpes lentos, isócronos, de hierro contra roca, salían del altillo. Y Sigüenza vió dos hombres haciendo un barreno.

Despedazaban la piedra para la carretera que se construía; franja polvorienta que serpeando por el valle, subiendo el Carrascal, precipitándose por las otras haldas, se arrastraría entre pueblecitos humildes, tan bellos ahora en su soledad y apartamiento.

Y Sigüenza creyó que el paisaje le miraba entristecido, como quejándose por anticipado, de los rumores plebeyos, de las voces brutales, del chirriar de los viejos carros, del estruendo de la diligencia, crujiente, loca, cubierta con el descomunal sombrero de la baca... Sí, el paisaje mirábale pesaroso; iban a quitarle su calma, su distinción, su sueño.

... Los hombres, apoyados en la barra con que horadaban la peña, observaban curiosamente a Sigüenza. El cual les preguntó—tan sólo por justificar su parada ante ellos—hacia dónde estaba la masía de una leprosa joven y horrenda, de la que habíanle ya hablado en el lugar.

Los trabajadores no supieron decirle palabra, porque no eran de Parcent; llegaron días antes para arrancar piedra.

... Apartóse Sigüenza.

Tornaron a oírse los golpes lentos, iguales, de hierro contra roca. Luego cesaron. El caminante volvióse; los hombres le miraban seriamente. Sigüenza prosiguió. Los golpes resonaron hondos y pausados... Y callaron. Sigüenza se volvió; los jornaleros le miraban sonriendo. Y así, así, hasta que traspuso Sigüenza una vuelta del camino.



La casa es blanca y su puerta se techa con la parra perezosa, con la parra levantina, grande, jocunda, amiga.

El *riu-rau* está encalado. Cerca, rezonga una noria. Un olmo sube torcido y entre el negro encaje de su hojarasca parece más azul el cielo.

Ante la casa, se plegaba primorosamente la tierra en rectos caballones de hortalizas (allí estaban las coles ampulosas y venudas; el apio, en otro tiempo glorioso; las garridas y verdigayas lechugas). Seguía un bancal pardo y arenoso, manchado por los rastreros lampazos del melón perfumante; naranjos redondos, tupidos y oscuros, como bolas de hiedra, eran el aledaño de un maizal alto, de cuyas mazorcas colgaban azafranadas vedijas. Arriba, se estremecía mansamente el oro de los penachos.

Al norte, el viñedo se puebla con casitas emparradas; se hacinan las arcadas de los seques. En septiembre, Parcent y todos los lugares de esa comarca quedan desiertos. La gente se trasiega a las masías para curar las uvas...



A Sigüenza le dijeron que en esa casa blanca vivía una lazarina joven más llagosa que Batische. Tal vez no consiguiera verla. En hablarla no había ni que pensar.

“Ocultábase hasta de los perros; aun no columbraba un hombre ya se había escondido o se velaba la cara como una mora.” Así decían de la mujer joven y horrible.

... La vió Sigüenza desde lejos. Representóse su fealdad, que distinguirla no podía, desde los primeros bancales de la lozana huerta.

“Si yo me acercase, si yo me acercase... ¡cuánto no me diría de su vida de inmunda!” Los males desbastan el espíritu, lo agrandan y hermostean... Y esta mujer al mostrarme la hondura de su pena recibiría consuelo... ¡Si yo me acercase...!”

Y Sigüenza no se movía. Miróse *por dentro* puntualmente, y supo que no avanzaba porque... sentía miedo, ¡miedo! ¿Al contagio de la lepra? No, no era a eso... ¿Entonces?... Aun se pre-

guntó: ¿Será lástima, respeto? No; miedo, un miedo inefable.

¡Qué pequeñito este Sigüenza!

Estaba sentada la leprosa junto al estoposo y desgarrado tronco de la parra.

Díjose Sigüenza: "Yo no me acercaré demasiado, pero al menos hasta esa tierra sombría. Desde aquí nada se ve." Avanzó; y fué a los naranjos redondos. La leprosa cubrióse la cara con un lenzuelo y apoyó los codos en las rodillas y la barba en las manos. Sigüenza pasó al bancal arenoso. La leprosa se alzó. Anduvo más Sigüenza. Ella entróse en la masía. Después, lenta y salmodiante se cerró la puerta.

Y el crepúsculo terminaba. El cielo blanquecino, allá, sobre las sierras del ocaso, se teñía de violeta que suavizándose acababa en color de carne; de rosas de té muy pálidas...

Sigüenza regresó al camino.

El maizal era ya una espesura quietísima, callada. Enfrente azadonaba un hombre. Otro pasó copleando sobre un jumento grande. Su canturreo tembloraba por el portantillo de la bestia.

Fresca y doliente cantó una voz femenil. No era canción de las que entona, para darse compañía, zagaleja que retorna sola y medrosica por los campos a su casería; no era canción de hastiada, sino de amante que del querer sufre y se estremece.

La canción, en la tarde tranquila, melancolizaba como campanita de humilladero oída en la soledad de una colina cuando tramonta el sol.

Sigüenza acercóse otra vez a los naranjos. Andaba recatándose y arrastrándose.

La leprosa, sentada fuera del emparrado, creyéndose sola, dejaba patente su fealdad, y cantaba.

A Sigüenza le bañó una ola del sentimiento que inundaría a un alma hidalga y casta al sorprender una mujer desnuda. Pero, triste, despechado, comprendió pronto que su delicadeza le abandonaba.

¡Iba a mirarla, iba a mirarla! Aunque *ella* no lo supiese, la ofendería villanamente. Ella era la Diana de la fealdad. Contemplarla era sacrílego.

Fuera sacrílego infame, rufián, él quería mirarla, Señor!

¡Oh, si ella lo supiese! ¡La pobre doncella que cantaba dulzuras de amor! ¡La pobre doncella llagosa de lepra, mirada por hombre!... ¡Si ella lo supiese!



En el vestíbulo del hostel, la gente zumbaba. Sabrosa reunión de lugareños, todos grandes políticos. Escasa o bullente, la había muchas

noches. Pero los sábados era segura y duradera la junta. Más que sahumar la política propia, se dentelleaba la contraria, y más que la política, a los hombres. Pero esto es rancio.

Cuando entró Sigüenza, barbullaba un labriego descomunal, un gigante en mangas de camisa y afeitado de cuya diestra colgaba una cayada de almez, así de grande como un tronco.

Sigüenza no comprendía nada. Los demás, sí, que uno replicaba, otro interrumpía, cual chanceaba de lo hablado por ese labriegazo que tenía la facultad estupenda de decir a un tiempo manojos de palabras. Sonaba despejada y lisa la primera, proseguía un rumor como de tinaja que se llena y ya todo confusión, espesura, hasta el último vocablo.

Y Sigüenza admiraba a aquellos hombres que presta y seguramente lo entendían.

Es que Sigüenza se pasma del sabio y delgadísimo oído de la gente campesina. Veis un campo donde trabaja un rústico. Distante, asoma otro que dispara una voz. El que faena, sin dejar el azadón, se desarca levemente y envía otro grito: es maravilla; ya se han entendido. ¿Será que estas gentes se saben las palabras de todos los del pueblo o las emplean iguales, y del sonido y tonada de la frase infieren la intención?...

Ya le acedaba la verbosidad del gigante afei-

tado. ¿Por qué este Satanás de hombre no había de permitir la vez a lengua más expedita? Encarado con Sigüenza, mostraba hacerle honor, *explicándole*, él—el más corpulento y forzado—todo el asunto de la noche. Sigüenza, que es apocado, mirábale, fingiendo entender y complacerse. Yo sé que en su interior tildábase de sandio y se desesperaba.

Barruntó que no era político el discurso. Y al fin, se enteró; se enteró, sí; pero costóle agobios y esfuerzos.

Hablaban de la bravura de un hombre; de un licenciado de presidio famoso por sus desmanes. Y era este hombre alcalde de un pueblo no muy lejano a Parcent. Fué impuesto por un diputado que le debía muchedumbre de votos en aquel lugar.

Todos referían hazañas y hazañas; y sin saberlo, vertían ungüentos sobre la cabeza de aquel héroe. Todos al hablar ponían gesto de admiración.

Mentábanse sus andanzas de tan universal manera, porque había llegado la nueva de que aquella tarde, enemigos del bravo, habíanle acometido en plena calle; y él, postrado, manando sangre de mortales heridas, aun mató a un contrario y ahuyentó a otro.

¡Era grande, era admirable este corazón!

Parcent, tierra árida de leyendas, nutría con esa ajena figura las naturales y españolas ansias

<i>D</i>	<i>E</i>	<i>L</i>	<i>V</i>	<i>I</i>	<i>V</i>	<i>I</i>	<i>R</i>
----------	----------	----------	----------	----------	----------	----------	----------

de ficciones y consejas en que tanto abundan otros lugares.

Apagábase la vida del hombre a quien debían entusiasmos, temores, enternecimientos, por sus hechos, recontados muchas tardes, después de la faena. Y Parcent, agradecido, pagaba ensanchando la talla del héroe.

Quien, decía que *lo* viera cuando descolgóse por el muro de cierta casa después de descabezar al señor vicario del pueblo. Otro, que hablara con *él* en días que iba asendereado por ejércitos de guardias; otro, que presenciara la feroz venganza hecha en su hembra. Y así todos fueron ensartando aventuras. Y nombrándose a sí junto al hazañoso, creían participar de su valor y sentir la voluptuosidad, el beso de la lisonja.

El sereno, echado sobre una hoja de la puerta del hostel, sorbía con avidez aquel copioso decir, aquel alimento imaginativo que después rumiaría vagando por la soledad de las calles negras.

Habían sonado horas en la torre; pero a la sazón, un pollastre rojo y chato pintaba al hombre incomparable imponiendo su antojo con sólo una monda rama de olivera en furioso grupo de adversarios. Y el sereno, con la fiebre que debió abrasar la sangre del hidalgo Quijana cuando leyera fazañas como la de Esplandián quitando el león de sobre la cámara de vidrio, ni más ni menos que si se tratara de un palomo

o de una liviana granza; el sereno, digo, olvidóse de dar su canto.

Un chancero, mal intencionado, se lo advirtió ya cuando el deber había sido lesionado. Y el otro, corrió acucioso al centro de la calle y allí arrojó la hora, como quien desembaraza la boca de un buche de agua.

Uno de la junta deslizó, que mal suceso habría el sereno si su afición a esa tertulia fuese sospechada de cierto sujeto de jurisdicción, contrario a ellos.

¡Oh, tornadizo natural humano!

La atención de los reunidos apartóse del glorioso héroe.

Bramó el enorme labriego, haciendo un terrible aspar de brazos.

Dirigióse a Sigüenza preguntándole algo. Sigüenza trasudó. El gigante le repitió la interrogadora y vertiginosa masa de vocablos.

Nada; Sigüenza no lo comprendía, no lo comprendía ¿Qué iba a hacer? Lo confesó. “El, del valenciano sabía muy poco. Era muy torpe, para ese dialecto y para todos los idiomas.”

—¡Valenciano!—gritó el huésped riendo—. ¡Pero si le está hablando en castellano!

—¡Santo Dios!—dijo Sigüenza, y no dijo más.

Enmudeció el gigante. Era de enojo y amargura su gesto.

Todos callaban.

A hurtadillas miraba Sigüenza al labriego.

Lastimábase de él, pues mostraba dolor. Mudo, inmóvil, grande, trágico. Figuraos un viejo molino con las aspas quietas, inservibles.

El posadero, aun con risa, exclamó:

—Le desía éste que usted que viene a ver leprosos podía ver y hablar a...—y aquí repitió el nombre de no sé qué autoridad enemiga a ellos en política.

—¿Está leproso?—preguntó Sigüenza.

—Leproso está, leproso.

Y un joven gordo, en cuyo labio brillaba el rubio esparto de un bigote lacio, mostró solemnemente un portaplumas. Era escribiente del funcionario dañado; pero llevaba su pluma: “ya comprenderá usted por qué, señor Sigüenza” (y pronunció la zeda muy bien).

El señor Sigüenza no comprendió.

—¿Cómo quiere usted—dijeron en coro los reunidos—que éste toque lo que toca el otro?

—¡Ah, es verdad!

Y el joven, muy seriecito, movía dulcemente la cabeza.

—Pero, aunque sea leproso—murmuró el forastero—, no vivirá con los que tienen ese mal.

Entonces una vocecita helada, incisiva, con sonecillo de risa, la voz de un viejo que estaba sepultado en la penumbra, dijo tardamente.

—Ahora sí que vive entre nosotros; pero apenas deje vara y mando... ¡ya verá, ya!...

Y todos rieron en silencio.

Una brisa de recuerdos de la leprosa tocó el alma de Sigüenza. Y la nombró.

Claro es que la conocían. Vivía con su padre y un hermanito ya sospechoso. Su hermana, joven, gallarda, sana, habitaba en el pueblo. Algunas tardes iba a la huerta del olmo negro y torcido, y, distanciadas, se hablaban la gentil y la horrenda.

Después celebró el huésped el poder y lozanía de la voz de la mísera.

Casi todos guardaban ya silencio de cansancio, de agotamiento. Algunos, distraídos, fumaban; otros dormían.

El humo del tabaco se espesaba en niebla. Levantóse el posadero; sacó de la cuadra un macho; púsole los cántaros en las argueñas, y

—Voy a la fuente—dijo.

Era la frase disolutoria.

Quedaron revueltas las sillas; flotaba el humo. Alguien, al salir, movió el lampión, pendiente de un alambre enlutado de moscas. Y en la pared danzaron sombras de sillas, de mesas, de copas, de un jarro figurando un gallo.

Sigüenza se fué con el huésped.

Negra, calmosa estaba la noche. Posaba el aire.

Lejos, por donde vivía la leprosa, llameaba el cielo con relámpagos blancos.

El recuerdo de la moza horrenda impresionaba a Sigüenza más tiernamente que el de Ba-

tiste, hundido en la zahurda, defendiendo con salivazos sus plantas enfermas.

La leprosa canta en la soledad de su huerto. Su voz se embalsama entre los naranjos tupidos...; llega al camino... ¿Lo cruzará algún caminante joven, solo, sin amores?... ¡Oh, que lo cruce, y... para él su canción, para este solitario!... Que lo envuelva con la delicia que dan los jardines en noches primaverales... Que lo enamore siquiera hasta que se aleje y se pierda... Habrá sido un momento; pero un momento dichoso, de gloria de mujer bella; no ha horrorizado, no ha atribulado... El pensará en ella sin asco ni lástima...

Acaso ahora la sacudía el mandato al goce de la noche ardorosa, sensual, tocada con terciopelo prendido de diamantes de estrellas.

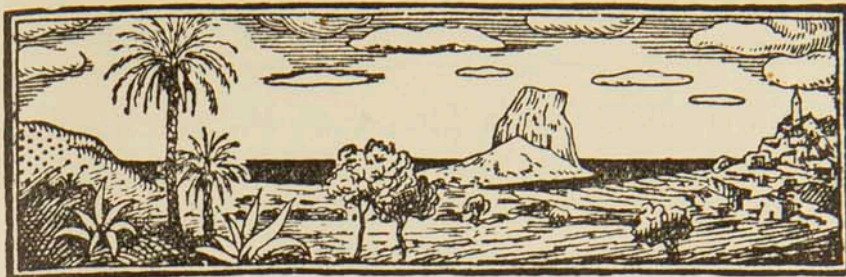
¡Y el goce se alejaba como otro caminante muy cruel que sólo oía la risa y la voz de los cuerpos bellos, fuertes, sin lepra!

Las tapias enramadas de las alquerías, las huertas, la tierra respiraban olores acres.

La dulce sonata de la fauna se elevaba hacia el cielo.

El agua de la fuente caía turbulenta, gruesa, estrepitosa.





VIII



L huésped dijo:

—Mire: ahí, en esa casa conosco bien. Podemos sentarnos, y me creo que verá pasar algún leproso. Frente por frente vive una de esas del mal.

Asintió Sigüenza y entraron. Y vieron una mujer joven que pesaba harina, fiscalizada groseramente por una vieja cenceña.

Rapaces con delantales de luto manchados de blanco subían y se arrastraban por muros de sacos henchidos.

En un arcón mostrábase abundantamente el trigo y el maíz. Medio hincados en esos montones brillaban los cojedores o uñas de lata.

Rica fragancia de salvado y harinas llenaba la

limpia tienda y hacía pensar en blancos hornos campesinos y en tiernos panes tibios y sabrosos.

Por una vidriera sin vidrios pasábase a un aposentillo de cuyas paredes colgaban, como presentallas en altar de santo milagroso, racimos de hormas, patrones de cartón para calzares, trenzas de cordones negros y datilados.

Un hombre anguloso, extenso de cuello y enorme de manos, encogido en la femenil postura zapatera, cosía un remiendo a una bota negra, vieja, hinchada; semejaba de ahogado.

—A todo se da—gritó alegre el posadero—: hase sapatos, vende harina, trata en granos... ¡Qué sabe, qué sabe usted!

—Sí; pero que cuente el señor—exclamó riendo el aludido—. Siete hijos; la mujer, ocho; su madre, nueve; la casa, diez; la contribución... ¡ah! y lo que vendrá...

Esto decíalo por su mujer, cuyo talle era más ancho de lo que conviniera.

—¿De modo que siete y *este* ocho?—preguntó Sigüenza; e inconscientemente buscó con la vista a la que vendía harina.

Y el zapatero, que era trascendido, murmuró:

—No, no crea que *fué* ella sola; ésta hace la tercera. ¡Y mire: sin mujer no hay pasar!

Palpitáronle los labios y los gruesos cartílagos de su nariz, que pendía temeraria en busca de la barba, aguda y saliente. Lo maravilloso en aquella cabeza era la frente: grande,

lustrosa, fina, descarnada, y arrugábase pronto y de sutil manera; debía plegarse el hueso, que piel parecía no haberla.

Mordióse el bigote y dijo breve y rudo:

—¡Fuera!

Y los rapaces, que habían rodeado a Sigüenza mirándole como a barraca de feria, huyeron despavoridos a las hacinas de gruesas sacas.

El bienaventurado huésped, riendo y señalando la copia de muchachos, explicó:

—Esas ropicas negras son por la *última*, y ésta, ya lo ha oído, ya tiene lo suyo... Qué, ¿qué le parese, señor de Sigüenza?

—¡Qué quiere! Yo, sin mujer..., no puedo, no puedo...—replicaba el de la tienda.

Después preguntó al forastero:

—¿Y usted, qué, por los leprosos? Ya lo sé, ya. Todo el pueblo lo sabe. Vienen muchos a verlos, pero hacer nadie hace nada. Los miran, los miran y se van...

Hablaba inquietamente. Se retorció, se plegaba sobre su escabel, mientras sus largas manos trabajaban en la bota negra, de blandos elásticos, hinchada, de náufrago.

—Un médico—prosiguió—, no sé si ruso o qué, vino y trajo unos pomos de un unto que, según decía, ponérselo era curarse de toda lepra, pero curarse, curarse. Pues tres o cuatro que se pintaron o dieron con esa medicina, los mismos se curaron..., que a poco tiempo murieron.

Hablaban en la tienda la mujer joven y la vieja de mirar codicioso.

Mentaban repetidamente “un medio real, un medio real”.

Continuó el zapatero:

—Ahí, en un paraje, que no está muy lejos, sano y apañado de árboles, quieren poner el lazareto, el hospital de leprosos. Ya va tiempo que esto suena..., pero hasta ahora no hay más que el terreno... y porque lo da Dios.

Esto, el huésped lo tuvo por colmado de sales, y rió de modo estrepitoso. Motilón o distraído, él rara vez conseguía la intención de una frase aderezada de dicacidad o donaire; pero si la alcanzaba, o siendo roma la diputaba de aguda, entonces reía, reía largamente.

Y el tendero añadió:

—No todos los que tienen la lepra quieren el hospital. Algunos hay que dicen: “¡Siquiera vivir libres, y no que campanada para dormir, campanada para comer!” Que curen y socorran, pero sin encierro.

En la calle gimió una puerta.

El zapatero dejó con rapidez en la mesita los trebejos, y asomóse a la reja del cuarto.

—Ahí enfrente vive una leprosa que apenas si le quedan manos. Yo pensaba que era ella la que abría o cerraba y es el marido que habrá entrado.

Sigüenza acercóse y vió una pared enjalbega-

da, una puerta baja; encima, un ventanuco, donde una cazuela desbocada nutría una albahaca pomposa.

—El marido está limpio como el ojo de un pez, ¿no maravilla esto?

Y el zapatero se restituyó a su pequeño asiento.

Complicáronsele las estupendas arrugas de su frente; en sus ojillos negros se encendieron luminarias, y habló de tiempos felices y amorosos de la leprosa, antes de serlo.

Fué apetecida con furia de mozos y viejos.

—... Yo no he visto mejores carnes que las de ella. ¡Qué macizas, qué redondas! Al andar se movían de modo natural y decente. Aquello... ¡Fuera!—gritó con saña, interrumpiéndose.

Y la sarta de chiquillos, que, tácitos y cautelosos, habían invadido el estrecho taller, salió, deshaciéndose como espantado grupo de gorriones.

—... ¡Aquello—prosiguió el rijoso—, aquello era una hembra! ¡Plato de reyes! Yo me recuerdo bastante. Ella, así que se vió con el mal, se agarró a cualquiera. Ahora pasan por su costado sin mirarla. Y yo no la miro como no sea para decirme: ¡Señor, Señor!

Martilleó suela. Después dijo:

—¿Y a usted qué le parece esto? No le agradará, ¿verdad? ¿Que hay que ver?

Aquí Sigüenza le enteró de haber subido al *Carrascal* y bajado a una admirable y capri-

chosa cueva, descubierta en el mismo pueblo; de haber recorrido las huertas más grandes y frondosas y los viñales más ubérrimos.

—¡Más que yo, más que yo, y en tan poco tiempo!—exclamó el zapatero—. Y yo vivo en Parcent va para veinte años... ¡Pero si no puedo ni salir!... De tarde me siento a la puerta y fumo durante un rato. Un amigo me dice adiós. Pasa un leproso y otro. La de ahí enfrente, sin mirarme, arrimada a la pared, se entra en su casa. Y yo, vuelta al trabajo... ¿Es esto vida?

En la tienda seguía la vieja que mercaba harina.

Estaba verdosa, hosca, terrible. Su afilada laringe amenazaba rasgar su cuello plegoso.

Decía—y miraba sesgadamente a la tendera—que la cuenta la entregara justa y muy justa.

Aquella, extendiendo un brazo, señalaba el montón de panizo del arcaz y afirmaba que allí había puesto los dineros; nadie entrara; no alcanzaban los chicos..., y los dineros veíalos faltos.

Porfiaba la vieja que los trajera cabales.

La joven, que menguados estaban.

—No es por el medio real.

—¿Que yo lo digo por el medio real?

—¡Ya sabemos adónde va medio real!



La calle baja, estrechada por rojizas tapias de corrales. Sigue el campo. Los primeros bancales erizaban las rotas y blancas cañas de los rastros. Alguna piedra brilla, algún trozo de vidrio o un retal de lata centellea. De la tierra seca, resquebrajada, del ambiente encendido, de todo, brotaba como un hervor enorme, agobioso que ensordecía; no era cantar, era un universal rugir de cigarras.

Por una esquina de aquellos tapiales apareció un hombre enlutado. A la espalda le colgaba un haz de hierba goteada con la grana de las amapolas.

Súbitamente el hombre retrocedió. Huía atravesando el ancho solejar de una tierra calma, cuando lo distinguió el posadero.

—Ese es el leproso que baja por las tardes al puente. Ahora verá.

Pero notando que aquél se alejaba, pisándose, cayendo del ansia de correr, le voceó desaforadamente.

—¡Si es un médico el señor—gritaba—; que es un médico! ¡Para, paraaa...!

Se detuvo el lazarino, vuelta la cabeza a la sierra para no mirar a los hombres.

Su cara era brillante, blanda, tumefacta; entre postemas y carúnculas amoratadas salían pelos lacios.

Le habló Sigüenza.

—Estoy así siete años, siete años... ¡Lo que el Señor quiera!

Y sonrió su boca llagada, pero sus ojos humildes mostraban recelos y se abatía su frente.

Le habló más Sigüenza.

Y el mísero, siempre en habla valenciana, decía:

—¡Lo que el Señor quiera! ¿Qué hay que hacer sino lo que el Señor quiera?

Y alzaba la cabeza y miraba al cielo, como si ofreciese su dolor y exclamase con Epicteto: *¡Oh Dios, llueve sobre mí calamidades!*

... Se fué agobiado de vergüenza, cayendo, pisoteándose, puesta una mano hinchada sobre su ruda frente melancólica.

—¿Y lo ha dejao ir tan pronto? ¿Qué ha sabido, pues?—dijo el hostelero.

Era crueldad mirarle y hablarle. Además, su alma estaba patente: mansa, resignada, lo había puesto todo en manos divinas. No, él no bramaba, no se enfurecía, no se rebelaba por su vivir de fiera.

Siete años de lepra... Y pensaba en los enfermos que conociera. Uno había durado catorce años; otro, doce; otro, nueve... El, cumplía los siete; pero no había la fortaleza de sus hermanos. Su mal se precipitaba; lo acabaría pronto. Sus pies, sus manos le pesaban como peñas. Una fiebre continua, sutil, le dejaba en la piel po-

drida un diminuto rocío de sudor. El esperaba el fin como un místico.

“Por mí han dejado los mortales de mirar con terror la muerte”—dice Prometeo encadenado.

Las Oceánidas exclaman:

“¿Y qué remedio hallaste contra ese fiero mal?”

El dios mártir responde:

“Hice habitar entre ellos la ciega esperanza.”



Por la tarde salió Sigüenza.

En un *mas* cercano al pueblo bebió agua fría de pozo y se sentó.

El masero, hombre flemático, insignificante de labios y hundido de ojos, calmosamente le hablaba de que conociera a su padre, al de Sigüenza, cuando aún no era tal padre.

Era cuento el suyo de muy memorioso.

Sigüenza miraba la hondonada viciosa de higueras, de olivos y manzanos, donde fluye la fuente. Detrás, los *rius-raus*, amontonados, fingen ruinas, pórticos viejos y rotos de un pueblo antiguo.

El labriego estaba satisfecho del faenar del día; veíasele en lo suave del discurso, en su general reposo. Fumaba y quería conversar. Si-

güenza prefería el silencio. Pensó: "Yo puedo endichecer a este hombre con narrar o nutrir sus glosas a la vida." Pero Sigüenza estaba dominado aquella tarde de un feroz egoísmo. Y no hablaba. Ahora, sus ojos recorrían el campo, que iba apagándose dulcemente.

Junto a la casa se hace un sombrero de cañizo mal tejado y de paredes de adobes. Sucede la era gredosa, ancha como una charca de fango; a una orilla, restos de un almiar y otro largo, entero, tumbado.

Llegó una mujer gruesa, tuerta, pañosa. Trabajado de su diestra, colgaba un gallo grande, de recortada y encendida cresta; su casaca amarilla y negra daba tornasoles verdes y morados.

Pidió que se lo comprasen. Lo había menester para remediar a su hombre que estaba consumido de dolores. Sólo en tal trance podía vender su pollo, sacado por palomos y criado con sus manos. Y la mujer jesuseó y vertió lágrimas.

Lo compró el labriego.

Quedó el gallardo animal en la era, empinándose sobre sus zancas poderosas, estirando el fastuoso cuello, volviendo a todo paraje su cabeza de hidalgo de corva nariz y ladeado chambergo.

Todo lo miraba con pasmo; después, altaneramente.

Frontera a la casa, una bardilla de polvorientas pitas ceñía, a trechos, llana tierra segada.

Por allí se movía, muy pausado, un grupo de gallinas presididas por su macho.

Más lejos, negreaban los pavos.

Todos vieron al advenedizo. Y se acercaron. Perdió aquél su altivez, pensó en la fuga. Mas luego embravecióse.

Sus pupilas negras y anaranjadas y su cresta puntosa, se inundaron de sangre; erizóse la fina plumajería de su elegante cuello y pisando bizarramente avanzó hacia el enemigo.

Dos desgarrados pavos, hundidas las cabezas en la negra sotana de sus plumas, llegaban cojeando y empujándose.

Sigüenza los miró con enojo, con rabia.

Necesitaba que algo se la inspirase para no sentirla por sí mismo.

Dos seres iban a acometerse; los dos eran briosos y fuertes. Y él, Sigüenza, esperaba la riza con deseos y comezón remordedora. ¿No era esto una baja mixtura, un vergonzoso cruce de sentimientos? Sí, mil veces sí. Sigüenza era incierto, indefinido. O totalmente cruel o indiferente o piadoso. Mas participar de los tres naturales, eso era de almas plebeyas.

Necesariamente Sigüenza había de salirse de sí mismo y odiar a los pavos para no vituperarse por sus flaquezas, para evitar interior lucha, como la sufrida en la sierra ante el suplicio del alacrán.

Afición resuelta tenía por el pollo recién com-

prado. El émulo era alto, grueso, blanco, rubio; con grandes barbas purpúreas; con largos dedos aristocráticos y agudos espolones que pedían exterminio. Su cresta en cambio era femenina, pequeña; semejaba un gran señor, bien vestido y que no usara nada en la cabeza por dentro de casa.

Los rivales caracolearon uno junto al otro, diciéndose tremendas injurias con voz entrecortada, trémula de ira.

Sumidas, frías, cobardes, las gallinas pico-teaban por la era. Algunas murmuraban hipócritamente con el pico cerrado y una pata en alto.

Una hembra rolliza, moñuda y calzada, se detuvo junto a los machos. Quizás era la favorita del de la masía y dábale ánimo y pujanza, mostrándosele con todos sus mimos adorables y lascivos; tal vez romántica, generosa, placida de la gentileza del *nuevo*, lastimada de su soledad, le acorría mirándole y alentaba con promesa enardecedora de caricias en bancales soleados...

Los pavos se hinchaban, se erizaban. Dejaron caer las rodela de sus alas; desplegaron la cola. Las carnosidades de sus cuellos reventaban de sangre; sus fieros ojos tenían cercos azules.

Aquellas cabezas repulsivas tornábanse amarillas, blancas, bermejas, lívidas, verdosas, cual si un cristal prismático les fuera prestando el iris.

¡Oh! Estaban amenazadores, imponentes como locomotoras de plumas. Y pasaban y repasaban estruendosos cerca de los adversarios, vomitando las baladronadas de su canto semejante a un ladrido.

Hubo lucha cruenta.

El advenedizo sucumbió. Huyó a las pitas.

Rodearon las gallinas a su macho, que envió al cielo su grito regocijante de victoria. En la paja caída de los almiarés escarbaron afanosamente. Y el vencedor gozó de una manceba opulenta en plumaje prieto y sedño. Cantó otra vez. Ahora hizo dulce sonar de zampoña.

¡Venció, gozó y cantó en la tarde bella!

Olvidaban generosamente al *nuevo*.

Los pavos, no; los ruines lo echaron de su refugio, lo persiguieron azotándole con sus firmes alas.

Tenían en su saña gesto aborrecible.

La masera sacó una colodra bien mediada de oloroso salvado.

El gallo corneteó avisando a sus hembras.

Acudieron también los perseguidores pisándose, atropellándose.

El vencido miraba, desde lejos, el espeso averío que rodeaba la vasija, entre cacareos jubilosos y picotazos de envidia.

Dió un paso tímido, ideciso, otro largo, temerario. Se arrepintió. Tendió el cuello. ¡Quizás no le advirtieran!

Tenía hambre. Y el pobre hidalgo, con la calza izquierda de plumas caída; acribillado el mustio sombrero de su cresta, en otro tiempo airosa, se fué acercando medroso y humilde a los alegres.

Cometió la torpeza de tropezar con una gallina bajita, atrabiliaria. “¡Ay! Usted perdone”, pareció decirle el menesteroso. Ella le contestó con acritud y le arrancó y se llevó en su pico un copo del más suave plumón.

Pidió un lugarcito a otra, flaca, gris, descolorida, que le arañó con una pata escamosa.

Al fin, bajo los cálidos corpezuelos de otras hembras, pudo gustar la blanda y regaladora masa pisoteada, de cuando en cuando, por el triunfador. Pero una pava blanca, alta, enjuta, remilgada, que recordaba la figura de un aya inglesa, lo denunció con frialdad aterradora. Y otra vez los pavos lo acometieron con sus picos costrosos de salvado.

El mísero comió solo, servido en una teja forrada de verdín que Sigüenza arrancó del sombrero.

Y al acabar el crepúsculo, cuando toda la bandada disputábase, entre las paredes de adobes, rama o travesaño para pasar la noche, el labriego acomodó al *hidalgo* en lo más discreto del cobertizo. Pero apenas hubo salido el hombre, movióse tumultuario aleteo; prodújose confusión de quejas, protestas, amenazas, zumbas,

risas, gritos... y el advenedizo apareció, huído, espantado, lastimoso, entreabierto el pico, colgantes las alas, rotas sus plumas más lujosas...

Desde la era, solo, transido, mirando a la noche, clamó al recuerdo de la mujer tuerta y pañosa.

... Y a la entrada del sombrajo se apostaron los pavos, inmóviles, inexorables, siniestros como enlutados hombres y como hombres tenaces en su aborrecer, hasta sacrificar su descanso para dañar a sus hermanos...





IX



IGÜENZA se prometió muy buena tarde.

El médico le había dicho:

—¿Quiere usted venir conmigo? Iremos a...

—Voy donde usted vaya, donde usted me diga—cuentan que le

interrumpió Sigüenza. El otro sostuvo inmutable la palabrería del forastero, y mirándole quietamente reanudó:

—Iremos a Benichembla, lugar cercano. También verá leprosos.

Cabalgaron en sendos machos de piel fina, joyante.

Pasa el camino entre viñares encrespados, baldíos almagreños, rozagantes acequias y setos de zarzal.

Cuestas livianas o pinas le fuerzan a descender lento o precipitoso por arroyadas y barrancos de grava. En algunos se arrastra el agua panda y lamosa. Tristes, solitarias florecen las adelfas. Chispea el sol en las piedras; cruza un pájaro dejando caer su trino al desolado hondo. Acaba la tarde. La franja de cielo que pasa por encima se blanquea; después, se va apagando. Bullen los coros de las ranas. Salen sombras de los senos y cuevas de grava y se tienden junto a las adelfas... Las adelfas se ennegrecen y quedan solitarias, sin conocer más que un desgarrón de la noche estrellada o de la noche blanca de luna...

Arriba, el camino se entolda con ramas de añosos algarrobos y verdores de almendro.

—¡Benichembla!—dijo el médico, y señaló el tejadillo rojo de un campanario que salía sobre una ensambladura de bancales oscuros, verdicanos y bañados otros, de cruda lumbre, caída oblicuamente entre árboles lujuriantes.

Benichembla, fué la única palabra que sonó en el camino entre el médico y Sigüenza.

Iba éste zaguero, fijándose en su acompañante, cuyo cuerpo enjuto blandeábase según el reposado andar de la lustrosa bestia. Una sien del caballero cegaba como reflejó de lámina de plata.

“¿No es insinuante este hombre?—pensaba Sigüenza—. Yo no sé si su silencio, su frialdad,

el ensueño de su quieta mirada azul, el blancor de su cabello... componen una sencilla modalidad fisiológica o si reflejan un sufrimiento devorador que no se vierte nunca en otra alma para mitigarse.

"Vive solo, en un cuarto apaisado del hostal. Entra a casas que huelen a humo, a ropa andrajosa, a miseria. Vuelve a hundirse en la paz de su aposento; y de ella le arrancan labriegos que arriban de lueños caserías, y de otros pueblos del valle, y este hombre, sin que el enojo ni la protesta muden su gesto amargo, camina por senderos interminables, por eriazos abrasantes. Llega a otro lugar; las casas también huelen a humo, a pobreza. Le hablan del padecer del enfermo; luego, la queja es de la miseria que les acaba... Y de nuevo, el camino y campos soleados..."

—En la primera calle y a la derecha, verá un caso de lepra—dijo a Sigüenza.

Desde el margen de un bancal de esquilmeños frutales nimbados por sol, les vió pasar un hombre en cuyo sombrero refulgía la chapa dorada de los guardas.

Saludóles una moza que majaba esparto cerca de su masía. Volvióse a la casa y gritó. A poco, se asomó una vieja.

Lejos, un labriego que cavaba dejó hincado el azadón en la tierra, y pantalleando sus ojos con las manos miróles largamente.

Entraron en Benichembla.

La calle al principio con sol, quedaba pronto en sombra azulosa. Y como en todos los pueblos comarcanos, vió el forastero mujeres junto a los portales, haciendo media, tejiendo lía, peinando a rapazas.

Estaba el leproso sentado en una puerta negra de moscas. Era largo y seco y su lepra un albarazo sutilísimo que iba royéndole la carne.

Pero no podía quejarse; habitaba en paraje céntrico y cruzaba su palabra entre el hablar de los vecinos, como un sano.

Algunos, al pasar cerca de él, trazaban una curva.

Enfrente hacíaase un ruedo de viejos; hablaban poco; apenas se movían; fumaban y lo miraban todo, como si todo fuera siempre nuevo para ellos.

Observábalos el leproso con gran curiosidad y reverencia.

La frase calmosa de alguno, dicha entre chupadas tacañas al cigarro, obligábale a tender y adelantar el cuerpo. Y la aspiraba con fruición comparable a la de los serios y solemnes viejos cuando extraían el humo deleitoso.

Sigüenza y el médico dejaron las caballerías en una casa donde hombres y mujeres hacían cañizos para los secaderos de uvas.

—Vamos al ribazo—dijo uno de los lugareños que estaban en el zaguán.

Al ribazo habían de ir ganosa o forzadamente cuantos pasaban por el pueblo.

Llegábase entre ruinas de casas. De los montones de cascote y piedra salían vigas rotas, negras, podridas. Una higuera decrepita sacaba por los escombros una mano seca y gris. Ropas humildes recién lavadas, pendían del ramaje.

La rambla presentábase de improviso honda y atemorizante; caía el ribazo en escarpe grietoso.

En invierno avanzaban las aguas socavándolo. Y los *trogloditas* de la escombra y los que habitaban en las casas cercanas al río, no dormían las noches de lluvia.

La hermosa lluvia, que descende fecundante como el oro de Zeus, traía para ellos angustias y amenazas.

“¡Que no bastaba hambre y trabajo!”

“¡También el temer, el no sosegar nunca!”

Y los ojos secos, incisivos de los lugareños traspasaban los del forastero, ansioso por salir de aquel lugar y conmovido de turbación y vergüenza por no ser miserable y amenazado de peligro.

“Il y à une espèce de honte d'être heureux à la vue de certaines misères”—ha dicho La Bruyère.

—Mire, mire la iglesia.

La iglesia tiene el hastial y algunos trozos de muro enyesados de rojo. Una albañilería mo-

desta ha simulado con rayas de palustre ringlas vacilantes de ladrillos.

—Todo eso lo pagaba el pueblo, y no lo acababa porque ya se ve dónde queda el río: a dos pasos. La iglesia caerá.

Entonces un viejo alto y descalzo, de mirada ascética, levantó su brazo leñoso, y clamó trágica y ominosamente:

—¡Caer, caerá todo! ¡Y ha de venir día que no quedará piedra en Benichembla!

—¡Quéjense, grítenlo!—murmuró candorosamente Sigüenza.

Algunos rieron, pero con pesar. Se miraban; movían las cabezas; cruzaban los brazos sobre el pecho.

—¡Si nos hemos quejado! Pero de Madrid dicen que no hay dinero para *más* obras.

Una mujer bizca, andrajosa, salióse del grupo voceando:

—¡Todos gandules! ¡Todos ladrones! ¡Que vengan, que pasen aquí una noche de tormenta!... ¡Que vengan y se dejen las señoronas!...

—Mire, no haga caso...; es que ella es así... *a lo* escandalosa...—intercedió con Sigüenza una vecina arrugada, que hacía risita de trotaconventos.

—¡Pero, si no es por él, tía!—rugió un mozo.

—¡Claro que no, si yo ni siquiera vivo en Madrid!

—¿Al *señor* quién le dise nada?—añadió el fatídico.

Y la bizca, desde lejos, continuaba aullando.

—¡Todos gandules, todos ladrones!



El médico había entrado en una casa pequeña. Sigüenza esperábalo en la calle, que era estrecha, húmeda, agobiosa.

No había nadie.

Las paredes rezuman verdín. Por los tejados se asoma la torre de la iglesia. Un pájaro negro volaba rodeándola calmosamente.

Bajaban, de rato en rato, estridores de hierro oxidado, sonidos lamentosos que arranca un alambre, una cuerda, al ludir con alguna campana...

¿No sentís piedad por los que allí viven oyendo el chillido de un pájaro negro anidado en la torre, ruidos de hierros viejos trabados a maderas podridas, quejumbres de campanas que duermen? Sí, se siente piedad angusiosa...

¿Si nosotros viviésemos en esta callecita tan húmeda como un patio hondo!—decimos. Y luego nos entristecemos y nos oprime recio temor.

¡No, no; nosotros no podríamos vivir allí!... ¡Oh, esos pobres que pueden vivir allí, Señor!

Y decimos ¡esos pobres! fuertemente... Lo

oímos como si otro lo pronunciase a nuestro lado. ¿Quién lo habrá dicho? ¿Nosotros? ¡Si nosotros sólo pensamos que moriríamos de tristeza en esa callecita húmeda, agobiosa, con fachadas terreras a los extremos que ocultan los campos!

... Penetró, envolviendo la calle, olor intenso a leña quemada.

Sigüenza lo aspiró gustoso. Es un olor honrado, sencillo que le regala y suaviza el alma, que le deja en ella deseos de bien, amor a todos. Y es olor que le hace imaginar siempre: un campo abierto; chopos altos, muy verdes, orillando ancha acequia de aguas limpias y bullidoras. Frontera hay una casa grande y morena; después, el horno blanco, rechoncho, y cerca se hacinan gavillas de sarmiento. Dos mozas, casi igualicas, faenan en la lumbre, cuidan de la hornada. La madre es fuerte, grande, tostada, como las paredes de la casa, y las cortezas del pan. Entra y sale, y ya tiende ropa en la rasa era, ya friega cazuelas y barreños en la acequia. Humo blanco brota del horno y de una chimenea encalada y sube y niebla los chopos, y se aleja sobre sembrados verdes y llanos, donde trabaja el padre de las mozas y el hijo mayor. Un muchacho apacienta una cordera, que mira hacia el casal, y bala suplicante. El cielo sedeño, luminoso, sonrío al campo, y allá, sobre los montes lejanos, sobre los bellos

montes azules, nubes albas, resplandecientes, imitan espumas, fingen glorias de diosas, de corceles, de monstruos, de ángeles, con las blancas alas tendidas.

... Y este paisaje huele a leña de sarmiento quemada.

Así de simple, imagina Sigüenza cuando percibe ese olor.

Salió el médico. Anduvieron poco, porque entró en otra casa de la misma calle.

Una procesión de hormigas ondulaba por el suelo jironado de hierba corta, tiernecita y espesa como terciopelo.

En el arroyo hervía más aquel senderito vivo y formaba un nudo negro.

Hormigas cabezudas, charoladas, espaciosas; hormigas menudas, traviesas y rojizas, empujaban el cuerpo seco de un escarabajo muerto.

Y Sigüenza seguía con los ojos este penoso arrastre cuando advirtió a un hombre asomado medrosamente a un portal, y que le miraba con ahinco.

Sigüenza le miró con fijeza inconsciente. Tenía este hombre la cabeza grande, rasa y bermeja, con azules cambiantes de lustre de peces.

El forastero le miraba, le miraba... y el otro se hundió en el zaguán.

Entonces, de modo repentino, se avergonzó, se apesadumbró Sigüenza, porque aquel hom-

bre... era leproso, era leproso, ¿cómo no lo comprendió antes?

El médico, al salir, se lo confirmó.

Se alejaron. Abandonaban la calleja, musgosa y solitaria.

Muy baja y rápida, pasó una golondrina.

Un grito lastimero bajaba de la torre.

Miró Sigüenza hacia atrás; la enorme cabeza del lazarino se asomaba temerosa, inmóvil, y acechadora.



Dejaron Benichembla cuando el sol se hundía. Nubes de grana, de oro y cárdenas, reuníanse en el ocaso, y figuraban una gruta de magia, con estalactitas de fuego.

Estaban solos en la tarde tranquila. Y pasaron arroyadas y barrancos pedregosos, donde se arrastran aguas verdes entre los adelfales, que parecen esconder vírgenes encantadas, suspirantes de tedio, llenas de amargura, como nutridas del zumo de su arbusto.

Asomó un rebaño.

Sonaba bronco el cencerro del morueco. Alguna vez sobresalía la risa de una esquila.

Quedaron de nuevo solos los dos hombres en la tarde que moría suave y melancólica.

Un algarrobo, de abierto, de acuchillado tron-

co, anticipaba la noche bajo el encaje negro de su fronda misteriosa. De la desenterrada raigambre crecían renuevos valientes y lozanos.

En el camino copleó un mozo. Cruzó; se alejó golpeando con fino escamujo la verde orla de las acequias.

Miróle el médico, y dijo:

—Aquí un padre asesinó a su hijo, mozo como aquél; pasaba cantando; el padre le celaba subido a este algarrobo. Dejóle caer una piedra, el hijo levantó la cabeza y recibió el tiro en los ojos.

Sigüenza contempló de nuevo el árbol ya negro y siniestro.

El médico murmuró:

—Dicen unos que el padre apetecía la novia del chico; otros afirman que mediaba el dinero.

Distante, distante rojeaban las llamas retorcidas y bulliciosas de una rastrojera que ardía.

Estaban junto a una majada en ruinas; dentro negreaban espesuras de matas; cardos y ortigas salían entre las piedras. Volaba un murciélago: tembloroso, rápido, parecía equivocarse siempre en su vuelo.

Allí descansaron Sigüenza y el médico.

Este habló del vivir de una leprosa.

“... Era en tarde de Pascua. Iban todos a la fuente y al egido, donde se hacían juegos y danzas. De las más garridas doncellas, reunidas por la fiesta, fué una jovencita que la llevaban sus

padres. Mirábanla éstos, mirábanla placenteros. Ella estrenaba vestidos y delantal con randas. Y estaba la hija apuesta.

Después se miraban, y a socapa decíanse que aquello empezado a sufrir por la moza no era el *mal*. ¡Qué había de ser el *mal*!

Que viera, que viera todo el pueblo ahora si no estaba la hija hermosa.

¡El mal! ¡Si a julio cumplió los dieciocho!... Ellos sí envejecieron en los meses eternos y horribles de las sopechas... ¡Ellos sí que enfermaron, ellos! Pero la hija estaba sana y limpia... ¡Cómo podía ser el *mal*!

Y la veían ufanarse de su vestido nuevo y delantal randado.

Al primer ruedo de bailadoras que se acercó no pudo asirse. “Estaban ya *todas*... Que fuese al de enfrente, que había menos...”

Sí, había menos, pero ya se bastaban.

Replicó, instó. Y una del corro, enjuta, alta, carcomida de viruela, hízole tal visaje, que ella se apartó. Las otras se distrajeron y no notaron nada.

Llegóse a un grupo, donde discreteaban con juegos de donaire y agudezas. La miraron, pero sin hablarla. Ella sintióse medrosa, desconocida, nueva, siendo amiga de todas.

... *El*, su galán, pasó sin verla, chanceando con otras mujeres.

Lloró de pena y de ira. Buscó a sus padres.

¿Qué tenía? ¡Que hablara, que hablara!...
¡Qué llorar aquél, Señor!

Dentro del pecho de la hija sonaba algo como un llanto muy débil, unos quejidos, unos quejidos... ¿Sería el corazón que lloraba fuerte?... ¡Oh, que hablara! ¡Señor, que hablara!

Y habló. Ellos se espantaron; la madre rugió.

—¡Mujer, mujer! ¡Qué podemos!—sollozó el viejo.

Y un calificado vecino se les acercó y les dijo descubiertamente “que era lepra y muy lepra *lo* de la chica. ¿Que no lo sabían? Empezaba entonces..., pero ya la tenía... ¡Ei, conformidad!

Se fueron de la fiesta. Su casa era pequeña; tenía una ventana diminuta cruzada con travesaños grises. Enfrente, por unas bardas erizadas de pedazos de vidrios, salían las verdes y pomposas ramas de un moral.

La calle era estrecha, retorcida y herbosa...

En el cuarto de la ventana vivió la doncellita quince años más, sola, siempre sola.

... Del cuartico a la fosa; nadie entró a verla. Ella, al morir, lo pidió.

“¡Madre, que me tape, que me tape bien... ¡Que *él* no me vea!”

“¡Pero si *él* se había casado y era dichoso!”

La rastrojera humeaba blanca y espesamente.

Ya marcharon en silencio el médico y Sigüenza.

Cerca de Parcent, rapaces jubilosos y gritadores saltaban una hoguera alta y crepitante... Del haz de fuego y del humo que subía retorciéndose brotaba desgranado el oro de las chispas.





X



STABA Sigüenza a la ventana de su desván-alcoba.

En la calle, el guía acomodaba aquel asno de paso prudentísimo, de orejas grises, remedadoras de hojas de pitas.

Pronto Sigüenza dejaría Parcent. El médico entró.

Este hombre callado, pesaroso, y el viajero habían hablado parcamente durante la estada del último en el pueblo. Pero sus almas se acompañaron, y ahora, al separarse, dolíase Sigüenza de la soledad que amenazaba a su amigo. ¿Era éste un singular temperamento humilde, desconfiado, triste, o un corazón colmado de aflicciones adorables, sagradas, que no se atrevía a declarar?

Marchábase Sigüenza, sin saber un momento de aquella vida recatada siempre con nieblas tranquilas.

Descendieron al vestíbulo.

La mesonera, la moza y la abuela del niño que padeciera hambre les rodearon.

El huésped, echado sobre una jamba del portal, reía sosegadamente.

¡Oh, la mañana es dorada y azul; desde allí se alcanza un trozo de verdes campos! Es día para amarse. El huésped habrá gozado de copioso almuerzo; tal vez de su mujer, limpia, apetitosa como fruto primerizo.

Son *solos*; los dos para los dos. Gozarse y vivir...

Y el forastero se le acercó diciéndole:

—¡Qué bien ríe usted, qué bien!

El otro, parpadeando picarescamente, exclamó:

—¿Y a que no sabe, a que no sabe de qué me río?

Sí que lo adivinaba Sigüenza. Y a la llana comienza el comento de la influencia del día sereno, azul, regocijante; de la mujer moza, del vientre satisfecho. Pero el huésped embazó su decir y, apartándose con él, solemne y enigmático, hablóle de un hombre que estaba fuera, mezcla de campesino y lugareño. La cara tenía la arada y morena, pero sus blancas patillas señoriles autorizábanle en aquella tierra de ra-

surados; las toscas alpargatas menoscababan su ecuestre porte; mas un bastón fino, liso, acaramelado, de puño de hueso y alta contera metálica, asido con suavidad, le restituía parte de su distinción perdida.

—Mírelo, mírelo.

Ya lo hacía Sigüenza cabalmente sin comprender palabra.

—Es hombre de riñón cubierto, con dinero, más que ninguno—explicaba el otro—, y quiso ser el jefe de los conservadores, de nosotros. ¡Cómo había de serlo! ¿Verdad?

Sigüenza dijo que ¡claro!

—¡Cómo había de serlo, si nosotros tenemos al que tenemos de siempre! Se fué con los liberales y lo nombraron jefe. Y mandón y todo, bien rabia cuando viene alguien al lugar y va con nosotros, sea por lo que sea. Ahora está ahí, y se despulsa porque usted le salude y se pare a hablarle para darnos después que sentir..., y usted ni le ha mirao tan siquiera. Yo lo he visto, y yo sé cómo estará por dentro... ¡Pues no me he de reír!

Y el huésped se golpeaba gozoso los muslos.

He aquí—pensó Sigüenza, contemplándole— hombre que puede, que debe amar y nada más que amar a sus hermanos, a los brutos, a las cosas, a todo, a todo... Y ved, que cría y anida odios bellacos.

Prontamente encontró sencillo que tal aconteciera.

Mujer y vientre, mujer y vientre. ¡Cómo sentir otro amor que no fuera el propio grosero, el de su vientre, y a su hembra!

“El amor—ha escrito Kant—, como inclinación, no se ordena; pero amar por deber, aun cuando no nos induzca a ello ninguna inclinación o aunque nos aleje del objeto una repugnancia natural e insuperable, es un amor *práctico* y no un amor *patológico*, un amor que reside en la voluntad y no en la inclinación de la sensibilidad, en los principios que deben dirigir la conducta y no en una tierna simpatía; y este amor es el único que puede ordenarse.”

Mas ¿iba a curarse el huésped de querer *artificialmente*, ya que de modo natural no podía?

Un pensamiento trivial, pueril, invadió a Sigüenza, deslizándose entre la Metafísica del filósofo de Koenigsberg. ¿Le hablaría o no al lugareño de patillas blancas, de alpargatas rudas y bastón cogido delicadamente?

Si el mesonero había dicho verdad, de Sigüenza dependía la ventura de aquel cuitado corazón.

Maravillas del destino: ¡Sigüenza inquietar a un cacique!

“Me acercaré. Pero y el otro ¿no sufriría las espinas y acometidas de los más bravíos celos?”

Y Sigüenza, que, como llevo apuntado en estas páginas, se apoca fácilmente, cabalgó para liberarse, huyendo de tamaña duda.

Despidióse. Vocearon en el hostal.

... Ya pasaba junto al jefe de los liberales. ¿Le saludaría, Señor, le saludaría?

Fuera ilusión de Sigüenza, efecto de la suave luz de la mañana o amargura verdadera y honda, aquel hombre ostentaba un noble gesto de atribulado.

Gritó el huésped otro adiós.

... Bajaban por calles solitarias, llenas de sol. En la última cimbreábase la leprosa flaca, larga, retorcida.

En la tienda de harina hablaban mujeres, bullían chicuelos, golpeaba un martillo. Desde fuera veíase la cabeza estirada y cetrina del tendero caída sobre la mesita zapateril.

... Otra vez silencio; casas cerradas, tapias rojizas y... el paisaje bañado de oro, el paisaje opulento, rumoroso, bello, entristecido, como alma a quien no se comprende...

... Quedaba atrás el cobrizo montón del pueblo. Allí los que padecen el mal espantable y ven la vida de los sanos sin saber de sus deleites y se abajan y huyen como envilecidos... Solos, solos. Sus almas están solas.

Así pensaba Sigüenza gustando como un melancólico contento, porque él hablara con los míseros y sintiera hondas lástimas. Pero mi-

róse a sí mismo justamente. ¿Por qué fué él a esos pueblos levantinos? Amor no le llevó, sino la sed de ver.

Entonces contempló la campiña muda, reposada, y como si le trajese la visión de toda la tierra, se dijo bruscamente: "Falta amor, falta amor... Los hombres no se alivian, no se amparan... Un día cálido y jocundo; el júbilo por la salud y el goce de la carne; la unción de ternura que la belleza nos regala; momentos deleitosos del espíritu hacen amar inmensamente de natural manera. Amor entonces place, conmueve, regocija..., pero luego se apaga, se torna en la acritud y sequedad de un deber.

"Amor es amar solamente por amor; et este amor nunca se pierde nin mengua...; más dígovos: que este amor yo nunca lo vi fasta hoy." Ha dicho el infante don Juan Manuel, señor de Escalona ("De las Maneras del Amor").

"... Y si este mandamiento (el del Amor)—declara la Santa de Avila—se guardase en el mundo, como se ha de guardar, creo a todos los otros sería gran ayuda de guardarse; más u más u menos nunca acabamos de guardarle con perfección" ("Camino de Perfección", VI).

Salía al camino de un bancal labrado una olivera añosa y desgarrada; y las mitades de sus troncos con sendas frondas remedaban dos viejos luchadores, acometiéndose ferozmente, dadas al viento sus cabelleras blancas, intonsas.

El viajero miró de nuevo el pueblo.

A un extremo, apartado, alzábase el casal donde bebiera agua fría de pozo y descansara en la tarde apacible que riñeron el gallo-hidalgo y el gallo-gran señor, de cresta femenina.

La era centelleaba cubierta de paja. Rodaba, trillándola, una bestia. Más lejos movíanse dos manchas negras y alargadas. Hacíanlas los pavos, los pavos que odiaban y perseguían como los hombres.

El guía aplastó sañudo con su enorme pie un espeso hormiguero.

—¡Ladronas!—dijo.

Rasó la mejilla de Sigüenza una furiosa moscarda que le dejó en el oído el *bordonazo* de su zumbar.

Sonaba la fuente. El agua era de luz. Abejitas la probaban y entrábanse por la verde felpa de la hierba nacida en la pila.

“Esos seres, modelos de sociables, también se acaban, se aniquilan en guerras estupidas...”

¡Falta amor; en todo falta amor!

Nosotros démonos nuestro alivio, aunque amor no invada y enternezca nuestra alma. No aguardemos a que ese *patológico* y universal amor nos lleve a hacer el bien. Acaso no lo sintamos nunca.

.....

El paisaje ha respirado la fragancia de sus entrañas generosas. Está quieto bajo la inundación de oro.

Entre el limpio follaje de los árboles aparece la seda lujosa del cielo.

Una alondra ha cantado su quejumbre en la lluvia de sol.

... Sigüenza besa el ambiente para besar la bella mañana campesina...

Julio-1902.





ECTOR: esto que sigue ahora no es epílogo ni apéndice ni nada. Aquí lo escribo porque son cosas que supe cuando ya estaban escritas las anteriores páginas. Nómbralo o titúlalo como te plazca, que no hallo razón para

encabezarlo con letra alguna.

Un año después de aquellos días estivales que Sigüenza pasara en Parcent, ya terminando agosto del 903, a nuestro conocido viandante, sin saber cómo, se le presenta coyuntura de tornar a la región leprosa. Sigüenza tiende cariñosamente su mirada por el paisaje trazado en este libro. Mas Sigüenza no siente predisposición de hablar de la lujuria de aquellos viñedos, de la suavidad y gracia de sus colinas, del reposo y

soledad de los caseríos. Y no es porque vea lo mismo que ya vió: el paisaje no se repite nunca a los ojos.

En Ondara, Sigüenza se hospeda en acomodada casa; el edificio es flamante, pintado todo; su menaje muy curioso, reluciente, distribuído con inflexible simetría, abunda en frescas mecedoras y orondos sillones de curada espadaña; pero el comedor es chiquitín, angustioso. Una casa grande, nueva, ¿por qué ha de tener este comedor pequeño? Sigüenza carece de tenacidad para seguir la misma idea o imaginación largo tiempo; se contenta con la corteza y forma de las cosas; pero como se halla en el exiguo aposento y la noche es seca, calmosa y ardiente, le acompaña, soliviantándole, una obsesión menuda: la de la pequeñez del comedor. Por fortuna, le divierte la entrada del alcalde, del notario de Ondara y del jefe político o cacique, sujeto acreditado de poderío y vasta hacienda.

El notario no es rechoncho, no va rapado, tampoco lleva gruesos anteojos, bigote gris de cepillo, ni viste ropas negras anticuadas con orilla de seda en el pantalón, mangas y solapas. Este notario rompe la tradición de la figura del *escriba* lugareño. Es mozo, casi melenudo, pálido, y su traje tiene bizarro corte de ciudad. Es lástima que así sea.

Estos señores han sabido que Sigüenza visitó Parcent, no porque el forastero haya escrito

el más leve artículo ni porque luzca personalidad; sábenlo, sencillamente, porque lo ha dicho el dueño de la casa.

—Pues estamos ahora en toda la comarca tratando una cuestión importantísima con referencia a la lepra—explica el jefe.

—Sí, señor, sí—afirma rotundo el que aloja a Sigüenza.

Y el cacique prosigue:

—De si se debe o no levantar el lazareto o sanatorio ahí en Laguart. ¿A usted le parece que eso puede tener efecto?

—¡Claro es que puede tenerlo!—exclama Sigüenza.

Pero el notario añade:

—Pues no debe ser; no debe tolerarse.

—No, señor, no—niega conciso el amo de la casa.

El alcalde no dice nada. Generalmente, los alcaldes dicen todos lo mismo.

Sigüenza no se atreve a pensar si ese silencio es majestuoso, si entraña hondura filosófica.

—Nosotros hemos ido a Valencia, y nuestro médico ha discutido allí con todo el mundo y no cejaremos un punto. Yo le aseguro que no cejaremos. Nuestros enemigos han de verse negros para emplazar el sanatorio. Se lo aseguro.

Y la energía, la fiereza atropella al arrentado cacique; le encrespa la palabra.

—¿Usted se ha fijado en estas huertas, en los

naranjos y viñas, tan cuidado y hermoso todo... en tantos rius-raus?...

El interesante notario interrumpe:

—Pues puede darlo por perdido, si hacen el hospital donde quieren...

—¡Oh, sí, señor, sí!—ratifica el que todos sabemos, diciendo lo mismo que el alcalde. El cual prosigue silencioso:

¿Habría leído a Maeterlinck? No, no lo ha leído; y esta pregunta es poco seria, casi indigna de Sigüenza.

—¿No comprende—reanuda el jefe—que todo el país sería ya centro leproso? Aquí acudirían enfermos de todas partes. Las aguas que nacen, que vienen todas, se puede decir, de Laguart, llevarían un peligro, una amenaza constante para la comarca. La noticia se derramaría en el extranjero, alarmaría a los ingleses, y ¡adiós nuestras cosechas de pasas y naranja! ¡El pan de todos, la riqueza de este marquesado! ¡Como no nos las comiéramos nosotros!

—Eso, sí, señor—dice riendo el lacónico, y mira al alcalde, que ha sonreído correctamente.

—Vamos a ver—continúa el jefe—. ¿No es preferible buscar un sitio solitario, de poco cultivo, para que el perjuicio fuera menor? En él bien podían levantar un hospital y cien si quisieran. Nosotros no evadimos la parte que nos corresponda pagar. Seríamos los primeros en contribuir. O si no, otra cosa: que no hagan nin-

guno; cada pueblo que cuide de sus enfermos, de sus leprosos. Aun esto es mejor, porque pueden hallarse más atendidos..., ¿no le parece?

Sigüenza queda convencido. Aquel hombre habla como higienista, como filántropo, como repúblico. Tiene razón sobrada.

Después, los visitantes se marchan. Irán a la farmacia, al casino, a otra casa donde el cacique disertará igualmente, repitiendo con fuego su oración, y mañana volverá a recitarla y pasado, siempre lo mismo, sin cansancio. La visión pavorosa de montañas de naranjas y pasas pudriéndose en silos y almacenes no le deja. ¡La pobre riqueza de todo el marquesado!



... La rambla está seca, blanca y muda. Acabada la puente, tan gallarda, tan flamante, no faenan braceros; dejaron de quejumar en la hondonada los ejes de carretas, de golpear los picos, de coplear los muchachos que acercan piedra, cemento y amasan en las lechadas de humeante cal. La puente está hecha; el camino, liso, nuevecito, se desliza por la roja tierra. Todo está callado; el sol lo envuelve, y la piedra nueva chispea y brillan las cristalizaciones del yeso.

¡Cómo apesadumbra la transformación en los lugares que se vieron mucho y amaron! Esto

impresiona tristemente como el hallar de nuevo a quien se quiere, entre gente advenediza y extraña que detiene nuestra palabra y nuestros ojos.

... Las viejas oliveras siguen agarradas a la cobriza basa de Parcent. Fluye la fuente con suave rumor que adormece. En la pila musgosa, el agua borbotea, tiembla, ondula, haciendo facetas cegadoras de lumbre.

Bajo, se copia el sol en un aguazal limpio. Posa serenamente en su orilla un gentil *caballito del diablo*, ataviado de rojo, firmes e irisadoras sus alitas de tul. Sus ojazos, repletos de malicias, descubren a un muchacho que retraído en la fuente le cela quietísimo y fragua cogerle.

Atraviesa Sigüenza la calzada, y el elegante insecto brilla en el azul y se pierde.

El muchacho mira con rabia al viajero; pero no le arroja injuria, ni pella de barro, ni fruta de higuera que cerca, entre espeso pámpano, se parece, muy turgente, halagando con la promesa de sus ricas mieles cuando la sazón le ponga blancas pinceladas.

Dios, sólo Dios, conoce el generoso sacrificio del chico.

... En el vestíbulo del hostal, el médico joven y canoso oye atento a un señor de ojitos dorados y movedizos, de encendidos pómulos y barba negra y aguda. Los posaderos, de pie, escuchan callados, como don Ramón.

—¡Sigüenza! ¡Señor de *Sigüenza*!—alborotan.

Pronto las gaseosas de botica hierven en los recios vasos. Y todos refrigeran.

—*Aquí*, don Hermenegildo—dice el huésped indicando a este nuevo personaje—, nos estaba hablando de lo del hospital.

—¡Pero en la comarca únicamente se habla de este asunto!

—¡Y qué remedio!—replica don Hermenegildo—. ¿Que usted cree que puede quedar como está?

—Según.

—¡Cómo según! El hospital se hará por encima de todo. ¡Vamos a plegarnos de brazos tranquilamente ante la desgracia? Se hará; yo lo garantizo.

Y nervioso, con mirada de iluminado, de apóstol, pinta el emplazamiento del edificio; el camino, ancho y cómodo está acabado; aguas delgadas y dulces regocijan y lozanean el paisaje, dejándole su música traviesa y la frescura fecunda.

Allí los leprosos vivirán acompañándose, juntos, asociados, aunque compadeciéndose esto con la separación escrupulosa, regular, higiénica; cuidarán, por recreo, de hortalizas y flores; plantarán viveros de álamos y olmos para después hacer deliciosas alamedas; en fin: trabajarán descansadamente; su vivir ya no será receloso y de huída...

Y como Sigüenza quiere simpatizar con este esforzado varón, se apresura a explicarle que si él ha dicho antes “según”, fué por lo que oyera en un pueblo vecino. No era nada cruel y contrario a sus levantados deseos, lo de trasladar la Leprosería a paraje más raso, solitario e inculto para que el daño material no fuera tanto. Y más sabio y hasta más humanitario considera aquello de atender cada pueblo a sus enfermos.

Don Hermenegildo queda perplejo, cortado, parpadeante.

Luego, con voz sumisa, expone: que parcialmente no se conseguiría extirpar el mal; es preciso la unión, la suma de esfuerzos y elementos. El cuidado particular podría aminorar los casos de lepra, pero ésta quedaría endémica.

—¿Y dónde, dónde ha oído usted esto? ¿Se puede saber?

—¡Oh! Sí; en Ondara.

Don Hermenegildo sonríe, en silencio; por último, serio y altivo, dice:

—En Ondara no tienen ahora ni un caso de lepra.

Una plática larga y sugestiva hace don Hermenegildo del temperamento y de las costumbres de los leprosos. Conoce, como nadie, las llagas y contracciones de su carne y el dolor de sus almas.

El señor don Hermenegildo Poquet no es

figura de artificio, colocada aquí por antojo; no lo finjo. Existe en Parcent; hijo de un antiguo médico del lugar, que trató cariñosamente a los afligidos de lepra, aprendió de este hombre generoso a serlo, a despreciar los peligros del fiero mal pegadizo, a penetrar en esas vidas miserables. Los leprosos que al enfermar parecen adquirir también recelos y vergüenzas de infamados, sólo con el señor Poquet hablan y se muestran confiadamente. Reciben su visita y depositan en él sus ansias y quejas. Son santas confesiones. Y cuando la lepra les acaba, en su agonía le llaman. Y don Hermenegildo y el sacerdote, o don Hermenegildo y los hermanos de mal del moribundo le ayudan, le acompañan y consuelan, diciéndole de un vivir eterno en la sociedad de almas amorosas; allí todo resplandece de hermosura; y los que sufrieron males asquerosos que espantaron, son llenos de gloria y majestad; los ángeles les dedican alabanzas, los santos les besan admirándoles, y el Señor les prefiere...

Entonces, la mirada del que expira pasa fugaz por la de los leprosos que le rodean, húmeda y piadosa, porque no mueren; y luego sube, queda en alto, dichosa, al fin. Y en este momento se estremece el mísero y coincide con el sabio, invocando a la muerte:

“¡Oh, muerte... tú eres el único rayo de esperanza que nos alumbra en la vida! ¡Liberta-

dora y salvadora nuestra, ven y rompe, de una vez para siempre, para siempre, los hierros de mi espíritu!" (P. Mariana).



El señor Poquet muestra a Sigüenza un libro lujoso donde se historia la lepra regional; cómo apareció en Parcent y va brotando; cuántos y quiénes la padecieron y tienen; sus retratos; entre éstos el de un párroco del pueblo, varón excelso y abnegado y heroico que contagiósse entregándose a los enfermos, dando alivio a la desolación de sus espíritus; el de Severo; el de Batiste... Sigüenza les reconoce, aunque los lazarinos visten ropas domingueras, las cuales parécenle estrechas, menguadas; acaso porque son las mismas que lucieron cuando estaban sanos, limpios y alegres y galanteaban en la plaza y junto a las fenestras de las mozas... Y ahora están hinchados...

Se duele el viajero de que cuando estuvo en Parcent, hace un año, no pudiera lograr un acompañante tan precioso y útil como don Hermenegildo. Hallábase ausente.

Aquellas rápidas visitas con los dañados hubieran sido entretenidas. En vez de atisbos y leves impresiones de sus almas, hubiera alcanzado cumplida noticia de su vivir.

—Yo he de dejarles muy pronto; quizás antes de una hora. Pero si usted quiere—solicita del señor Poquet—podríamos ver a esa leprosa joven, que canta tan bella y amargamente; esa que habita en una masía, en las afueras.

—Ya no puede cantar—replica don Hermenegildo—. Es un caso de *leonitis*; su cabeza es de monstruo, de león horrendo; además, no se dejaría ver; hasta de mí se oculta; la única que hace eso.

Y después añade:

—Aprovecharemos este tiempo que nos concede viendo a otro, a Batiste.

Y seguidamente pide al hostelero que avise al lazarino la visita de ellos.

Luego Poquet y Sigüenza salen; y llegan ante la vieja puertecita de la manida del inmundo. Pasan un zaguán estrecho y hondo como un corredor.

En las tinieblas se mueve vacilante un bulto.

—Sal más, Batiste; sal aquí, a la luz. Enséñanos el pie y la pierna que prefieras, ¿quieres?

La voz sibilante contesta muy opaca:

—Da igual. ¡Los dos están buenos! — Debe haber sonreído.

Avanza Batiste, y Sigüenza se pega al muro húmedo que se desconcha y cae el yeso, fino como harina, apenas un dedo lo huella levemente.

Batiste se afana, se retuerce, para que su

ropa y su carroña no toquen a Sigüenza. La idea del peligro atemoriza, de pronto, al viajero. Entonces se comprende todo lo grandioso y extraordinario que es el ánimo de don Hermenegildo. Y, momentáneamente, Sigüenza desconfía, acometido de un pensamiento ruin:

¿Este señor Poquet será también leproso y por eso, libre ya de la amenaza del contagio, hace lo que hace? No, Poquet está sano.

Y el forastero se avergüenza y se arrepiente de su mezquindad.

Los pies de Batiste están horadados por úlceras secas. Se le ve más hueso que carne. Sus piernas costrosas se descarnan como astilladas por golpes de hacha basta, de filo mellado y roto. Hay en los muladares miembros de brutos a medio devorar con menos horridez que los de Batiste.

—¿Siente usted los dolores muy fuertes, muy fuertes?

—Eso antes. A lo primero del mal se sufre más que ahora. También se me pusieron las llagas en las ancas, y no podía sentarme ni acostarme; pasaba los meses, de día y de noche, contra una pared.

Sigüenza anhela salir a la calle; bañarse de luz y orearse; no quiere, no puede mirar más a Batiste; le fatiga su miseria, le enferma, le espanta.

Batiste vuelve a sus tinieblas. El no puede fatigarse.

Entran en una casa muy limpia. Es de una leprosa; mujer de treinta años; alta, gruesa; padece gafedad.

Don Hermenegildo le habla en valenciano; y ella se desata y quita los vendajes de las manos. Sus pobres manos son cuadradas; apenas le quedan dedos.

Es bella la mirada de sus ojos oblicuos, estirados por el mal. Lenta, torpe, penosa de habla, como si sus mandíbulas se le encajasen, cuenta que ella es la única de siete hermanos que fueron. Todos murieron leprosos. Es sola en el mundo.

—¡Sola! ¿Que yo no soy nadie?—dice el señor Poquet con humanidad y tristeza.

—¡Don Hermenegildo!

Y la leprosa vuelve la espalda, porque está llorando.



Regresan a la posada. Y cuando el viajero comienza a estrechar la diestra de sus amigos entra sonriente, iniciando descubrirse, el señor vicario. Es muy joven, enjuto, descolorido; se muestran crecidas y azuladas las pinchitas de su barba y labio.

—Vengo, doctor, a darle muy felices vísperas.
¿No son mañana sus días?

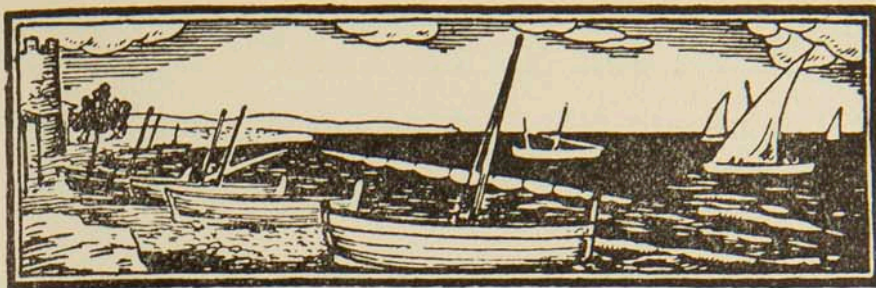
Y enjuga su frente y su cuello con un vasto pañuelo listado de verde y morado.

El médico ensancha sus ojos zarcos, y modestamente manifiesta no acordarse del santo de su nombre.

1903.



PRIMEROS CUENTOS



Los amigos, los amantes y la muerte



DESDE el vestíbulo pasa la suave luz de una lámpara escarchada al aposento donde está el tullido rodeado de amigos. Hablan de proyectos logrereros, de meriendas en heredades, de un sermón, de paseos bajo los olmos del camino. Son viejos, como el enfermo, y tienen fortaleza, estrépito en la risa y fuman. Cuando le ayudan a variar de actitud o le acomodan la manta caída o arrastran su butaca de ruedas, siente él más su impotencia y le llora angustiadamente su alma, pero los ojos no. ¡Oh, si le vieran llorar *por fuera* estos amigos viejos y alegres, que ni padecen el reuma senil!

Les miente todas las noches diciéndoles que sus piernas, su brazo y costado no están muertos para siempre.

—¡Eso, desde luego! Ya verá, ya verá cuando pase el invierno—contesta, estregándose las manos, un señor muy flaco, de perfil judío.

—¡Claro, como los árboles!—añade el doctor Rodríguez.

Y el registrador, varón gordo y risueño, exclama:

—¡Vaya, al verano de los nuestros, y a botar como un muchacho!

El tullido les mira iracundo, vuelto a su hosco silencio, porque sabe que no lo creen.

Apartados en una vidriera, dos jóvenes contemplan la noche que se pierde en un misterio de luna. Lejos, bajo las nieblas, escintilan las luces reunidas, medrositas, de un pueblo del valle. Se ve un llano que desgrana lumbre de luna en el suelto pedriscal. De los húmedos hondones emerge la alegría de verdura tierna iluminada. Y al pie de las ventanas está el jardín desierto, desamparado en la nevada de luz. Parece que los rosales, rígidos y sarmentosos, han florecido en esta noche, deshojándose las rosas por arriates y senderos. Llega del templo el sonar de las horas, tan puro, tan frío, resbalándose y fundiéndose en la paz, que parece la campana también blanca, como labrada en hielo.

Ella, la novia, es hija del tullido, pálida y en-

lutada por orfandad de madre. Sus manos finas, manos de imagen, se unen sobre el seno como una magnolia.

El amante recoge en sus ojos la mirada de la mujer, y la lleva dulcemente a la desolación de la noche; y se miran y se aman dentro del infinito de tristeza, de silencio y de luna.

Departen, en tanto, los contertulios del escarzo de las colmenas. Les interrumpe la entrada de un gallardo perro de caza que se tiende dichosamente en la alfombra verde y espesa como un alcacer.

—Estos animales—prorrumpe entonces el señor registrador—son de más habilidad y sabiduría que nosotros. Tenía yo una perra grande y sagaz, como ésta...

—Mire usted que esto es perro y no perra—, le corrige un señor de ojillos codiciosos.

—¿Qué perro?—pregunta trabajosamente el enfermo.

—Bueno; ¡da lo mismo!—dice el registrador.

—Pero ¿qué perro? ¿Dónde está?—insiste colérico el paralítico.

—Aquí. ¿No lo ve usted? Es el de su hermano.

—¡Que se lo lleven, que lo aten! ¡Me matarán!—. Y el enfermo, rendido, se hunde entre almohadas y pieles.

—¡Déjalo, déjalo!—intercede un amigo que dormitaba.

—¡Qué he de dejar! ¡Fuera!—. Y el baldado se mira con rabia su diestra caída.

—¡Lo echan al pobre!—dice infantil y tierna la mujer, mirando al perro que se aleja perezosamente.

El enamorado se estremece de agresivo egoísmo. Odia al perro. Por lástima, alejose la amada de la noche y se apartó de él, porque mirando la noche se decían sus ansias y hasta el doloroso deseo de la carne.

La voz del señor registrador seguía:

—Pero yo estaba harto de animales en mi casa...

El contertulio menudo y enjuto de perfil hebreo, sonríe.

—Estaba harto—mantiene el otro, mirándole con gran enojo—. Y regalé mi perra.

—¡Yo haría lo mismo si pudiese!—balbucea el tullido.

—Se lo llevaron al Encinar. Del Encinar a aquí habrá unas cinco leguas...

—¿Dónde, dónde ha dicho usted?—pregunta el médico.

—He dicho al Encinar.

—Pues no hay más de cuatro y media.

—Si me apura usted diré que cinco y media.

—¡Es igual!—añade otro con hastío.

—Y en el Encinar parió mi perra. Tuvo cuatro cachorrillos. ¿Y qué dirán que hizo? Pues agarró con los dientes uno, y como pudo me

lo traje. Se fué y tornó con otro. Y así hasta traérmelos todos. Poco tiempo después, tendida en el suelo, mirándonos a mi mujer, a mi hija y a mí, particularmente a mí, se murió. Debíó morir reventada.

—Alguna hemorragia—insinúa el doctor.

—Pero esa hemorragia, ¿de qué iba a ser, sino de...?

—¡Claro!

—Por eso les decía yo antes que estos animales son de más saber que nosotros.

El perro expulsado asoma en la estancia. Leve, cauteloso, entra más y se echa sobre la alfombra porque todos le miran y sonríen. El paralítico también le acoge bondadoso. Es un instante de sencillez, de piedad, que levanta en los corazones la perra muerta hacia el perro vivo. En el huerto, un pavo real lanza tres gritos desgarradores que estremecen a la doncella.

Los amantes miran la inmensa y clara noche, poblada de fantasmas dolientes de árboles, y piensan en los ciegos terrores de aquella pobre ave. Lástimas exquisitas arden en el corazón del hombre. “¡Oh, alma!” Y la envuelve toda su mirada. Los ojos de la doncella, dorados y húmedos, copian la luz de la luna. El amante exprime con los suyos la miel de la boca ansiada.

Otro grito, un ¡ay! largo, implorador, arranca la noche a la bella ave, que oye ladridos de

mastines, espantados de sus siluetas proyectadas en las eras.

Los amigos se despiden del tullido. Pero de súbito suenan recios golpes en la puerta. El perro se alza latiendo fieramente, erizado, tremente la doble sierra de sus quijadas terribles.

La puerta se abre, y en el fondo de blancura del plenilunio se destaca un hombre que lleva sobre sus espaldas dobladas un féretro negro.

En el huerto, el ave real gañe angustiada, enloquecida. La doncella se ampara en el pecho del novio; rechinan los dientes del paralítico; retroceden, sobrecogidos, los amigos, y el perro se abalanza sobre el hombre espantoso y el ataúd vacila y cae retumbando. Dañan sus golpes como si dentro de las tablas se rompiera un cadáver.

—¿Es aquí donde vive el señor extranjero que ha muerto?—dice desde la calle una voz.

Y nadie le contesta.

Después, el registrador murmura:

—Aquí no debe ser; no es; ¿verdad?

El funerario arrastra la caja y desaparece. Y entonces los amigos se esfuerzan por reír, y estalla un coro de risas contrahechas, metálicas y lúgubres.

—¡Han oído! ¡Si *vive* aquí el que ha *muerto*! —prorrumpe el doctor. Y se oye otra risa fría, afilada, desconocida. Todos se vuelven. ¿Quién se ha reído? No lo sabe el mismo que la hizo.

Pero los amigos vuelven a la alegría de la vida. Tienen salud, tienen hartura. De morir alguno de los reunidos sería el pobre amigo postrado. ¡Oh, el pobre! ¿No han de quererle si le conocen desde chicos? Les parece que vaya a morirse en sustitución de ellos. Verdaderamente, fué siempre honradísimo hombre. ¡Qué tremendo, si no hubiera entre todos este amenazado! En fin... Y se despiden del enfermo con más cariño que nunca.

El enfermo les mira con más aborrecimiento que nunca.

—¡Alma, despierta!

Y ella, trémula y blanca, gime:

—¿No viste la Muerte?

—¡Alma, no hay Muerte!

—Muerte hay—e indica sus ropas de luto y a su padre doblado en la butaca.

Los jóvenes acuden a él y le llevan tiernamente a la vidriera; pero el paralítico no ve la noche y vuelve aterrado la mirada hacia el portal.

—¡No hay muerte! Mira la noche, mira los mundos; ¡qué les importan los féretros ni las lágrimas! Todo sigue. Mira la vida, bella ahora en sus tristezas de nieblas y silencio; bella mañana en su sol, y hasta en el gusano que se deleita con el jugo de una hierba pisada. Si los hombres lo amasen todo y ennoblecieran la vida, quitarían la idea de la muerte; ¡nunca

hay muerte! ¡La alegría prende en las almas cuando se sienten amadas, y aman y son eternas!...

La gran luna vierte su luz sobre toda la amada. Está inmóvil, rígida; tiene las manos cruzadas; mira al padre y los ojos de la doncella parecen cerrados; su palidez es tan intensa que adelgaza sus mejillas...

Y el amante, transfigurado, la descansa en su pecho. Ella sonríe y le muestra al enfermo, que ya le atiende dichoso.

—¡Oh, hijos, no hay Muerte!

Y el hombre le susurra a la mujer:

—¡Te vi inmóvil, como los muertos; blanca, como los muertos, y ya no me mirabas; y yo me sentí hundir en una muerte eterna...!

1900.





En automóvil



UDAZ, raudo y glorioso
hendía un automóvil la
soledad y el silencio de
los campos. Ibamos en
él amigos buenos a un
pueblo montañoso. Y
decíamos con encendi-
do entusiasmo y rego-
cijo: "No debe ser jus-
to ni lícito mirar esta

máquina tan someramente que sólo veamos en ella riquezas, viaje, placer, expansión de su dueño; porque estos automóviles fuertes y viajeros llegan a ser como una vida palpitadora con poderío, voluntad y arrogancia suyos."

Pasados los campos y lugares cercanos y sabidos, penetramos gozosamente en el paisaje nuevo, hosco, que parecía venir enemigo hacia nosotros, y ya a nuestro lado, se apartaba y ten-

día sumiso y amoroso entregándonos el olor de su vida y fortaleza.

Cielo, montañas, ríos, arboleda, casales, yuntas, piedras, hierbas que orillan los caminos, puentes, cruces, labriegos, humos y senderos... Todo nos "miraba" y dejaba alegría, dicha y ansias dominadoras.

... ¡Alma mía!
No aspire más allá de lo posible,
cual si fueras deidad...

Nos avisábamos con palabras de Píndaro. ¡Oh, el Tebano divino, cantor de púgiles y vencedores con el carro y cuadriga, qué ardiente loor no hubiera dicho sintiéndose arrebatado en el regazo de un automóvil, monstruo sin bridas, altivo, llevado por manos mozas y fáciles que lo dejan precipitar anhelosamente, y las ruedas corren, vuelan sin obediencia a vías ni relejes!...

El horizonte de serranía, que antes veíamos suave y esfumado en azul, llegaba a nuestro ojos alumbrado, desnudo, enseñando heridas, abismos, verdores de pastura, rojas torrenteras, gayas altitudes soberanas de silencio, ungidas de cielo...

Considerábamos ya el automóvil carne, ave, alma delirante, ebria de alegría. No hablábamos; creíamos ser nosotros los que desgarrábamos espacio y distancias arrojándolo todo a nuestra espalda...

¡Eramos fuertes, grandes, heroicos, excelsos! Huyeron de nuestro ánimo pensamientos menudos y ruines de ciudad. ¡Cómo no alabar a nuestra máquina y no ver en ella virtud y eficacia ennoblecedoras que la colocaban por encima de la esclava condición de cosa! ¡Cómo no bendecir a nuestro “Gerón”, su dueño!

Ronca y magna tronó la bocina. Su voz prolongábase en la inmensidad humanamente.

Muy remoto halló la mirada un punto move-dizo que fué creciendo y determinándose. Era un cochecico descubierto, de dos ruedas viejas y flacas; parecía una araña. Lo arrastraba un overo largo y mustio, de cascos peludos, gobernado por una personilla gorda, con guardapolvo, gorrita orejuda y anteojos negros; un hidalgo sin libros de romances ni devotos, que habría salido de su pueblo para visitar su hacienda. Debía llevar pienso para el rocín y matalotaje para él; y en tanto que viajaba compararía el ténpero de las tierras ajenas con el de sus bancales de sembradura, y miraría los almendros y viñas para alegrarse si lo suyo tenía mejor veduño.

¡Qué pobre hombre a nuestro lado!

Resonó más la bocina. Una montaña próxima y pelada repitió su rugido.

Entonces el caballejo, medroso y rehacio a riendas y palabras de su señor, atravesóse torpemente en el camino. Tembló sobre el azul una

mano corta y pingüe. Mas, la bestezuela, sintiéndose encima el fragor del monstruo, desmandóse y huyó aterrada por la cuneta y de aquí a un barbecho, derribando al hidalgo en el seno del coche, donde se removía y voceaba.

Nosotros pasamos veloces, dichosos y triunfales. Quisimos mirar al caído; y carro y caballero quedaron sepultados en inmensa tormenta de polvo. Llamamos la piedad a nuestro corazón, y diciendo “¡Pobre hombre!”, estalló indomablemente nuestra risa moza y sonora.

Esto nos hizo mirar al automóvil un poco recelosos.



Ya noche cerrada, tornábamos a la ciudad, cruzando y despedazando la negrura con los blancos astros de nuestros faros.

Aumentaba en nosotros la sensación de la fuerza, viéndonos fantásticos, esparciendo luz. ¡No éramos ni hombres siquiera, sino estrépito, velocidad, aire, noche!

Lejos aparecieron lucecitas humildes. La garganta enronquecida del monstruo avisó fieramente nuestra presencia. Y las luces seguían moviéndose remisas y descuidadas.

Nos detuvimos ante una procesión de carros trajineros. Sonaba en la noche el trémulo resuello del motor. Vinieron los carreteros pesa-

dos, lentos; sus recias mejillas de barbas aborascadas traían corteza de tierras de viejos caminos; las trallas se enroscaban como serpientes dormidas en sus cuellos y hombros. Miraban inquietamente las mulas sus espectros gigantes, tendidos por nuestras linternas, y entre el latido del hierro sonaban con dulzura las campanillas de las colleras.

Pero nosotros seguíamos siendo fuertes, inmensos, y ordenamos a los humildes que se apartasen. Es verdad que ellos se contemplaban y nos contemplaban, calladamente, con odio y socarronería.

¿Es que no entendían nuestro mandato ni les amedrentaba la grande fantasma de nuestra máquina cuyos ojos de fuego tenían feroces amenazas?

—¿No han oído? ¡Fuera; apártense!—Y nos estremecíamos de indignación viendo menoscabado nuestro imperio por mulos ruines y carros miserables.

Entonces aquellos hombres dijeron que no, que no era posible separarse. La mitad del camino se erizaba por una calzada de piedra reciente.

¡Cómo carros de tanta pesadumbre y bestias rendidas iban a subir por este sitio trabajoso! Nosotros, sí; que la ligereza y poderío de la máquina lo vencía y allanaba todo... Y se miraban y nos miraban, cruzando sus brazos aguardando.

Gerón les gritó furiosamente: “¡He dicho que fuera!”

—Mire que no, no se puede.

—¡No! ¡Pues allá vamos!

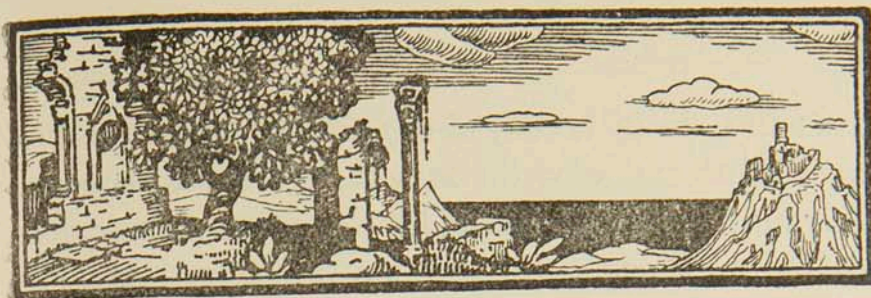
Nuestro monstruo retembló al avanzar; se movieron las espadas de luz... Voces espesas gritaron blasfemias; crujieron llantas, galgas, ruedas; brotaron lumbres azules de los herrados cascos; saltaban despedazadas las piedras en tasquiles... y quedó libre la parte del camino lisa y fácil para nosotros. Pasamos hundiéndonos en tinieblas triunfalmente. Detrás, dejábamos odio y padecimiento.

Ya en la ciudad, y andando humildemente, cedimos paso a un carro como los despreciados en la soledad campesina. Sentimos nuestra voluntad reducida a lo humano, sin ardimiento ni quimera de heroica excelsitud. Y entonces nos sentimos piadosos.

¿Vale la pena definirnos con gravedad y minucia si un accidente nos modifica hasta creernos con cincuenta caballos de fuerza? ¿Qué será subir en globo y creernos aves gloriosas... y es el globo quien vuela y no el hombre!

1899.





La niña del cuévano



STÁBAMOS acostados en las sombras, leves y movedizas, de las acacias, cuyo ramaje desmayaba por la graciosa pesadumbre de la flor.

Era en la soledad de la siesta. Veíamos caer alas secas de flores, y quedaban sobre nues-

tras frentes, o nuestras ropas, o en la tierra, y aquí las invadían prontamente las hormigas, que luego las dejaban; entonces venía algún codicioso gusanito; cerca de la marchita blancura se detenía, como acometido de súbita desconfianza. Nosotros no distinguíamos los ojitos del insecto; pero su formalidad humana, su incertidumbre, sus anhelos nos hacían verle ojos y hasta lentes.

Los flores no tenían el olor que ofrecen en la

frescura de la tarde, olor místico, de novia besada, sino casi olor de bancal de hierba caliente. Mirando a lo alto del cielo parecían colgar con dulzura los racimos nevados, y en el íntimo y delicioso claustro de las hojas sonoreaba un estremecimiento de abejas.

Esperábamos en las afueras de la ciudad un carruaje, porque nos marchábamos a un pueblecito y bajo las acacias nos acostamos porque había sombra. Delante comenzaba el mar, de aguas quietas, fundidas en lámina pálida como tendida niebla.

Crujió la tierra a nuestra espalda y dijo una vocecita:

—¡Mérlenme este cuévano!

Y una rapaza nos presentó un hondo cuévano de mimbres aún verdes.

Era talludita y estaba pañosa, tostada y descalza; su cabeza redonda, cortados los cabellos, quizá por reciente mal, parecía de esclava.

Teníamos algunos menudos y pudimos socorrerla humildemente; pero el cesto no se lo compramos.

—Hace ahora mucho sol—le dijimos—, y todas esas casas campesinas míralas cerradas; por el camino no pasa sino algún perro vagabundo, y en la playa, solos están esos viejos barcos negros, rendidos sobre la arena. ¿Quién puede comprarte el cuévano?... Quédate a nuestra sombra.

Nos miró la muchacha y sentóse en la tierra como una niña árabe. Entonces reparamos más en sus pies, pies de caminante, agrandados y rudos, con costras de polvo y de jugos de hierbas.

Apareció un insecto, muy grave, grueso, de patas sutiles, con negra vestidura reluciente. Andaba despacio, pesado, como reflexivo, y nos recordaba algún conocido nuestro, respetable varón que aparentaba maquinar profundidades y es posible que no piense ni haga nada. Un grano de semilla, caída del árbol, hízole parar; luego tuvo desasosiego; sin embargo, debió recibir muy gran contentamiento, según se frotaba las manos, es decir, los hilillos de sus palpos, y quedó meditando, meditando.

La rapaza tomó una aguda pedrezuela; hundiósela por la espalda, y el desdichado conocido nuestro crujió y se tumbó, reventado.

—¿Por qué has hecho ese mal?—le preguntamos.

Nuestras palabras le dieron asombro. Hizo luego con su hocico una mueca de que le tenían sin cuidado, y nos volvió la espalda.

—Has matado—seguimos diciéndole.

—¿Queeé? Pues ¡güeno!

Y movió despectiva sus hombros miserables, delgaditos como alas de pájaro desplumado.

—Mira; aun estaba vivo; ha temblado ahora... Míralo.

—¿Queeé?

Y no lo hizo.

¡De dónde vendría esta criatura!

—Tú vienes de muy lejos, ¿verdad?

—¿Queeé? Del hostal de *ahi*.

¡Del hostal!... Ignoramos por qué ilusión apetecíamos que llegara la rapaza de lo remoto, y sólo venía de una posada cuyas torradas paredes veíamos desde nuestra sombra.

—¿Pero serás de algún pueblo muy apartado?

—¿De qué?

—¿Que de dónde eres?

—¿Queeé? Pues de Villena.

¡Villena, lugar de esta misma provincia! ¡Es verdad; su habla era de Villena! ¡Tampoco de pueblo lejano!

—¿Tienes padres?

—¿Queeé? Padres..., padres..., lo que tengo es madre y hermanos grandes.

Contestaba siempre: ¿*Queeé*? Y esto podía ser constante recelo de criatura acechada por la madre y los hermanos grandes, y malicia para urdir la réplica. ¡Pero y si en vez de la íntima y obscura vida de abandono y sufrimiento que imaginábamos, la querían tiernamente los suyos porque era la pequeña, pícara y enfermiza, y el ¿*Queeé*? no manifestaba miedo o espacio para apercibir la defensa, sino sencillo vicio de lenguaje!

¿No venía de una próxima posada y era solamente de Villena?

¡Pero qué importaba que llegase de un hostal vecino ni que procediese de Villena para que esta criatura tuviera un alma todavía apretada, cerrada en capullo de vida, en el que pudiéramos entrarnos a gustar mieles silvestres de ansiedades!

El dolor, el placer, los anhelos pasan profundamente, como ríos sepultados por estas vidas humildes, y aunque ellas no lo sepan, aunque no se den cuenta, sienten ciegamente sus ondulaciones bravías, y sus riegos dichosos, y sus ruidos torrenciales... No; no nos apartemos distraídos; alumbremos estas aguas del Misterio.

Y nos quedamos contemplando a la rapaza.

—¿De modo que vives con tu madre y tienes hermanos grandes?

—¿Queeé? Hermanos..., hermanos...; hermana dirá usted, pues que el hermano ni tan siquiera sabemos si es vivo o muerto, que se marchó más lejos de la mar...

Y su bracito quedó alzado, perfilándose la miseria de su delgadez sobre la dormida marina.

—¿Y tu hermana?

—¿Queeé? Está mala en la cama con un crío.

—¡Ah! Es casada.

—¿Queeé? Da igual.

—Tu cuñado es muy bueno contigo, ¿verdad? Tú serás como una hermanita chiquitina suya.

—¿De qué?

—Quiero decir si te quiere y protege. Tú arrullarás a su nene, y cuando el padre os vea jugar como hermanitos, figúrate ¡qué contento tendrá! ¿Qué te parece?

—¿El qué? ¡Pero si *el* cuñado está preso!

—¿El cuñado preso! ¿Qué hizo? ¿Mató?

—¿Queeé? Matar no mató a nadie; pero se riñó con otro hombre de Villena...

—¿Y se hicieron daño?

—¿Queeé? Daño..., daño... Es que el otro vino a morirse del resquemo de la pendencia, según me creo.

—Bien puedes querer a tu hermana, porque es desventurada mujer.

No contestó la niña del cuévano.

—¿La quieres con toda tu alma?

—¿Queeé? Yo, no, señor.

—¿No la quieres, no te da lástima!

Aquí tampoco respondió la rapaza.

—¿Y su criaturita?

—El crío siempre está pero que llorando.

—¿Y la pobre de vuestra madre?

Reclinóse la niña del cuévano sobre sus brazos como en dos puntales, sus manos hendieron el polvo, y sus labios y sus ojos hicieron visaje de frialdad y desprecio.

—¿Es que no quieres a tu madre?

—¿Queeé? Yo, no, señor; que tampoco ellas me quieren a mí.

—Mira: sois pobres y tenéis tan mala ventura que ni siquiera vivís en hogar vuestro y vais errantes como los ganados, de refugio en refugio, de préstamo, de pasada. Pero tú fíjate cómo en los ganados se solicitan y quieren las reses, que cuando andan o sestean en sitios descubiertos, sin sombras de peñas ni de árboles, el vientre de cada una, de cada cordero, protege del sol la cabeza de otro hermano, y están amorosamente reunidos. Ya ves si se quieren y ayudan...

La niña del cuévano se había erguido, y atendía muy quietecita.

Esto nos animó grandemente. Recordamos una de las primeras máximas de la *Introducción y camino para la sabiduría*, de Luis Vives: "Procure siempre lo bueno y huya de lo malo, porque la costumbre de hacer a la continua bien se le volverá en naturaleza."

La tuve siempre por muy sana, consoladora y verdadera doctrina. Sí; podemos engendrar la perfectibilidad, llegar a hacerla *fisiológica*. Y no hay mejora más bella y santa que el amor. Y pensamos en esa tarde que era bueno llevar al amor un alma reciente, tierna, que podía prenderlo en otras, creando una costumbre de amor que alcanzase a ser herencia y naturaleza.

Por eso le decíamos a la niña del cuévano:

—Pues vosotros deberíais quereros. Amar da

alegría. Si os quisiéseis y buscáseis el abrigo del corazón, como los corderos el vientre del que está a su lado, no sufriríais con tanta crudeza los rigores de vuestra vida...

Nos contuvimos un momento porque nos pareció que habíamos razonado a lo predicador elevado y solemne.

Pero la niña nos escuchaba afanosamente. Algunas palabras nuestras la hacían parpadear, y luego sus pupilas quedaban inmóviles, fijas en nuestros labios. Y esto, separadamente de la intención que nos inspiraba, casi nos envaneecía... Y seguimos:

—Tú dices que no te quieren mucho, ¿verdad? No te importe. Quiere tú, y producirás, y descubrirás la ternura en el fondo de las almas de tu madre y de tu hermana, como en una mina...

—¿De qué?

—Lo que yo quiero decir es que tú puedes enseñar a querer entre los tuyos, y a ti se te debería la paz y la dulzura en vuestra familia. Empieza a amar, y serás amada; yo te lo prometo, y cuando seas madre, tus hijos...

No terminamos, porque la rapaza se levantó.

Nosotros estábamos conmovidos, alborozados. ¡Habíamos redimido un alma del pecado de no amar! Vimos a la pobre niña transformada...

—Sí, sí; ve, corre a los tuyos—exclamamos—, y ama, ama siempre!

D E L V I V I R

Entonces la redimida acercóse a nosotros y, vibrante de enojo, nos gritó:

—¿Pero me merca usted el cuévano u qué?

Y sus pies aplastaron un hervidero de hormigas que sepultaban al negro y gordo insecto desgarrado por la piedra...

1901.





Las hermanas



UERON tres hermanas y un hermano. Siempre se vieron vestidos de negro.

Ellas y los padres pasaban como una larga nube de crespón por lo apartado de la ciudad, por las huertas de la cercanía, dejando en

las almas un perfume de flor de desgracia.

—El primer luto que nos pusieron—habláronse una tarde las dos hermanas mayores—fué por tío Ricardo, que vivía en nuestra casa. ¿Te acuerdas?

—Sí que me acuerdo; era alto y rubio, como nuestro padre; llevaba lentes, y cuando se los quitaba para limpiarlos con un trocito de guan-

te de la abuelita le mirábamos mucho los ojos y le decíamos si tenía sueño. ¿Verdad?

—Y tenía ojos muy hermosos, verdes, muy tristes, así como gotas de estanque con luna.

—No hemos sabido nunca su muerte.

—¡Si no estuvo enfermo!

—Ya lo sé. No le vimos un día; al siguiente tampoco; preguntamos por él, y sólo nos dijeron y nos han dicho siempre que había sido muy desgraciado.

—La abuelita no lloró... no lloraba nunca.

—Lloraba, pero sin oírsele. ¿No te acuerdas de ella?

—Sí que me acuerdo; alta, muy blanca; su frente era para corona de reina antigua o de la Virgen. ¿Verdad?

—Siempre sentada en su butaca del salón, aquel salón tan oscuro aunque abrieran los balcones de celosías o encendieran la lámpara grande...

—Es que era inmenso y así viejo... envejecido como una persona... Tú no querías entrar sola.

—Ni tú tampoco. Ibamos juntas y cantando; pero ya dentro, dentro no podíamos cantar porque nos imponía como la catedral.

—A mí me daban miedo los retratos. Es que no había ninguno de vivo. Todos ya de señores y señoras muertos.

—De nuestra familia... Hermanos, hijos de los abuelos..., ya ves, de nuestra familia, y los mi-

rábamos y nos decíamos: son nuestros, nuestros, y nunca los hemos visto ni los veremos... ¡Nuestros! ¡No lo parecía!

—Si te fijas y escuchas muy en lo hondo de ti misma verás como sí.

... Quedaron silenciosas. Después, la que había negado suspiró:

—Es verdad, sí, nuestros; pero esta palabra huele como las flores marchitas guardadas en un libro.

—¡La abuelita sí que no tenía miedo! Delante de su butaca pusieron el retrato de tío Ricardo. Lo miraba mucho tiempo, diciendo:

“¡Hijo mío, pobre hijo mío!...” Nosotras la oíamos desde la habitación de los juguetes, que estaba al lado. Y una tarde que nevaba, cuando pasó Koff a encender luz, la encontró muerta, torcida hacia el lado izquierdo... Nosotras entramos, y la tocamos y la besamos... Parecía viva, pero muy triste, muy triste... Le enjugamos los ojos. ¡Ya ves si lloraba!

—... Entonces nos marchamos a aquella finca nuestra tan grande, de techos de iglesia, que tenía un bosque muy negro como los de esos castillos que pintan. Y al poco tiempo volvimos a la ciudad. Antes de subir al carruaje, mamá fué pasando por todas las habitaciones, llorando, llorando. ¡Qué delgada estaba!

—Nuestra hermanita también lloró.

—Bueno, sí; la pobrecilla lloraba lo mismo que

se reía, sin saberlo. ¿Por qué nacerán algunos niños de ese modo... enfermos, lisiaditos? Tenía una piernecita corta, retorcida y podrida, y todos los meses le abrían la cadera y le quemaban las llagas...

—¡Qué boca tan blanca y tan seca siempre!

—¡Pues y la mirada! Mirada de niño que se muere pronto, padeciendo siempre.

—¡Nuestros padres, qué desventurados!

—... Después murió mamá...

—No la vimos morir. Nos separaron de ella. Muerta la besamos, y era como esas santas que dicen las historias que dejan fragancia... Koff, el pobre ruso, nos llevaba a paseo por los campos.

—¿Y te acuerdas de una tarde que voló un cuervo, muy despacio, encima de nosotras? Koff lo ahuyentó con su bastón y con piedras... “¿Lo habéis visto?”—nos dijo temblando—. Yo oigo siempre un chirrido de alas viejas de otro cuervo más grande, más negro; sus alas son enormes, y hacen noche en la mañana. ¡Oh, el pobre Koff! ¿Vamos a verle? Y fueron las doncellas a otra estancia. El viejo ruso era gordo, blanco y calvo. Vestía un gabán recio y oscuro y calzaba alpargatas. Acostado sobre un vetusto mueble, fumaba envolviéndose en nieblas azules de olor penetrante.

—¡Oh princesitas! —exclamó, alzándose—. ¿Ya vino Pablo?

Hablaba del hermano.

Habían sido familia venida de árbol opulento; pero formóse ya en la declinación de la ventura y sufrió rigores de suerte. Para mejorarla estuvo el padre en Varsovia, donde abuelos suyos dejaron hacienda y amistades. Mas fué también desgraciado en Varsovia.

Koff acompañó al señor en su regreso. Koff, un solitario, a ley de mujick, desyugado por la hidalguía castellana, y que pasó de siervo en las soledades a confidente en el hogar y custodio de los hijos. Asistió a todos los quebrantos y dolor de las muertes. Fué la postrera la del señor. Le cercaban los hijos y Koff. Pablo, que tenía asida una mano del padre, sintió romperse entre sus dedos el pulso santísimo. Y todo el cuerpo del padre se derrumbó en el lecho, inclinándose levemente la cabeza. Transidas, aterradas, lo miraban las hijas.

Pablo las atrajo a sus brazos; las besó.

—No os apuréis así; pensad que aun os quedo yo.

Koff pudo apartarlas y al salir besó los pies y las manos del muerto. “¡Oh, un cuervo gigantesco había hundido sus garras en el corazón de los señores, y sus alas nublaban sus frentes!”



Pablo llegó tarde.

Lo vieron las hermanas distraído, renovado de vida y lumbré en la mirada. En aquella mañana estuvo gozoso. Bromeaba a Koff.

Koff se decía: “¡Vendrán nuevas de dichas cuando apenas queden almas que las gocen!...” Pablo hablaba, Pablo reía, y él siempre estuvo hosco y callado.

Acabada la comida, Koff hacía del reacio para llevarse los servicios y ropas de la mesa.

—Koff—dijo Pablo—, tú no quisieras marcharte dentro, porque sospechas que he de hablar.

Al oírlo se inflamaron las poderosas mejillas del buen Koff. Abrió las puertas y desapareció.

—¡Koff!—gritáronle los hermanos sonriendo. Y salieron en su busca.

Volvió el ruso, abrazado por los tres jóvenes.

—¡Yo vi alegría en la frente del señor!...

—¡Cómo señor! ¿Ya no soy Pablo?

— ... Yo vi alegría en tu frente y en tus ojos... Y yo sentí el peso y lo negro de las alas que yo veo siempre; por eso yo miraba sin entender; yo miraba...

—Siéntate, Koff—le ordenó el hermano.

Estuvieron conversando mucho tiempo.

Pablo hablaba anhelosamente. Una llama de felicidad le alumbraba.

Koff, receloso, miraba al joven, miraba a las

doncellas, y meditaba contemplando sus manos cruzadas.

—Koff, ¿tú qué dices?—le requirió Pablo.

—¡Oh señor!

—¡Otra vez señor!

—Sí, mi señor.

—Y a vosotras, ¿qué os parece?—añadió el joven, volviendo su palabra a las doncellas.

—¡Nosotras!—suspiró la menor, y sus labios sonrieron con dulzura.

Y la hermana dijo:

—¿Y cómo no nos hablaste antes de todo?

—La persistencia de nuestro infortunio me hizo desconfiar. Era inseparable para mí la dicha de amor y el triunfo de la casa. Hoy os lo he dicho porque todo es cierto; y se cumplirá... Hermanas, os daré en mi mujer compañía tierna de madre.

Ellas le besaron.

Salieron juntas. Koff las seguía.

—¿Oíste, Koff? ¿Qué dices tú de Pablo y de su casamiento?

—¡Oh princesitas, princesitas mías!



Se harían las bodas sin fiestas ni anuncios por recogimiento de luto.

Koff hubo de viajar para negocios de Pablo. Y tornó días antes de la ceremonia.

—¿Ya conocéis a vuestra hermana?—preguntó a las doncellas.

—Aun no. No hemos salido, Koff. Pablo dice que vendrá ella una tarde acompañada de los suyos para visitarlo todo y vernos.

Y en la siguiente, cuando estaban en coloquio de ternura, recordando a tío Ricardo, a la hermanita enferma, a los padres y toda su infancia de tristeza, voces y risas nuevas se esparcieron en la quietud de este hogar roto.

Koff y las doncellas fueron al encuentro de Pablo y de la novia, que traía cortejo de parientes y amigos.

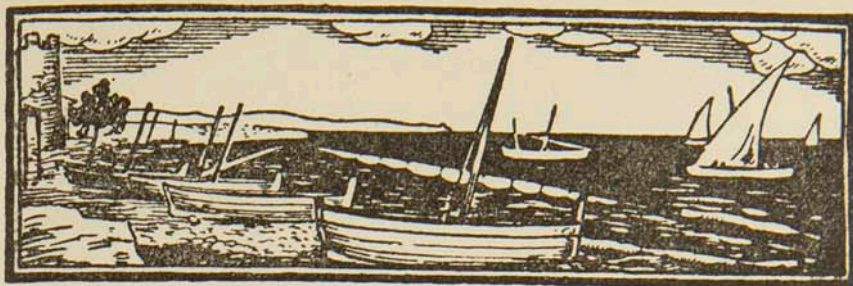
El ruso quedó en el quicial de la estancia donde se reunieron.

Y en los tres penetró una mirada fría y enemiga.

Pablo acercó a las huérfanas. Y la amada las besó levemente. Y al separarse, las hermanas se buscaron y muy juntas otra vez se dijeron con la mirada el angustioso desamparo de sus vidas, mientras Koff se alejaba a su aposento, humillando la cabeza, que parecía huir de la pesadumbre de unas alas abiertas siempre sobre aquella casa.

1900.





Martín, concejal



ARTÍN era un floricultor maravilloso. Sabía lo más escondido de la vida de las flores, la trama y el sueño de los bulbos, la peregrina circulación de los jugos de todas, y los nombres latinos y bárbaros—casi bien pro-

nunciados—de muchas. Sabía que plantando un menudo trozo de hoja daba nacimiento a una nueva criatura vegetal viable, completa, como sucedía con las *Gloxinias* y singularmente con algunas *Begonias*, como la *Begonia Rex*. Platicaba con las matas persuadiéndolas si necesitaban de injerto para lozanear y embellecer la estirpe; y como se cuenta del buen San Francisco, Martín paseaba por su humilde huerto, y viendo una

floreteca inclinada a la tierra, lacia, mohina, triste, acercábase a la planta y dándole con sus dedos un gracioso y delicado capirotazo, solía decirle: “¡Ya sé lo que tienes!” Y en seguida la bañaba con mucho regalo, con mucha suavidad y le sacaba algún insectico que le estaba chupando ferozmente la miel de su seno.

Conviene hacer confesión que Martín no era precisamente un San Francisco. Martín no amaba las flores, sino *sus* flores; las cuidaba paternalmente; no sosegaba mirándolas; y luego, las vendía. Lo mismo hace el ganadero con sus reses y el recovero con sus averíos. Bueno; de todos modos, aunque un hombre se mantenga granjeando de sus rosales y de sus clavellinas, siempre resulta su figura más conmovedora que la del negociante de cerdos.

Claro que no es menester que el cultivo de los jardines enmuellezca y afemine el ánimo y otras cosas. Martín, no; no se afeminaba, antes era hombre recio, fosco y dado a ideas revolucionarias y designios socialistas. Hablaba de transformaciones de los pueblos; y tenía un pliegue en la frente como el glorioso emperador. Cuando leía una hoja incendiaria y decía sus pensamientos de repúblico, delante de su familia y amigos, todos, más que escucharle, le contemplaban el pliegue. Su mujer se pasmaba. ¿De dónde le acudían esos peligrosos odios y aficiones siendo tan paciente con el *Echinocactus Ottonis*

y tan dulce y sumiso con el dueño de la casa? Porque Martín habitaba casa ajena, la de un funcionario ultramarino—me parece que oídor—, quien vino de aquellas tierras remotas con un pedacito de vellocino de oro enredado en el fondo de su faltriquera y un mal de ijada.

Era el señor magistrado alto, seco, con larga americana cruzada, sombrero muy hundido y bastón de concha de vivas transparencias. Escogió una templada ciudad; mercó una casa en paraje sosegado, añadióle huerto, y admitió en las habitaciones bajas al matrimonio Martín para que le asistiera a él y a su esposa, una desabrida señora vieja y flaca, dándole por sus servicios techo y libertad para vender flores y alquilar macetas y ramajes a fondas, ceremonias, fiestas y agasajos políticos y familiares.

El ex magistrado estaba tan contento de su jardinero que, algunas mañanas, escapándose de las rígidas faldas de la esposa, bajaba al huerto, y mientras Martín regaba el *lilium candidum*, el *tigrinum*, el *superbum*, el *chalcedonicum* o el *tropaeolum majus* (total, una alborozada mata de capuchinas), él le contaba grave y anchamente cualquiera rareza de la flora de Indias, y a veces, toda una contienda jurídica.

Martín también estaba muy contento, y ganaba muy buenos dineros con su jardín, cada día más famoso y solicitado.

Sucedió que en la ciudad se fervorizaron los ánimos porque había renovación de concejales.

Una noche se congregaron los socialistas. Y habló Martín. Dijo que era preciso “comenzar la batalla y que la primera jornada, el primer encuentro y trinchera estaba en las urnas municipales”.

Pues en seguida le proclamaron candidato.

Y al amanecer, delante de la *rosa alba* y de las *mimosas púdica, casta, sensitiva, viva*, Martín sonreía enternecido y acaso balbució: “¡Si supierais que quien os da de beber y os mulle la tierra está casi sentándose en el Cabildo!”

¡Era un San Francisco que platicaba con las flores!

... Y se sentó en el Cabildo.

Dijéronselo, en el Casino, al señor oídor.

—¿Martín, mi jardinero, concejal?

—El mismo. ¡Imagine, imagine si podrá servirle de poco! ¡Y concejal socialista de los terribles!

—¿Socialista, socialista y todo?... ¡La ola... la ola siniestra que avanza, avanza!... ¡He criado un cuervo!...

Y el magistrado, sin rematar su frase, marchóse enfurecido y temeroso.

Cuando la señora lo supo, también gritó:

—¡Un cuervo, un cuervo hemos criado que nos sacará los ojos!

—Hija, lo mismo he pensado yo; pero no ha

de ocurrir, que el enemigo no seguriá bajo nuestros techos.

Llamó a Martín para decírselo, y la ola presentósele sin blusa ni alpargatas, sino toda de negro, el traje de paño de su casamiento, que siempre estuvo guardado en la vieja arca.

—¿Pero es que me echa usted?—exclamó Martín angustiándose.

—Es usted concejal, y lo único que hago es invitarle a que se busque casa.

Después, le rodearon sus compañeros. Y como el caudillo mostrase duda, flaquezas, apocamiento mirando sus begonias *zebrina* y *sanguínea*, la *campanula ranunculus*, el *heliotropium peruvianum*, un tonelero viejo y tuerto, antiguo sargento, gritó lo mismo que el capitán Bravida al héroe de Tarascón:

—¡Martín, es preciso partir!

Y Tartarín partió.



La casa del señor concejal era honda y sombría.

La mujer y los chicos estaban flacos, pajizos y mustios, no tenían huerto, y no había ganancia.

Martín, baldío, con el entrecejo cavado por el filo de sus pensamientos, y su traje de bodas

envejecido pasaba calles y plazas, recibiendo el saludo de algún socialista gozoso. Llegaba a un jardincito municipal. Acercábasele el custodio, y destocado y humilde, con sonrisita pellizcada por la malicia, escuchaba los nombres latinos de plantas que le decía el concejal.

Dos guardias se allegaban, esperando sus mandatos.

Y cuando Martín se iba, ellos le saludaban con rendimiento y socarronería.

—¿Qué te dijo, qué te dijo el señor concejal?

El jardinero se rascaba el cráneo, después una nalga, y encendiendo la punta del cigarro, murmuraba regocijadamente:

—¡Todo es hambre!

1901.





El reloj



OGAR es familia unida tiernamente y siempre. El padre, en sus pláticas, es amigo llano de los hijos, mientras la madre, en los descansos de su labor, los mira sonriendo. Una templada contienda entre los hermanos hace que aquél suba a su jerarquía patriarcal y decida y amoneste con dulzura. Viene la paz, y el padre y los hijos se vierten puras confianzas, y toda la casa tiene la beatitud y calma de un trigal en abrigo de sierra, bajo el sol.

A los retraídos aposentos de muebles enfundados suele llegar frescura y vida de risa moza; y vuelto el silencio, síguese la voz del padre que

cuenta de su infancia, de la casa de los abuelos... y las memorias de las costumbres de antaño, celebradas buenamente en familia, se trenzan con las de las travesuras infantiles de los hijos, ya hombres, que están atendiendo. Y el íntimo y sereno contentamiento acaba cuando el padre queda con la mirada alta y distraída recordando el verdor de su vida; suspira, o bien murmura: "¡En fin!", y mira al reloj. Entonces, los hijos besan su frente y su mano y la mano y la frente de la madre...

Los muebles también son amados. Macizos, grandes y poderosos, sin alindamiento ni gracias de catálogos de mueblistas falaces. Los labraron pacientes y humildes oficiales en cipreses, nogales, caobas. Los fundadores del hogar, entonces prometidos, vieron los árboles, arrancados en heredades propias o traídos de bosques remotos, y aspiraron de los troncos la fragancia de su limpia y noble ancianidad.

Estos viejos muebles han asistido a los regocijos y quebrantos de la casa y sufrieron con bondad y complacencia de abuelo los antojos y agravios de los hijos pequeños. Las maderas se han hecho prietas, tomadas como de una pátina de vetustez y cariño.

Un reloj era lo predilecto de todo el ajuar.

Comprólo el padre en la húmeda tienda de un viejo artesano. Dos generaciones del mismo linaje habían ya conocido a este hombre en la senec-

tud. Su obrador estaba en un portal cerrado por cancel. Luz de aceite con verde pantalla alumbraba su cráneo redondo de monje, inclinado para estudiar con recia lupa las entrañas de cualquier mecanismo.

Este reloj era el decano de todos, y formaba grande óvalo de ébano con taracea de aceros oxidados; las horas teníalas de traza latina, protegidas por un cristal grueso y hermoso; su latido era muy reposado y la campana sonaba como grave nota de órgano, y su vibración entraba a todas las habitaciones, derramándose en sus ámbitos mansamente, como el tañido de un Angelus aldeano.

Para la familia era este reloj un antepasado o el pecho de un antepasado de todos los relojes de sus mayores, de corazón sonoro y sabia voz. En la casa vivía desde su origen; y tanto lo humanizó la piadosa fantasía del padre y lo respetaron todos, que, sin necesidad de manifiesto entredicho, sólo sus manos santas y augustas curaban del reloj y proveían su cuerda, despacio y blandamente, mientras la esposa y los hijos miraban como miramos al médico cuando visita y escucha a un enfermo nuestro.

Esto acontecía una vez semanal y en precisa hora. Al tañerla el pecho de ébano del antepasado cometía la vanidad de prepararse ruidosamente. La familia se burlaba.

—Es preciso, y no tenéis razón para esas ma-

licias—decía el padre—. ¡Son cuarenta años de buenos servicios.

Y el reloj parecía mirar a todos muy gravemente por las cuencas de las llaves, entre las VIII y las IV.

... Llegó un día en que las entrañas del noble reloj padecieron flaqueza y agotamiento. Daba las horas con doliente fatiga; de tañido a tañido mediaban silencios intranquilizadores. Nadie lo tocaba ni atendía. Otro, pequeño, mudo, de mesita de enfermero, gozaba los cuidados y miradas de todos.

La estancia del decano, que era el comedor, se halla desierta, sin risas ni pláticas. El padre moría lentamente.

Y el lacerado corazón del buen reloj no tuvo la caricia de las santas manos y desprendióse del pecho, rompiéndose. Alguien que pasaba entonces oyó un golpe y un crujido de lastimera música y todo el óvalo de ébano resonó mucho tiempo. Detúvose aterrado. No se hendía el silencio con la medida del péndulo. Acercóse y lo halló derribado.

Cundió la noticia con misterio desolador de augurio.

Buscóse al viejo de la tienda, y ya no vino, sino un mozo, nieto de aquel mecánico, que cargó sobre sus anchos hombros al pobre antepasado de todos los relojes del hogar. Y en tanto que salía por corredores y aposentos, el

mazuelo de las horas, al ludir con la recia espiral, produjo una trémula lamentación que se esparció por los ámbitos de las salas de muebles enfundados.



Y al mes lo trajeron. Ya había muerto el padre. La madre y los hijos recorrían las salas, los dormitorios, el comedor... Todo, ¡qué grande ahora!

Estaban cenando. Y de súbito se miraron estremecidos, hablándose con los ojos su desventura. Luego los alzaron como para adorar sagrada reliquia. Y del pecho de ébano salieron profundas y templadas las horas, derramándose en todos los recintos y dejando fugaz ilusión de padre vivo...

1908.





Día campesino



E olía y aspiraba en la mañana una templada miel. Ya tenían los almendros hoja nueva y almendrucos con pelusa de nido; la piel gris de las rígidas higueras se abría, y el grueso pámpano reventaba; y lo más nudoso y negro

de las cepas abuelas se alborozaba con sus netezuelos los brotes. Eran rojas las tierras, y así semejaban más calientes. El río estrecho y centelleante de sol aparentaba dar de su fondo fuego de oro y era limpia espada que traspasaba la rambla con dichosas heridas de frescura. Venía el agua somera, sin ruido y apenas estremecida por los cantos y guijas de la madre. Esta-

ban rubias y mullidas las márgenes de tamarindos arbusteados; y en lo postrero de la vista, las aguas espaciadas hacían una tranquila y pálida laguna. De dentro, los tamarindos, ya árboles, asomaban sus cimas anchas y doradas como el trigo en las eras o islas románticas; y enteramente lo copiaban las aguas.

Cerca del río tronaba un viejo molino harinero. Delante del portal había un alto álamo de trémula blancura; y en aquellos campos primaverales el árbol grande y blanco parecía arrancado de un paisaje de nieve.

Vinieron de la ciudad a esta ribera dos amigos. Entonces, descansaban, sumergiéndose en el dichoso gremio de la dulzura matinal de primavera. De lo alto del aire o de lo hondo de la tierra pasaba a instantes la templanza un estremecimiento, un aleteo rápido y leve de frío, pero frío de invierno huído, ya lejos.

Luego resultaba más grueso y dulce el abrigo del sol. Era buen tiempo. El buen tiempo rizado, conmovido por frescura sana y seca; el buen tiempo, el deseado por el enfermo amado de nuestra alma que murió en el invierno. Ahora estaría con nosotros, bajo la gracia de los cielos, y después, en la santa quietud de los tibios crepúsculos, cuando empieza a balbucir en la verdura, hija de la lluvia, un élitro de son argentino. Lo busca tiernamente nuestra mirada; pero su cántico tembloroso resuena en toda la sole-

dad; y el lírico insecto parece oculto en todos los rodales de matas...

Y no volvemos la espalda al recuerdo del enfermo que ya no está con nosotros, no le olvidamos, y la madurez de la mañana aumenta la salud y ésta nos genera y renueva alegría. Tenían salud aquellos amigos y era olor de salud el de los árboles verdes, el de las espigas granadas y el de la harina y el de la humedad de río... Tenían alegría, alegría que parece brotar de todos nuestros poros en finos manantiales y llega al penetral del corazón y allí remansa y se clarifica. ¡Grande y fuerte beatitud de la naturaleza! La voz del sabio se oye en las inmensidades: "Vuélvete, alma mía, éntrate a tu reposo, porque te ha hecho bien el Señor."

En aquella mañana inicial de primavera los dos amigos paseaban junto a la orilla del humilde río, recreándoles puerilmente la huída de las ranas que saltaban, reluciendo al sol, desde el limo de las márgenes, y al caer y zambullirse se oía en la paz de las aguas quebrarse un cristal. Y por eso, uno de los amigos sonreía buenamente.

"Amable es el hombre que se compadece", había leído en los Psalmos. Pues el compadecerse sea de todo, de lo magnífico y de lo menudo, que esto no enmuellece ni disipa el ánimo, y sin menoscabarlo, lo adelgaza y apura y lo hace muy sencillo.

De los dos amigos, uno era famoso ingeniero, que estudiaba el recogimiento y prisión del río en canal, para después precipitarlo torrencialmente desde las altitudes y dar su fuerza a industria de señores logreros. Pero él, sólo pensaba entusiasmado en el arco estruendoso de espumas irisadas por el sol como inmenso velo nupcial colgado en el abismo.

El otro amigo no buscaba ni trazaba arbitrio alguno en aquel paraje. No se había propuesto nada.

Junto al molino repararon en cinco ánades que picoteaban granzas, harija, hoscicos de oliva majada; y esto lo hacían perezosamente, descansando sus buches en la tierra; pero al ver a los hombres se asombraron mucho y se alzaron mirando a todos lados, y dieron grande estrépito.

Y como el natural contentamiento facilita los más pequeños amores, los dos amigos contemplaron enternecidos los patos, y sonrieron.

Los ánades, gordos, muy despacio y cabeceando, como señores canónigos saliendo del coro, se fueron apartando del molino; contempláronse en el río, y se estuvieron murmurando con aspereza, mirando siempre recelosos a la gente de tan nueva catadura.

Entonces se llegó a los amigos un hombre risueño; cuajábanse sus ojos de luz húmeda; le sudaban los carrillos como si se les fundiera la

grosura. Era de los beneficiados con el canal del río. Su cara era un incendio de sangre y alegría; también estaba muy alegre, pero sin importarle la ternura y dulcedumbre de la mañana.

Con voz blanda y espesa, como si se deshiciera una rica pasta en su boca, dijo:

—¿Los han visto? No los hay mejor cebados en toda la provincia. De aquí me los mandan para mi mesa, y yo mismo, aunque tengo un grandísimo cocinero, yo mismo hago los pasteles de hígado, pero incomparablemente más exquisitos que los preparados en Amiens y en Tolosa. Créanme: estos patos son tan tiernos como un seso; yo no les iba a decir una cosa por otra...

Los dos amigos le respondieron que sí que lo creían.

—¡Si ustedes los probasen, madre mía!

Y la saliva brilló en toda la boca de aquel hombre, trémula como la de un lujurioso cerca de la hembra codiciada.

El ingeniero y el romántico—así les diremos para diferenciarlos—le miraban atraídos por su voz, rellena de guisos succulentos y olorosos. Y el romántico pretendió desasirse de bajas tentaciones, y se volvió para atender a las aves.

Ya habían bajado a las aguas, menos una, que quedó llena de incertidumbre en lo enjuto. Parecía su cabeza de terciopelo verde, y a veces vislumbraba o se quedaba negra.

Era el ánade más pesado y filosófico de todo el averío.

Y lo contempló para amarlo en armónica onda de amor, que nacía desde la hierbecita que holaban las patas membranosas, pasaba por el río, atravesaba la arboleda, el cielo, los horizontes luminosos, y este arco iris de amor y caridad envolvía otros campos hasta posarse, acaso en otras humildades...; mas sus ojos se detuvieron demasiado en la opulenta pechuga del animalito.

—¡Hay que saberlos comer!

Y el gastrónomo adelantóse. Hizo cauta y diestra maniobra. Se precipitó y sonó un graznido como si removieran hierros roñosos y materiales de fábrica. Y el hombre vino a los amigos con el pato en sus brazos.

—Tiéntele aquí abajo.

Las manos del romántico sintieron un temblor caliente de vida asustada.

—¿Qué le parece, si lo añadiéramos a los gazpachos? La olla es inmensa: ya tiene dos perdices, una gallina y un pollo. ¿Lo añadimos?

El romántico no contestó.

—¿Lo ha comido usted en gazpacho? Es la delicia de las delicias. Con su espuma podrían alimentarse seis hambrientos. ¿No lo ha catado nunca?

No lo había catado. Y balbució tímidamente:

—¿Es que no bastará con las perdices y todo lo que ha dicho?

—¡Qué mezcla de gustos de carnes!... ¿Qué? ¿Va?—continuó tentando el glotón.

¿Pero por qué le pedían a él la sentencia?

Y vió los ojitos del ánade, que le miraban suplicándole gracia; y volvióse al ingeniero para transferirle la resolución; pero el ingeniero estaba leyendo en su manual de notas y cálculos, ajeno a la contienda mantenida entre el estómago y el corazón de su amigo. Y éste no quiso saber más del pato ni de sí, y apartóse para entregarse a la fortaleza y magnanimidad del paisaje; pero encima de su corazón le aleteaba angustiadamente el pato.

... Muy alto el sol y en quietud los campos, sonó la gran voz del señor de los pasteles llamándole.

Acudió el romántico casi con entusiasmo. Tenía hambre. Voz de la carne le prometía gozar y... la escuchaba. Notábase fuerte y sensual.

En el portal del molino estaba la mesa. El fresco olor de harina reciente se perdía en el vaho de las viandas. Las tortas ázimas eran enormes como las muelas que rodaban allá en lo hondo con grave ruido. Y mirar y oler las tarinas de aves guisadas, hartaba.

Mucho tiempo estuvieron comiendo sin decir palabra.

Después, en un breve descanso, el hombre risueño preguntó al romántico:

—¿Qué me dice del pato?

—¿Luego murió el pato?

—No, señor; lo matamos, y usted engulló la mitad de su pecho.

—¡Yo! Lo comí por perdiz. ¡Inútil sacrificio! Lo juro.

Y el glotón reía devorando un muslo como un mazo de mortero.

... Por la tarde recorrieron el trazado del canal. Sus sombras se acostaban prolongándose sobre el río y la otra ribera.

Cruzaban el azul, ya pálido, avecitas que volvían a la querencia de sus árboles. Humeaba una niebla castísima. La laguna era cielo caído y los tamarindos fuertemente inflamados por sol de ocaso encendían macizos de hogueras en el bello sueño de las aguas. Un autillo dió un grito de lástima desde el remoto olivar de una sierra; y palpitaba en la quietud del crepúsculo un coro de insectos.

Sentíase una mística tristeza; y el hombre de los pasteles lanzaba, de tiempo en tiempo, el estampido de su carcajada, que manifestaba honradez.

¿Pero es que no piensa en el pato, en nuestra víctima?, se dijo el romántico; en cambio, él veía su doliente espectro caminando a su lado, con el cuello retorcido y sangrante, y creciendo,

agigantándose como la sombra de un avestruz monstruoso. ¿Es que sólo había pecado su corazón y el ánade fué víctima únicamente suya, porque sola su alma había sido la elegida para defenderlo de la voracidad?

Y quedó contemplando el lago. Se apagaron dulcemente los árboles de oro. Ellos se marcharían, se olvidarían de todo. Y las aguas y los tamarindos continuarán ofreciendo su belleza en la soledad.

—Poco les queda de vida. Nuestro canal les quitará el agua.

—¿Han de morir?

—Sí, señor. ¿A qué hemos venido sino a estudiar su muerte?

Frío húmedo se levantó de las aguas; en los olivos gimió otra vez el autillo, y entre dos espesuras de tamarindos cruzó lenta y triste una garza de plata.

Acabó el día campesino, comenzado alegremente por un hombre que se creyó bueno y amable porque compadecía, según el psalmista...

Sol claro, plasentero
Nuue lo fase escuro,
De un día entero
Non es onbre seguro,

escribió el judío Sem Tob.

1908.



El señor Augusto



ERA un lugar humilde, de casas de labranza; los campos, de llanura de rubias rastrojeras, viñal pedregoso y ralos alcaceres. Todos los horizontes estaban cerrados por un círculo de sierras peladas, sin umbrías ni pastura para los ganados que habían de trashumar.

Era un pueblo de quietud y silencio. Los lugareños salían por la mañana a sus pejugales; y la vieja espadaña de su iglesia y las ventanas y puertas de las casas les miraban desde lejos, y esa mirada de las piedras llegaba hasta un pueblo blanco, risueño, ceñido de huertas de mucho verdor y abundancia.

Y al lugar humilde vino un hombre, que traía amplio sombrero, pantalón de pana crujidora, chaqueta recia y tralla pasada por los hombros. Era del mediodía de Francia, y hablaba un castellano tan gangoso y roto como si padeciese un mal de garganta; pero su salud era hasta insolente; grande, encendido, rebultado de poderosas espaldas cargadas de... fuerza y grosura, un verdadero cíclope al lado de estos aldeanos españoles, enjutos, cetrinos, hundidos de ojos, de pecho y de vientre, callados, temerosos y con un rebaño de criaturas harapientas, que se quedaban contemplando al extranjero y aun le seguían haciéndole visajes de burla. Pero el francés lo resistía todo con mucho comedimiento. Las madres y los viejos y las gentes trashogueras, viendo aquel hombre tan enorme, que aplastaba los cantos de las callejas, volverse si oía alguna chanza de los rapaces y preguntarles el sentido de la grosería, y, luego de meditarlo, pasar a celebrarla y reírla sosegadamente, se sintieron arrepentidos e impusieron respeto para el recién llegado.

Si los sábados surgía en el hostel alguna contienda entre labriegos, arrieros y trajinantes, que se juntaban para sus tratos y holganzas, el señor Augusto—que así se nombraba el francés—, salía de los pesebres, donde se estaba frecuentemente mirando las bestias, y hacía paz; y luego bebían todos un azumbre de vino áspero,

rojo y denso como la sangre. Los ojillos, de vidrios azules, del señor Augusto, se humedecían y fulguraban. Y el resultado era siempre algún cambio o venta de mulas, que el forastero desembarcaba en la ciudad cercana.

El señor Augusto también gustaba y entendía del campo. Y muchos lugareños le llevaron a sus bancales, y recibieron enseñanza para su remedio. Decíales el señor Augusto que necesitaban estiércol, una hila quincenal de agua, que podría derivarse del alumbradamiento artesiano que él había hecho, y otra bestia para la labranza que aventajase al asno tristón y flaco, lleno de mateduras y roñas; y arrancar el viñado y sustituirlo por almendros, pues el terreno los llevaría mejor que las vides.

—¡Señor Augusto, señor Augusto, lo que habemos menester nosotros son dineros!

—¡Mon Dieu, dinegos!—. Y el señor Augusto mostraba pesadumbre, pasmo y enojo de la poquedad de aquellos ánimos. —“¡Dinegos! ¡Et bien!”— No era él rico, pero tampoco era menester serlo; y él lo dejaría.

Los campesinos se rascaban las trasquiladas cabezas; cruzaban los brazos; miraban a la tierra, miraban al cielo; se descansaban ya en un pie, ya en el otro, y sonreían con desconfianza. Mas, pronto quedaban maravillados, porque recibían los árboles, los costales de guano y la mula. El señor Augusto golpeaba con mucho

halago las flacas espaldas de los labriegos, y las ancas y la panza de la bestia haciéndola andar y ladearse y probar su fortaleza y casi su gallardía. Y el señor Augusto no se quedaba con intereses de los dineros dejados; ni los pedía. No.

Más tarde, lo que hacía era quedarse con la finca mejorada, con la bestia ya domada y avezada a la mansa faena campesina y hasta con el hombre, que había de trabajar en servidumbre la tierra que antes fuera suya.

Y los campos se hicieron ricos y frondosos. Y el señor Augusto se adueñó de todos los ánimos del lugar y de casi todas sus casas y haciendas, y tenía espuertas llenas de monedas y billetes mugrientos.

En el hostal, en los portales, al retorno de la faena, se murmuraba menudamente de la grande ventura del francés; pero los malos pensamientos de los aldeanos quedaban reprimidos por la sonrisilla torcida y socarrona del señor Augusto y algunas palmaditas de protección en sus espaldas. Y las gentes se resignaban y le respetaban.



Una mañana de abril, grande, diáfana, tibia, de júbilo de sol y azul, olorosa de sembrados húmedos, quitó el señor Augusto el tendal de lona

del cabriolé, enganchó su gordo caballo, y salió del lugar.

Miraba el señor Augusto los verdes bancales, los árboles que ya rebrotaban muy viciosos, la serranía del confín que se perfilaba clara y dulcemente, y todo amparado por un cielo de tanta pureza y alegría, que redundaba felicidad en las almas y daba como la sensación y la esperanza de una vida eterna y gozosa.

El señor Augusto tenía un cabriolé nuevecito y vistoso; hacía sol y sus tierras prometían abundancia; y el señor Augusto musitaba en patois una canción picaresca, y participaba del regocijo de la mañana pensando en el préstamo vencido a un labriego del cercano pueblo, cuya plaza halló muy bulliciosa, pues era día de mercado.

Bajo los anchos nogales colgaban dos cerdos recién desollados; voceaban los buhoneros; un juglar de hogaño, flaco, miserable, decía adivinanzas y donaires; un mendigo oracionero cantaba los milagros de las benditas ánimas; los chicos de la escuela gritaban, en coro, los mandamientos de la Santa Madre Iglesia; la campana de la parroquia tañía a misa; dos palomos blancos picaban, saltando, entre los cuévanos de hortalizas; y los caños de la fuente caían estruendosos, llenos de resplandores.

El señor Augusto atravesó la plaza, recibiendo la salutación de todos, que también aquí se le

conocía por su mucha riqueza; y pronto llegó a la casa de su deudor. Tenía una entrada honda y ruda, y el dueño, hombre huesudo, moreno y calvo, estaba pesando un quintal de patatas, rodeado de campesinos. En el umbral, lleno de sol, dormitaba un viejo mastín, consintiendo por pereza y mansedumbre que un muchacho le soprase en las arrugas de los ojos, y le abriese y le mirase las quijadas.

Se sentó el señor Augusto encima de un arca esperando que acabasen de pesar y entenderse; y mientras todo lo huroneaban sus ojitos de vidrio azul, empezó a percibir una tosecica y un llorar de niña enferma, y palabras de mujer entristecida que, de rato en rato, pasaba templando una taza humeante.

El lugareño dejaba frecuentemente su negocio, y también se entraba y se le oía hablar conmovido y ansioso.

Llegaron dos hombres mal avenidos por una cuenta de ganados, a que aquél se la esclareciese, y como no estaba, el señor Augusto se les ofreció; aceptaron ellos; el francés sentenció prudentemente el pleito; y al recibir las gracias notó una buena alegría en el corazón que no era semejante a la sentida allá, en el pueblo de sus empresas. Después, vinieron otros que, descubriéndose, sometían a su censura sus compras y contiendas; y también les satisfizo, gustando un desconocido sosiego. Y cuando el lugareño

quiso pasarlo a un retirado aposento donde tratar del préstamo, el señor Augusto le pidió que antes le dijese si padecía alguna desgracia, pues de ella sospechaba por su tristeza y ver cuidados como de enfermo. Entonces respondió el otro que tenía un hija con mal de pecho; y el francés mostró, sin advertirlo él mismo, tan grande sollicitud, que el padre le llevó a la alcoba.

La niña enferma era rubia como el ámbar y se quejaba como un corderito. No quería que le pusieran el unto y los algodones calientes que dispuso una curandera aldeana; y el señor Augusto, sonriendo enternecidamente, dijo que él había de ponérselos de modo que no le doliese ni quemasen.

Conmoviéronse los padres; y la pequeña, de tan asombrada, consintió. Y el señor Augusto la curó con toda la suavidad posible de sus enormes manos.

Otra vez quiso el padre que hablasen y acabasen lo del préstamo. Y el forastero replicó que después, porque había de salir. Marchóse; y a poco vino trayendo la más alta y lujosa muñeca que halló en las cajas de los buhoneros. La enfermita le besó ciñéndole el craso cuello con sus bracitos que al francés le parecieron blancos y trémulos como las alas de un pichón. Los padres le llenaban de bendiciones, exclamando: “¡Qué será que desde que usted pisó nuestros portales ha entrado por los mismos la felicidad de esta

casa, la salud de la nena y la gracia del Señor! ¡Pues todos, en el pueblo, no se cansan de alabar su hidalguía!"

El señor Augusto sintió en lo más hondo de su vida esa dulzura que tienen los que lloran de contento. Húmedos estaban sus ojos, pero aun no lloraban. ¿Es que empezaba a llorarle el alma? ¡Y todo el bien hecho no le costaba sino los seis reales de la muñeca y los plazos que otorgó al necesitado!

Al despedirse se abrazaron; la mujer le dió un cesto de olorosas manzanas de cuelga, y hasta el viejo mastín humedeció con su lengua, ancha y caliente, los recios zapatos del extranjero...



Declinaba la tarde cuando el francés volvía a su lugar. La fragancia de las manzanas, puestas en el fondo del cochecito, le traía pensamientos de gratitud y sencillez; abríase su alma a la generosidad, y hasta su frente, gorda y rojiza, semejaba ennoblecida, espiritualizada, reflejando la santa palidez del cielo.

Y el señor Augusto, que de la virtud sólo había probado sus buenos dejos sin haber subido a lo áspero y difícil del sacrificio, decíase muy confiadamente que el hacer el Bien era dulce y sencillo, y que había de amar a todos los hombres. Y para cerciorarse de la fineza de sus ge-

nerosos propósitos recordaba a sus deudores más reacios, y también les sonreía su corazón...

En fin, el señor Augusto habíase trocado de socarrón y avaro en manso sin hipocresía y magnánimo por goce y convencimiento.

Y arribó a su casa. Había gentes rodeándola, que miraron al señor Augusto aparentando compasión, pero sus labios murmuraban y hacían una risica torcida y pérfida. El señor Augusto se estremeció de angustia, porque aquellas miradas y risas eran como las suyas... de antes. Entró. Y de súbito dió un grito de locura. ¡Le habían robado todas sus espuestas de dinero y documentos de crédito! Volvióse y sorprendió el regocijo de sus deudores y los odió...

Y el señor Augusto persiguió ferozmente a los menesterosos, mientras en el hogar de la niña enferma bendecían su nombre, y las manzanas, olvidadas en la cuadra, dieron su fragancia de generosidad hasta pudrirse.

Porque mientras no coincidan los hombres habrá siempre un señor Augusto en todos los lugares de la tierra...

1907.





El beso del esposo



O siempre el beso legítimo es de miel y vida para la boca besada... Yo sé que a veces tiene amargor y muerte...

—¿Cuándo, cuándo sucede esa desventura tan grande por un beso?— prorrumpieron las gentiles don-

cellas que vinieran aquella tarde otoñal al huerto de tía Isabel.

Y la hermosa señora de cabellos de plata y continente de reina, sonrió con melancolía...

Y todas descansaron en el vetusto banco del cedro.

Dejaron en medio a tía Isabel que habló de esta manera:

—De libros muy antiguos sacaron la substancia de una conseja muy linda. Erase una mujer que desde niña, casi recién nacida, fué avezada al zumo de serpientes, y hasta se afirma que la alimentaron y criaron con sangre de tan espantosos animales. Y lo que para todos era tósigo y muerte, fué para ella salud y vida. Creció y se hizo lozana y hermosísima, aunque en sus ojos no sé qué brillaba de siniestro y bravío.

Un mancebo gallardo y audaz prendóse de esta mujer, y ella también le quiso locamente. Y se casaron. Sus bodas tuvieron todo el fausto y regocijo de su rango, porque eran los dos príncipes muy poderosos en la India. Llegada la noche, se recogieron los desposados en su cámara, resplandeciente de pedrería, y aromada, no con juncieras, como hacían nuestras dueñas y madres, sino con braserillos donde se quemaban las gomas y perfumes más deleitosos de Oriente. Y sucedió que al otorgarse lo que pide amor, besáronse; pero ella, impulsada de la fiereza que le dejó en la sangre el licor de serpientes, mordió en los labios del mancebo. Y el esposo se llagó de ponzoña y murió hinchado maldiciendo a la amada y retorciéndose como los reptiles.

Y el cuento es acabado,
sea Dios siempre loado...

¿Quedasteis adolecidas del novio o de la novia? Quizás la conseja no es sólo de entretenimiento, sino también de enseñanza que aun no podéis descubrir. Habéis oído la historia del *beso de la esposa*; os guardo, para otra tarde, el *beso del esposo*...

Ellas se le acercaron, y haciéndole mil caricias le pidieron que lo contara entonces.

Delante del banco había una fuente musgosa; brotaba el agua del roto cuello de un cisne de piedra, y al verterse sonaba un coloquio cristallino de gotas. Las tórtolas quejumbaban en el cedro, que, bañado de sol poniente, era como un inmenso candelabro de oro...

La noble dama, la solitaria de aquellos jardines, rechazada de los graves y rigurosos hermanos por locuras de amor, contempló a las doncellas y dijo:

—En una ciudad no muy lejos de aquí, vivía un matrimonio de ilustre casa y grandísimo celo religioso. Dos hijos varones estudiaban en un colegio de Padres de la Compañía; y de él salieron para ingresar en Academias militares. Nació también una hija, que la crió la madre en recogimiento monjil.

Ya mayorcita, la niña no pisaba la calle sin la custodia de sus padres. Los cuales siempre estaban con semblante de pesar, que siendo en ellos de naturaleza, lo aumentaba entonces el andar escasos de renta. No tenían otro pasatiempo

ni extraordinario que sentar, los jueves, a su mesa a un caballero célibe y noble, de los mismos años y costumbres del padre, del cual era antiguo amigo y casi pariente. Además, era muy letrado y cristiano, y en aquella casa se le consultaba y oía como un libro precioso.

La hija fué mujer; pero de una hermosura y gracia que embriagaba los corazones, como los vinos rancios y los aromas fuertes. Y esta belleza avivó de recelos y cuidados el ánimo piadoso de la madre. Lo que más le inquietaba era pensar en el casamiento de la doncella; así lo confesó al sabio amigo, acabada la comida de un jueves, añadiendo lastimeramente: “¿No hay muchos ejemplos de mujeres hermosas que fueron desdichadas?” “Los hay—afirmó el amigo—. ¡Mujeres desdichadas que llevaron la perdición al hombre!” Y nombró desde la antojadiza Helena hasta algunas damas de Madrid y del extranjero, muy principales, divertidas y andariegas, y a todas les dedicó palabras de las Sagradas Escrituras: “La mujer, más amarga que la muerte; lazo de cazadores; red su corazón; prisiones sus manos.” Que de todo entendía aquel doctísimo varón. A la pobrecita Eva y a la taimada sierpe, las citaba mucho. Y, por las noches, la madre padecía sueños horribles de mujeres, mitad humanas, mitad serpientes, cuyas cabezas hermosísimas se parecían a la de su hija... Y pasó el tiempo sin que se alterase aquel

hogar monástico. Pero un jueves el comensal les comunicó sus propósitos de alejarse para reponer su fortuna, también quebrantada. Le conferían cargo de autoridad y ganancia en Nueva España y quizás consintiera. Y aceptó, y un domingo de Pascua florida lo fué de sufrimiento y lágrimas para sus amigos.

... Vinieron cartas del ausente llenas de amor para la familia amiga y de quejas del frío de su soledad y de narraciones muy elegantes y emocionadoras de aquellas tierras remotas. Todo lo leía la hija, y aspiraba conmovidamente el intenso perfume de lo nuevo y lejano.

Llegó también una fotografía donde estaba él entre árboles centenarios y rodeado de indígenas de ferocísimo gesto y negra desnudez. La figura del europeo aparecía gallarda, pálida; su barba ya canosa y su avanzada frente recibían toda la claridad que penetraba por la floresta; aquel hombre resaltaba como un símbolo del heroísmo y nobleza de una raza. “¡Yo lo encuentro hasta bizarro y hermoso!”—exclamó entusiasmado el amigo. Y para la hija, que entonces compendiaba a los hombres en el grupo fotográfico, fué el más galán de todos los nacidos. Algo le escribió el padre de la amorosísima expresión que sintiera la joven al mirar el retrato. Y la siguiente carta dió sorpresa y gusto al matrimonio, porque en ella el expatriado confesaba un secreto que mantuvo siempre en

su alma: el del amor a la hija. Decía luego su tristeza por la distancia que les separaba y por la otra distancia aún más amarga de sus edades. Cinco años llevaba cautivo de su empleo, y otros cinco le quedaban de residencia en tan extraño país. Había cumplido los cincuenta; de modo que al retorno se hallaría en los umbrales de la vejez. ¡Había de hacer dolorosa renuncia del único y más sagrado precio de su vida! La madre, alborozada con la idea de tan conveniente y tranquilo refugio para la hija, habló con ella y le rogó y pudo persuadirla a casamiento. Ya las cartas vinieron para ésta; y era tan arrebatado lo escrito que la novia sentía castísimos anhelos de caricias de aquel hombre, y llegó a fingírsele fuerte y gallardo.

—¡Ay, tía Isabel! ¿Y lo era de verdad?—interrumpieron las gentiles sobrinas.

Tía Isabel sonrió.

—¡Todo lo sabréis! Los novios de mi cuento se desposaron en la separación, por poderes. Helada y triste le pareció la ceremonia a la doncella; pero así fué preciso, porque a él le angustiaaba la espera de su regreso, y a los padres de la novia el pensamiento de que su hija emprendiese tan largo viaje. La primera carta que recibió la esposa del esposo le abrasó el pecho como si el corazón se hubiera vuelto en temblorosa llama, encendió sus mejillas y estremeció dichosamente todas sus entrañas. Acababa con estas prome-

sas: "Iré muy rico; y he de decirte como Salomón: nuestro lecho será de sándalo y florido, y en él tus besos, más sabrosos y dulces que el vino y la miel!" Y la esposa besó estas palabras, y aquella noche lloró en su lecho de virgen.

¿Lloráis también vosotras? Tres años llevaba de casada y pasábase los días contando los de los dos años siguientes como si fueran los azabaches de su rosario. ¡Cuántas veces!... Y una tarde de septiembre, tarde de oro como ésta, la madre penetró gozosamente en la estancia de la esposa, casi pidiéndole albricias como se usaba en lo antiguo... La hija se levantó palideciendo y trémula: ¿Sería *él*?... No; no era *él*, sino un enviado suyo, un compatriota que regresaba y le traía dones y obsequios preciosos. Entró el mensajero. Viéndolo, sintió ella los dulces rubores de la esposa. ¡Por qué, Dios mío, si era otro, *otro*!" Joven, blanco, rubio, el llegado parecía un príncipe de conseja, que viniese a librarla del penoso encantamiento de su doncelez... Hablábale del ausente, y a ella le parecía que hablaba de sí mismo. Prometía que el marido vendría antes de dos años; y la virgen se preguntaba: "¡Alma mía! ¿No vino ya el amado?" Mientras estuvo este hombre en la ciudad, ella cuidó de su atavío, y tuvo alegría. Pero el *Príncipe* partió, y entonces apuró la esposa el vaso de hiel del adiós a la felicidad, deshecho como una niebla. Ya sola, ya triste, se preguntó

si había pecado, si cometió adulterio en su corazón. ¡Casada y amante sin saber aún del amor legítimo ni del prohibido! Y lloraba más de tristeza que de arrepentimiento. Pero como, según dijo un filósofo que yo he leído, “nada se adhiere al corazón que haga siempre llorar o siempre amar”, fué la esposa mitigándose de su pena y luego pasó al goce por el anuncio del pronto arribo del marido. Faltaba un mes. Y ella y sus padres fueron a un puerto de Andalucía para recibirle... Extenuada de ansiedad, pisó el muelle la desventurada mujer. Todos los encendidos requiebros de las cartas acudían entonces a su alma. “¡Oh, nuestro lecho será de sándalo y florido; y allí, tus besos más sabrosos y dulces que el vino y que la miel!” Y ella gustaba sus mismos labios y desfallecía anticipándose fingidamente la dicha.

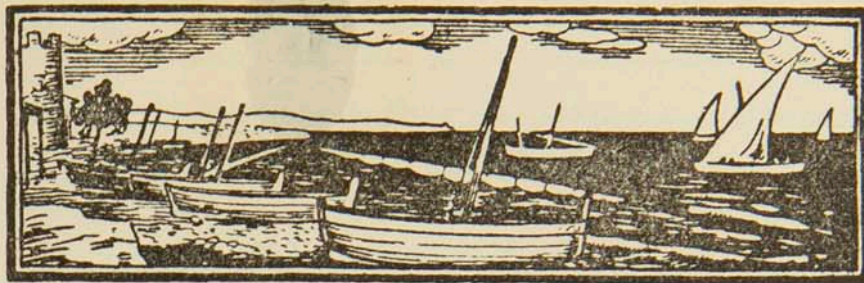
Entró en las serenas aguas del puerto el negro vapor, despacio, rendido...

Muchas manos agitaron pañuelos. “¿Y él?” *El* llegó. La esposa, pálida, angustiándose, muriéndose, recibió en su frente un beso breve, enjuto entre blancura de barba patriarcal de un anciano flaco, doblado, que balbució: “¡Oh, mi Isabel!”

—¡Isabel, Isabel!—exclamaron las doncellas rodeando a la señora.

... Tía Isabel sonrió llorando.

1906.



El sepulturero



RTISTAS y eclesiásticos, copleros y filósofos han labrado la biología y estampa del buen cavador.

Sus manos crían cor-
tezas de tierra y subs-
tancias humanas; sus
uñas hieden a difunto;
su mirada tiene la vo-

racidad y la lumbre fría de los pardales ominos-
sos; su carne está siempre lívida y sudada; sus
entrañas, secas.

Hasta creemos que se divierte partiendo crá-
neos de la fosa común.

Y sí que los quiebra o los raja, sin querer,
algunas veces. El fosal tiene el vientre gordo,
hinchado de cadáveres. No caben más. Allí se

amontona y aprieta la vida pasada de un siglo del pueblo. ¡Hay que agrandar el cementerio! Y salta un hueso astillado. Fuera está el paisaje libre, ancho, feraz. La azada se hundiría gozosamente en el ténpero dócil, saliendo fresca y olorosa. El mundo se le ofrece al sepulturero como un arca infinita para guardar esos pobres hombres que se mueren, que no son como él.

No son como él. Los dioses, los sabios, los héroes, los místicos presienten la inmortalidad; el sepulturero es el único que puede sentirla. En otro tiempo también pudieron regodearse con ella los verdugos. Los funerarios, no. Los funerarios son mozos mediocres de la Muerte. Los capellanes, tampoco; mantienen su liturgia para los que viven. El sepulturero se queda solo con los muertos. Ha de parecerle que le pertenecen y le necesitan; de modo que a él nunca le será permitido ser difunto. Carece de la idea y de la emoción del sepulturero... No las recibirá de sus camaradas, de los otros sepultureros, porque son eso, camaradas. Inmortales. La divinidad crea la vida y se queda en el cielo. El sepulturero acomoda y encierra la muerte y se queda en la tierra.

... Parte los cráneos de la fosa común. En tanto, los graves varones de la ciudad tramitan expedientes para adquirir los terrenos que faltan. Quizá reconoce el buen cavador la calavera de un compadre suyo; pero no la toma en su mano

como el príncipe desventurado, sino que la vuelve al fondo con la punta rota de su alpargata.

Decimos: ¡Es abominable su pan! Y nos acordamos y todo de Carón, que arrancaba de la boca de los difuntos el óbolo para pagar el escote de la barca.

Dadle un salario por su jornada, y ya no codiciará muertos "pasados", muertos de veinticuatro horas. Vestidle una blusa limpia, larga, y os parecerá un albañil. Que se cubra con gorra galoneada, de uniforme, y se trocará en un empleado, en un mozo de bibliotecas. Es el sepulturero de las grandes necrópolis modernas. Oficinas municipales: los cadáveres son legajos; los sepultureros, ordenanzas. Ya tiene plural. Y nuestro sepulturero ha de ser uno. Aunque sus cualidades de malaventura se hallen en los otros, es uno el hombre de los silencios, el que oye todos sus pasos en la resonancia de las tumbas y todos los latidos de su sangre, de su única vida, en la desolación. Nos complacemos en su repugnancia y horror. No penetrando ni coincidiendo en la idea de la muerte, nos organizamos el espectáculo de los muertos. Y el sepulturero es obra de nosotros. Y queremos mirarla para maldecirla.

Dos hermanitos mayores juegan con otro más menudo. ¿Qué harían para no aburrirse? Y se quedan pensando y maquinando, hasta que deciden hacerle miedo a la criatura. Buscan una

toca de la abuela, toman un gabán del padre, y visten un perchero. El chiquito se retuerce y llora espantado de la fantasma. Los grandes se regocijan. Pero han de acallarle. Y le dicen: “¡Si es la toca de la abuela!” Y se ríen. “¡No hace nada!” Y la miran. ¡La han puesto ellos! Y lo gritan para escucharlo de sí mismos. “¡Es el abrigo viejo del padre!” Y se apartan un poco. “¡Pero si es un perchero!” Lo miran más. Y huyen todos, gritando empavorecidos.

No hay categorías de fosadores o sepulture-
ros, sino linajes.

En las aldeas, menos el párroco, y si hubiere maestro, menos el maestro también, todos son labradores, todos cavan su pegujal; de modo que todos podrían ser sepultureros. Y no lo son. Su azada es hereditaria; su casa, la señalada entre todas. Si su mujer amasa y enciende el horno, ¿su leña no será de los ataúdes podridos que estaba cremando el marido? Si la hija sale el domingo con una flor prendida en los cabellos, ¿de qué sepultura habrá hurtado el padre la flor? Y su risa, su grito, su vicio, su frutal, su mastín y su cántaro todo participa de la faena de sus manos.

... Está regando o cavando los barbechos del alcalde. Enfrente destaca el ejido; sigue el abrevadero, la cuesta; y arriba, la aldea, con ropas tendidas. Asoman dos olmos patriarcales, el campanario con la veleta doblada; después,

un caminito sin nadie; un cercado; en cada cantón un ciprés, y en medio una cruz pobre, lisa, muy negra sobre el azul. Más lejos, los olivares del rico de la comarca.

Bajan unos rapaces cogiendo sapos de las acequias, buscando nidos, mordiendo la merienda. Y de improviso se tornan corriendo a la aldea. Es que han visto al hombre que no tiene miedo a los muertos.

Resucitados, voces de ánimas en pena, lumbrés lívidas que siguen a los caminantes, cuando llegan, de noche, por la parte del camposanto, todas las consejas aldeanas de aparecidos, todos los sustos que agobian a los chicos y enfrían la piel de los grandes se paran, se someten delante del corazón del hombre que está cavando un bancal, y un día le avisan, y él se carga el azadón sobre su hombro y anda, perfilándose siniestramente su figura en el júbilo del paisaje, aunque camine como todos los labriegos cansados. Y entra en su casa y alcanza una llave oxidada y sale y sigue el caminito, siempre solitario, y llega al cercado de la cruz. El gemido de la puerta se oye en toda la tarde. Luego suenan unos golpes blandos y frescos en el herbazal bravío. Zumban las moscas bobas de las lápidas. Un pájaro sube de un nicho roto a la aguja de un ciprés. Por el cielo de los olivares pasan los grajos. Y en la aldea doblan las campanas...

En aquella mañana, nuestra ciudad, clara y sencilla, estaba toda comunicada y gozosa de mar. Olía a puerto y a distancia. Y si alguna mujer dejaba en el aire un camino de aromas, todavía sentíamos más la maravilla de lo lejano, la emoción de los viajes. Estábamos contentos; confiábamos en nosotros. Pero entonces un hombre pasó a nuestro lado, y nos miró rápidamente. Sin embargo, esa mirada quedóse mucho tiempo en nuestros ojos. Y ese hombre era como otro hombre. ¿Dónde le habíamos visto? Y empezamos a devanar nuestras memorias... Habían bajado las nieblas y las nubes encima de la ciudad. Las piedras y los huertos estaban húmedos, parecían viejos, y de lo íntimo les salía un vaho de juventud de verano. Y olíamos nuestras ropas recias, y nos daban una suave promesa de bienestar, de abrigo antes del frío. Ya se acercaba el invierno. Se acercaba, y de súbito, como una paloma huída, venía una onda dulce y cálida de ambiente de colmena; pero luego la rasgaba el aletazo del viento de otoño, viento mojado de lluvia de tardes cortas. Y las campanas, las campanas de todas las iglesias iban cabeceando, pisándose, interrumpiéndose, las finas, las recias, quebrando el tañido a la mitad y esparciéndolo entre el humo del nublado... Las campanas penetraban en todos los hogares... Todos Santos, vigilia de las Animas... Las abuelitas de luto, de ojos empañados y frente de losa, vacían la pani-

lla en un vaso, en una taza, en un lebrillo o en un grial. Cuentan sus difuntos: el marido, un hijo chiquito, del que ya no quedan retratos; la hija grande, vestida de novia; la hermana viuda, la que fué tan desgraciada.

Y por cada alma van encendiendo una mariposa. La llamita crece; en seguida mengua, crepitando; luego, arde parada. Hasta el portal baja el olor de luces de aceite.

Y la viejecita se sienta en la sala, entornada, y duerme, suspira, reza y duerme... Sale la familia muy galana. Ya no trae luto más que la abuela. Llevan crisantemos, una corona y cirios. Siempre olvidan alambre o clavos para colgar las ofrendas; pero se los pedirán al sepulturero.

Truenan los carruajes, todos con flores para los difuntos. Después, la ciudad se queda sola con las campanas y las viejecitas de las luces.

El cementerio es una verbena. Gritan los mercaderes, bulle la mocedad. Algunos buscan al sepulturero; nosotros también. ¿Dónde estará ese hombre? Se nos ha olvidado la tumba de un amigo...

¿Dónde estará el buen cavador?

Aburrido y cansado, se ha salido a la entrada de la verja. Trae ropas nuevas. Tiene hoy un corro de amigos. Aguardan que él les cuente; le preguntan de su oficio y le dan de fumar. Se sienta en un peldaño; se le dobla la espalda;

deja colgando sus manos de cortezas sobre sus rodillas.

Acuden familias de los difuntos. Nosotros le preguntamos por el amigo muerto.

El sepulturero se rasca el cráneo, que suena con ruido de leña.

Era jovencito, afeitado, pálido... Y le contamos cómo era nuestro amigo cuando vivía.

Entonces el hombre aciago levanta los ojos y nos mira sonriendo. Nada más conoce los cadáveres...

Y nos estremecemos.

Esa es la misma mirada del hombre que ha pasado junto a nosotros en la ciudad. ¡Esa mirada nos ha visto muertos!

Le recordamos más. Ya resaltó enteramente su figura en nuestra memoria... Fué en el entierro del olvidado... Toda la noche de su agonía estuvo lloviendo. Y él sollozaba. Cuando espiró creíamos que no era la lluvia, sino el silencio lo que se había quedado resonando...

Al día siguiente, el cementerio estaba enlodado. Los cipreses aun goteaban muy limpios, tiernos y olorosos.

El panteón familiar era de los antiguos: roído, abandonado; los sillares zumaban. Apareció el sepulturero. Venía despacio, con una niña larga, amarilla; su delantal, corto, remendado; sus botas, muy grandes. Merendaba pan moreno y longaniza.

Miró la caja; se hurgó el quijal con un esparto verde, y dijo, pisando la losa de la sepultura:

—Aquí no podrá ser. Todos los vasares están en colmo. Al último, un viejo, lo dejamos en lo hondo, sin tapiarlo.

Y como porfiásemos, agarró las argollas de la piedra. Y al removerla apareció toda la fosa inundada. Tuvimos un grito de horror... Las aguas habían subido el cadáver del viejo, volcándolo, hinchándolo. Nos miraba con las órbitas vacías, quejándose de dos muertes...

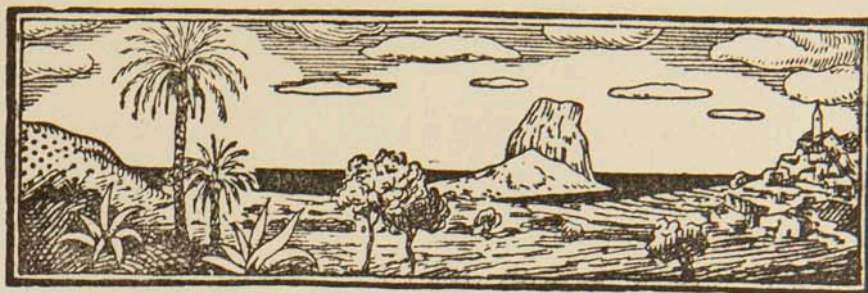
Acudieron mujeres, mujeres-comadres de cementerio, que leen epitafios de nichos y comentan la vida de los enterrados.

Estuvieron contemplando el difunto ahogado. Y, luego de horrorizarse también, como reparasen en la niña, que merendaba asomada a la tumba, se llegaron más al sepulturero. ¿Es que ya estaba buena la rapaza? ¿No fué la de las tercianas?...

Y el hombre aciago acarició con el esparto la hundida nuca de la hija. Sí; mejor estaba. Pero como las fiebres la dejaron canija, y en la casa apenas quería catar alimento, pues la sacaba a divertirse. Y desde que la traía con él que medraba la criatura... ¡Ya la veían comer!...

La niña miraba el cadáver hinchado de las aguas, y engullía pan y longaniza; mucho pan; y sólo rosigaba la longaniza para que le durase...

1910.



El señor maestro



STABA abierto el portal de la escuela porque ya era verano. Pronto llegarían los gozosos meses de la vacación. Los chicos miraban desde sus bancos la tarde luminosa y callada de los campos dorados y maduros y el cielo descen-

diendo serenamente en la llanura.

La escuela había sido labrada dentro de los muros del viejo adarve, en lo postrero y alto de la aldea. Algunas cabras de los ganados que salían a pacer en la vera se asomaban roznando las matas de las ruderias y grietas; los leñadores, que venían de lo abrupto, doblados por los costales verdes y olorosos, dejaban en el recinto fragancia y sensación de cumbres. La entrada de un diablillo-murciélago, el profundo zumbido de una abeja, dos mariposas blancas que volaban

rasando el mapa de España y Portugal divertía ruidosamente a todos. Y el señor maestro no se enojaba.



Ya era pasada la hora de que los muchachos saliesen, y el viejo maestro no lo permitía, hablando, hablando; pero ellos no le hacían caso, y a hurto suyo se desafiaban y concertaban las pedreas en el eriazó del Calvario o se decían en cuál gárgola de la iglesia anidaba un cernícalo.

Y el señor maestro repetía su siembra de piedad. “¿Por qué habéis de coger los nidos? Yo digo que si lo hicierais por llevar a los pájaros chiquitines abrigo y alimento, creyendo que en el árbol y en el campo no lo tienen, casi casi se os podría perdonar... Torregrosa, estése quieto... Pero no, señor; agarráis un pobre pájaro; luego lo atáis, arrastrándolo por el aire... ¿Que no?...”

Los chicos estregaban los pies sobre las losas, tosían, golpeaban los bancos..., y el maestro los dejaba libres. Y salían gritando alborozadamente.

Desde el quicial veíanlos el viejo subir a las ruinas, esparcirse por los bancales. Un árbol movía sus ramas bajo la pesadumbre de los rapaces. Después los chicos escapaban mirando hacia la escuela.

—¡Han robado otro nido!

Y los ojos del maestro viajaban por el paisaje, que iba quedando en dulce apagamiento.

Entraba; encendía su lámpara de aceite, y dormitaba escribiendo su tratado de Prosodia.

Por los pupitres sonaba un ruido áspero de brincos y golpes recios de alas. La mirada del maestro se hundía amorosa en la penumbra de la escuela.

—Ven, pobrete, ven—decía riendo.

Sacaba de su faltriquera un puño de granos de maíz y derramábalos sobre la mesa...

—Ven, hijo, Arturo, ven; ya se han marchado todos.

Entonces un pájaro grande saltaba por el suelo con las alas tendidas como haldas demasiado largas; subía a la tarima; resonaba un aleteo, y junto a la rugosa mano del maestro aparecía ufanamente un cuervo.



En la mañana encalmada, caliente y azul de Jueves Santo del otro año que vino dentro de la tibieza aromosa de abril, bajó el maestro del collado de su aldea. Nunca le pareció el paisaje tan reposado, limpio y bueno como en ese día. No sonaba una voz labriega ni se balanceaba un árbol; apenas se estremecían y rizaban las cimas de los panes, tan altos y granados. La pureza del ambiente lo presentaba todo limpio, próximo, como guardado bajo recinto de cristal.

Ya muy lejos, pasó el maestro la honda zubia, y entróse por tierra pradeña, donde el ganado pa-

cía libremente. Los pastores conversaban tendidos; eran mozos. Distante y encima de la hierba tenían sus hacecicos de esparto para tejer, y sus mantas y zurroneos con el repuesto.

Los saludó el maestro con dulzura y sonrisa de abad viejecito.

—¿Tampoco hoy hicisteis fiesta, siquiera para asistir a los Oficios?

—¡Nosotros tenemos oficio perenne!

—¿Ninguna cabra es vuestra?—les dijo después viéndoles tirar piedras, no para advertir, sino enfurecidos, con deseo de acertar en la res.

—¡Qué va a serlo, qué va a serlo! Todas son de uno que se está en el pueblo.

Por el azul pasaban tres cuervos. Volaban despacio y redondamente. Entonces el paisaje parecía más agreste; su paz más profunda y serena.

Viéndolos uno de los pastores, dijo:

—¡No hay animal tan galopo como ese!

—Todos—repuso el señor maestro—, todos tienen su malicia; pero también su bondad. Y en este día todo ha de parecernos santo.

—¡Si son merenderos!—gritó sañudo el mozo—. ¡Hay de ellos, que sólo pasan del compaña-ge que nos roban!

Los negros pájaros se habían apartado, bajando, cayendo. Dos pastores se hundieron en la espesa verdura, deslizándose. Luego una piedra rasgó el azul; corrieron los hombres, tirando sus cayadas; volaron dos cuervos; en el cielo se

perdía un gañido de dolor, y una voz de júbilo, fuerte, encendida, gritaba:

—¡Cayó uno; pero aún, aún está vivo el ladrón!

—¡Déjalo, déjalo que lo remate la perra mía!

Fueron todos a verlo; tenía tronchadas las alas, una garra rota y el plumaje costroso, amasado de tierra, sangre y zumo de yerba.

No consintió el maestro que lo acabasen; lo pidió para curarlo y tenerlo, y con el ensangrentado pájaro volvió a su escuela, hablándole como a un amigo enfermo, y uniendo y calentando con sus manos los destrozados huesos.



Y el cuervo daba fidelísima compañía al maestro, que vivía solo. Su mujer había muerto, y su único hijo, sacerdote, estaba de ecónomo en una humilde parroquia de la diócesis valenciana.

Curó el animalito, aunque quedó lisiado de una pata, y torpe, casi impedido para el vuelo. Nada más llegaba a las eminencias de la mesa y cama del señor maestro.

Y el cuervo no sólo fué amigo, sino discípulo. Sabía dos palabras: “Pan y Pepe”.

Salía donde estaban los chicos, gritando y alegrándose con ellos.

Eran estos recreos y bullas muy del agrado del profesor, y aun entraban en su sistema de

crianza y pedagogía, por creer que amando los animales y compadeciéndose de ellos se domaba la fiereza o animalidad del niño. Pero, andando el tiempo, un maldecido rapaz dió en enseñar al cuervo una mala palabra, que fué la ya preferida; después le hicieron crueldades. Y el animalito los odió y apenas oía el vocerío de los muchachos se retraía a la cámara del amo, y por la ventana saltaba y se iba a picotear y espadañarse entre las ruinas de la cumbre del otero.

Mucho pensó y dudó el señor maestro antes de dar nombre a su amigo. Y un domingo de invierno, estando aquél sentado en su umbral recibiendo el abrigo del sol, y el cuervo sobre sus rodillas, bajó a la memoria del anciano la gracia de un recuerdo legendario, y la lisiada ave tuvo nombre.

El señor maestro había pronunciado gravemente:

—Tú te llamarás Arturo, en memoria de otro sagrado cuervo de remotas edades.



—¡No hay escuela, no hay escuela esta mañana!—gritaban los muchachos viéndola cerrada.

Y es que venía el hijo del maestro. Años duraba la separación. Y el padre, muy gozoso, salió temprano para aguardarle; y cuando llegó,

cuando tuvo al hijo, no se hartaba de contemplarlo. ¡Qué gordo estaba!

Era el señor vicario un mozallón moreno, de grandes mandíbulas, labio azulado por el rasuramiento, los ojos pequeños y encendidos y el cabello crespo y negrísimo.

—Pues yo a usted, padre, también le encuentro bueno, aunque un poco blando; pero en esta temporada tengo que endurecerle esa carne. Ya verá qué paseos y correrías... ¿Qué tal anda esto de caza?

No lo oyó el maestro porque llegaban a la escuela, y entróse para animar a la vieja que le guisaba.

Comieron pronto. Después el hijo se retiró a su alcoba para abrir su cofre y acomodarse, y el padre fuése por la aldea buscando a los chicos que no acudían creyendo cabal la fiesta.

Vuelto a la casa con algunos rapaces, no halló al hijo. Y comenzó la clase; no había quietud; todos murmuraban. Cansado el profesor de la lectura, empezó a predicarles el provecho y virtud de la lástima. “Yo os he visto desplumar a redropelo un pájaro. Figuraos que a vosotros os desollasen...”

—Señor maestro—prorrumpió una vocecilla obscura—, esa tarde que usted nos vió me lo culparon a mí; pero no era yo, fué Torregrosa.

—¡Diga que es mentira, que sí que fué él!

—gritó un rapaz de cabeza trasquilada, vestido con delantal negro.

—¿Que es mentira?—replicaba el otro, amenazándole; y apagando la voz, no sé qué le dijo de su madre y de que cuando saliesen...

—¡Basta, basta; silencio!—ordenó cansadamente el maestro, dando una débil palmada sobre su tabla.

Fuera, en la paz de la cumbre, sonó un disparo.

—¡Otra crueldad de los hombres!

Y enlazaba su plática; pero el desmentido proseguía con ardimiento:

—Mire si fué Torregrosa, que cuando usted se marchó fué y le arrimó el pájaro, que era un gorrión, a la trompa del *Canelo*, el mastín sarnoso del aguacil, hasta que el perro se lo fué tragando vivo...

—¡Qué horror, madre mía!—murmuró angustiadamente el anciano.

De súbito obscureció el portal una negra figura. Y pasó el señor vicario.

—¡Tú con escopeta, tú!

—¡Toda la tarde andando para matar allá arriba este pobre bicho!

Y el clérigo arrojó desdeñosamente al suelo un cuervo muerto.

—¡Hijo Arturo, hijo Artu...!

Y el señor maestro sollozó...



Las águilas



UANDO las cumbres se encendían de sol grande y nuevo, y los sembrados de la llanura y las tierras arboladas, los hondones y el río, aun quedaban en el misterio de un remanso de noche, pasaban entre las sierras dos

águilas, y se perdían excelsas, hundidas en el cielo de otros paisajes.

Si era mañana recatada y blanca de nieblas, las nieblas, dóciles a los costados de los montes, recogidas en la fronda, tendidas castamente al amor del río y viajeras encima de la anchura de todo el valle, las águilas hendían el blanco humo y parecían negras, más solitarias y bravas,

como la de los Alpes que viera Oberman conmovido de grandeza.

Y por las tardes, cuando las cumbres recibían la morada doración de sol grande y rendido y se iban apagando las laderas y el azul se desnudaba fundiéndose en palidez de cansancio, tornaban lentas las nobles aves.

Algunos días las águilas resbalaban muy altas, sin estremecer sus alas, trazando ondas y ruedos de vuelo.

... Y los senderos abiertos en la serranía y en los cultivos, los buenos senderos que no nos parecen en quietud, sino que se deslicen por lo liviano y lo fragoso como tranquilos manantiales; y los barrancos hoscos y húmedos o pedregosos y sedientos; y los gruesos verdores de los pinares; y los gentiles chopos asomados al río; y los tiernos campos regadizos y los añosos olivares que suben las laderas; y los casales esparcidos en la soledad, todo el valle, hondura, eminencias y cielo, todo estaba como ennoblecido, espiritualizado y sellado de la adustez y grandeza melancólica de las dos aves, que anidaban en la desgarradura de un peñasco.



... Y llegó al valle de las águilas un hombre prendado del silencio, de la fuerza y de la paz de las montañas.

Habitó una casería resplandeciente de blan-

cura, y desde la quietud horaciana de su huerta, fragante de manzanos, y en sus paseos por veredas y campos lindados de acequias, se entretuvo mirando la marcha serena de las águilas que le dejaba como una estela melancólica de deseos. Amó su vuelo dichoso, celó su salida y retorno, y su alma viajó sobre las fuertes alas.

Habló con los campesinos, y le dijeron que ya sus abuelos conocieron siempre dos águilas en el valle.

¡Oh, si él pudiera contemplarlas muy cerca; sentir todo el poderío y altivez de los ojos que se incendian de sol; tocar, abrazarse a sus cuerpos ardientes; respirar el viento de sus alas unguadas de inmensidad, de silencio, de espacio! ¡Si él pudiera tenerlas!

Logró saber el nidal, y quiso verlo.

Subió graderías de tierras paniegas; entróse por los breñales; se arrastró por desnudeces de peñascos enemigos; se laceraron sus pies y le sangraron las manos. En el magno silencio re-tumbaba su vida y se agarró desalentado, rendido al peñon abrupto. No podía llegar.

Sonó sobre su frente un estruendo de alas, y las águilas se remontaron, y giraban dulcemente mirando al hombre, que descendió entristecido al valle.

... Ya no tuvo quietud el espíritu de aquel soñador. Aborrecía, amaba y envidiaba las águilas.

Las quería tuyas. Es que sólo en la posesión se alcanza el cabal conocimiento de lo deseado.

Lo dijo al campesino de su casa, hombre descarnado, recio, que al sonreír enseñaba una dentadura blanca que parecía cuajada en un solo hueso muy frío:

—¿Que quiere las águilas dice?

—Las quiero; pero las quiero ahora.

—¡Ahora! ¡Si ahora están perdidas por otros campos!

—Las esperaremos

—Pues subamos cuando estén; aun de noche, nos apostaremos, y al venir el día las acabamos.

—¿Muertas hemos de cogerlas?

—Muertas; mire que pueden con perros y corderos. Si pasaran cerca del señor, oiría temblar y aplastarse el aire como en tormenta!

Hubiera preferido tenerlas vivas, pero no disponían de lazos ni armadijos para lograrlo.

Viólas llegar doradas al sol de la tarde. Estuvieron deslizándose en el crepúsculo.

Mirábalas atormentado de ansiedad y remordimiento.

—¿Las tendremos?—exclamó cuando ellas se posaron y desaparecieron.

—Muertas, sí.

—¡Pues... muertas!



Todavía de noche, salieron; él no quiso armas; el labrador traía un fusil viejo, feroz, enorme, como un arcabuz. Sabía las trochas, los repliegues y docilidades de la serranía. Y ahorró cansancio y sufrimiento al amo, que trepaba sin cuidados de riesgos ni caídas, ávido de la llegada.

Caminaba en el cielo la dulce llama de un lucero. Y comenzó a mostrarse la palidez del alba.

Subían los hombres agarrándose a las rocas, resbalando por las recias vegetaciones parásitas de las lisuras. Y de pronto el rústico oprimió los hombros del caballero para que se abatiera, porque estaban junto al peñón del nidal.

Postróse el joven; sentía en lo profundo de su vida la intranquilidad que produce el penetrar en el claustro de un codiciado secreto.

Se fijó en su guía, que caminaba bestialmente, usando de las manos, impidiéndose el aliento, plegándose para acecharlo todo.

¿Tendría él la misma apariencia en su crueldad?

Los dos hombres se miraron. Oían el rumor de las vidas perseguidas, descuidadas en su nobleza.

Pero otra vez fueron señoreados por la violencia. Y sonó un estampido perpetuado por todas las montañas.

Entonces pasó una bramante ola de aire estremecido, y una de las águilas hundióse en el va-

lle; luego se alzó fijándose en el azul, y su grito se derramaba en las inmensidades.

—¡ Ha caído una, la hembra !—aullaba el campesino.

El joven percibió una convulsión ruidosa de huesos, de plumas, de pico, de garras...



Sentado en el portal, como un suplicante, miraba el soñador a sus pies el águila desangrada.

La pobre ave tenía el cuello roto, las alas dobladas, las patas rígidas... ¿Dónde la realeza y el poderío del águila, si él la hallaba tan mísera como un ave de corral degollada?

En el centro del valle se cernía el águila solitaria. Dos veces descendió a su querencia y oyóse su grito de infortunio.

Y en el esplendor de la tarde se elevó inmensamente, internándose para siempre en otros paisajes.

Y el valle quedó mutilado, vulgarizado, sin misterio.

Fué en una mañana otoñal cuando el soñador alejóse hacia la ciudad.

Sentía la amargura del silencio de su alma, su alma como un valle sin magnificencia de águilas vivas, fuertes y gloriosas.

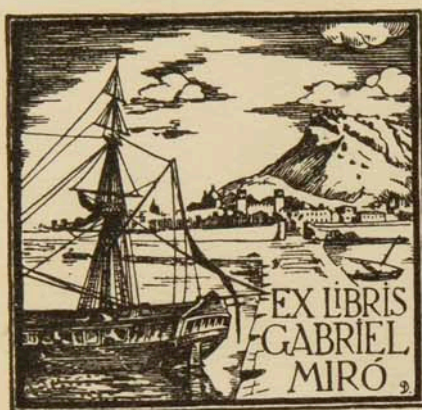
¡Vuelen siempre sobre las cumbres de nuestra alma águilas ideales que tengan sol de esperanza y nieblas de misterio purísimo!

Codiciarlas, acercarlas es verlas empequeñecidas, probar el hastío o hundirse en desventura eterna, viéndolas alejarse y perderse. Sean más grandes que nosotros.

En la posesión se consigue todo el conocimiento de lo amado...; ¡pero el valle se queda sin águilas!...

1908.





706

Biblioteca  Valenciana



31000006183944

